



La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga; una apuesta por el acceso libre al conocimiento y la cultura, que consideramos imprescindible en una sociedad en la que las desigualdades sociales también se traducen en desigualdad a la hora de acceder a los contenidos culturales. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, suelen tener importantes límites económicos, que en ocasiones afectan a su sostenibilidad o impiden asumir proyectos más costosos o arriesgados. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto:

- a) [Puedes hacerte soci@ de Virus](#) ingresando un mínimo de 50 € a modo de cuota anual, recibiendo una novedad de tu elección y obteniendo descuentos en tus compras en nuestra web.
- b) [Puedes suscribirte a Virus](#) durante un año, aportando 200 €, recibiendo todos los libros de Virus durante 12 meses, dos libros de fondo y descuentos en tus compras en nuestra web.
- c) [También puedes hacer una donación](#) de cualquier cantidad a través de Paypal.

COLECCIÓN | MEMORIA

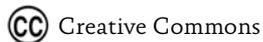
A CADA CUAL SU EXILIO

*Itinerario de un militante
libertario español*

Enric Mèlich

Prólogo de Tomás Ibáñez





LICENCIA CREATIVE COMMONS
autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

- ① Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrán de constar la autoría de la obra y la traducción.
- ⑤ No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.
- ⑥ No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto. Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor o autora.

Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 2016 del texto, Enric Mèlich
© 2016 de la presente edición, Virus editorial

Título original: *A chacun son exil: Itinéraire d'un militant libertaire espagnol*

Diseño de colección: Pilar Sánchez Molina y Silvio García-Aguirre

Diseño de cubierta: Silvio García-Aguirre

Traducción del francés: M.^a Antonia Ferrer y Fernando Casal

Revisión de la traducción: Miquel Amorós

Maquetación: Virus editorial

Edición y corrección: Paula Monteiro

Primera edición en castellano: marzo de 2016

ISBN: 978-84-92559-66-4

Depósito legal: B-3742-2016



Lallevir SL / VIRUS editorial
C/ Junta de Comerç, 18 baixos,
08001 Barcelona
Tel. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

ÍNDICE

Prólogo. «En la confluencia de libros y luchas»	9
Mis años jóvenes	17
El momento de elegir	71
La marcha a Toulouse	149
Acercándome a la frontera	203
Mi última retirada	225
Anexos	231
Índice onomástico	248
Epílogo	253

*Mi agradecimiento a Miguel Martínez por haberme
animado a continuar, a Christophe Castellano y Pierre
Habet por su ayuda y consejos, así como a Romain Mèlich,
mi nieto, sin el cual este libro no habría
podido aparecer.*

PRÓLOGO

EN LA CONFLUENCIA DE LIBROS Y LUCHAS

A cada cual su exilio... Emulando la desnuda verdad surgiendo del pozo, el secreto de este libro se exhibe sin el menor velo en su título: se trata del «exilio», por supuesto, pero de un exilio que puede ser domado en lugar de padecido. Ya han pasado tres cuartos de siglo desde aquel día de febrero de 1939 en el que un joven adolescente se vio forzado a cruzar los Pirineos para refugiarse en Francia. Sin embargo, el tiempo transcurrido no ha debilitado en lo más mínimo la importancia que tuvo, y que sigue teniendo, el exilio en la vida de Enric Mèlich. Es como si la condición de exiliado se hubiese convertido en una parte de su propio ser, incrustándose en él para siempre.

Como bien sabemos, el exilio es tanto un evento puntual como una condición existencial. Los diccionarios nos dicen que consiste en la «expulsión de alguien de su tierra natal», así que aunque las causas y las modalidades del exilio/evento sean variadas, su definición parece claramente unívoca. Sin embargo, basta con considerar el exilio como una condición existencial para que esa unicidad

quede sustituida por la mayor de las diversidades. Existen, en efecto, mil y una maneras de construir una existencia exiliada. Una de ellas, que se asemeja de hecho a una «denegación de exilio» consiste en hacer todo lo posible para anular cuanto antes dicha condición, fundiéndose con el lugar de acogida y enterrando en el olvido cualquier rastro del evento que lo causó. Otra, impregnada de añoranza por la tierra de origen, consiste en aguardar con cierta impaciencia, pero de forma más o menos pasiva, que cambien las circunstancias que provocaron el exilio para poder regresar al país.

Una tercera manera, que consiste en asumir y reivindicar la condición de exiliado, fue la que eligió Enric Mèlich en cuanto pasó la frontera. Si los acontecimientos que se atropellaban sobre el escenario político y en los campos de batalla secuestraron brutalmente su voluntad haciendo de él un exiliado, fue sin embargo su voluntad la que hizo de ese exilio una obra personal, construyéndolo paso a paso y moldeándolo para transformarlo en «su» exilio. Es, precisamente, esa creación personal, hecha de compromiso, lucha, fraternidad y esperanza, la que este libro nos convida a descubrir, a la vez que constituye un claro testimonio de que su autor sigue siendo fiel a aquella lucha contra la barbarie en la que por edad no pudo participar, pero que fue, en definitiva, la causa de su exilio.

Para Mèlich, el paso de los Pirineos no supuso el final de una historia y el inicio de otra, sino que dibujó con un trazo firme los hilos de una continuidad. Una continuidad que no estaba determinada de antemano, que no estaba ya escrita en el orden de las cosas, sino que fue consciente y voluntariamente trazada: empujado hacia el exilio por los pasos de los «combatientes de la libertad», pronto se transformaría él mismo en un «combatiente del exilio».

El título del libro, insisto, nos proporciona con sutileza la clave de la historia de vida relatada en sus páginas: el

exilio, sí, pero uno que cada cual construye a su manera y que puede, o bien dejar dormir en paz a los vencedores, o bien recordarles tozudamente que su victoria ni es total ni es definitiva.

Por supuesto, Mèlich no fue el único en no conformarse pasivamente con la condición de exiliado; más allá de su historia personal, su testimonio nos permite vislumbrar la intensa actividad desplegada por el exilio libertario español. Ese testimonio se fraguó en condiciones privilegiadas, porque cuando el autor se instaló en Toulouse a principios de los años cincuenta del siglo xx, la ciudad era, por así decirlo, la capital del exilio libertario español.

En un ambiente que la proximidad de las intensas esperanzas compartidas, y de los duros sufrimientos padecidos, tornaba cálidamente fraterno, y donde el apoyo mutuo nunca solía faltar, las evocaciones de la reciente y sorprendente revolución española nutrían profusamente las conversaciones. Charlas, conferencias, mítines, obras de teatro, fiestas, campamentos de verano, reuniones militantes, publicación de libros, revistas, folletos y periódicos formaban el denso tejido de unas actividades que se esforzaban por mantener movilizada y unida a una comunidad que aún soñaba con un inminente regreso al país.

Fue en ese ambiente donde apareció Herminia y se convirtió en la admirable compañera de toda una vida.

Una de las virtudes de las historias de vida como la que nos ofrece Mèlich es que nos permiten acceder a unas realidades sociales que suelen escapar a la mirada de los historiadores profesionales, incluso cuando estos se apartan de la «Historia con mayúsculas» y se preocupan de la historia de las mentalidades o de los modos de vida cotidiana. Nada mejor que leer los testimonios que proceden «de abajo» y que se fraguan en el propio corazón de la vida cotidiana, para penetrar en las entrañas de una época y de un determinado contexto social.

Sin duda, al igual que muchos de los exiliados españoles, Mèlich es un amante de la libertad, pero es también un amante apasionado de los libros y de la lectura. Por cierto, unas características que suelen ir unidas porque ambos amores se entrelazan con bastante frecuencia. La lectura es una manera de sentirse libre, y la libertad a menudo se nutre de lecturas.

Si es cierto, como he reiterado, que el propio título del libro revela su secreto, quizá podríamos vislumbrar un segundo secreto en el propio objeto que lleva ese título, y que no es otra cosa que... un libro. La naturaleza de ese objeto remite directamente a una auténtica pasión que vibra a lo largo de todo el relato. En efecto, a la par que procuraba aprender francés, Mèlich devoró durante su adolescencia miles de folios, transitando desde Fénelon a Blasco Ibáñez, desde Han Ryner a Upton Sinclair, desde Henry David Thoreau a Eliseo Reclus, o desde George Sand a Arthur Koestler, por mencionar tan solo a algunos de los autores que lo cautivaron.

Salpicando sus recuerdos con referencias literarias, Mèlich nos arrastra a un interesante recorrido a través de la literatura, un recorrido que no sólo nos ilustra sobre sus propios gustos literarios, sino que nos informa del tipo de lecturas que circulaban por una parte del exilio libertario español en las décadas de 1950 y 1960. Ese gusto tan pronunciado por la lectura explica que cuando Mèlich asume en los años cincuenta responsabilidades en la Comisión de Relaciones de la FIJL (Federación Ibérica de las Juventudes Libertarias) es, por supuesto, la secretaría de Cultura y propaganda la que obtiene sus favores. Es esa misma pasión por la lectura la que le llevó a trabajar preferentemente en el sector de los libros, ya fuera despachando en librerías, como representante de editoriales o, incluso, montando su propia librería militante en el Perpiñán de los años setenta —que, por cierto, sufrió un atentado franquista—.

Se entiende, por lo tanto, que me haya sido tentado de titular este prólogo «Enric Mèlich o el amor por los libros», sin embargo, ni la «apropiación» del exilio para hacer de él «su» exilio, ni el amor por los libros bastan para dar cuenta del autor de esta obra. Es preciso hablar, además, de valentía y compromiso. En efecto, era necesaria una buena dosis de valentía para que un chaval de 16 o 17 años se atreviese a ayudar a los fugitivos que huían de la Francia de Vichy, o para incorporarse un poco más tarde al maquis bajo el seudónimo de «Robert Sans», o para adentrarse después en España con un comando armado que fue tiroteado por las fuerzas franquistas. También se requería cierta valentía para comprometerse en la lucha antifranquista en los años sesenta, cuando el DI (Defensa Interior) y la FIJL emprendieron un hostigamiento directo a la dictadura, o para cruzar repetidamente la frontera española en los años setenta a fin de facilitar el paso de compañeros que escapaban de la represión.

Mèlich manifestó esa valentía, pero también se caracterizó por su discreción, practicando como nadie «el arte de no alardear». Se trataba de estar en el lugar adecuado y en el momento propicio, pero sin pregonarlo a los cuatro vientos y permaneciendo discretamente en la sombra.

Acabo de mencionar las idas y venidas a través de la frontera española para «pasar» a compañeros perseguidos; sin embargo, en los últimos años del franquismo y en los primeros de la transición, el paso de los puestos fronterizos cumplía también otras finalidades. En efecto, el movimiento libertario español, diezmado por la represión, intentaba volver a recomponerse una vez más y cualquier ayuda era bienvenida. El pequeño grupo libertario de Perpiñán —en el que militaba Mèlich desde que había abandonado Toulouse para vivir en el Rosellón— nunca escatimó su ayuda. Esta consistió básicamente en la edición y la introducción clandestina de folletos de

propaganda anarcosindicalista para los jóvenes libertarios de Cataluña que habían empuñado nuevamente la antorcha de las ideas libertarias.

Posteriormente, tras la muerte de Franco y el extraordinario resurgir de la CNT, la colaboración del grupo de Perpiñán para ayudar en ese rebrote fueron totales. Hay que precisar que el apoyo que provenía de Perpiñán era absolutamente incondicional y que sólo pretendía atender, en la medida de sus escasos recursos, a las necesidades de los compañeros allende los Pirineos, sin influenciar sus opciones militantes ni sus posturas ideológicas mientras éstas se mantuviesen dentro del amplio abanico del anarcosindicalismo.

Lamentablemente, por circunstancias que no vienen al caso, el ímpetu con el que había resurgido la CNT no tardó en extinguirse, y la fiebre militante de la década de 1970 dejó lugar al simple militantismo, siempre necesario pero mucho más gris, de los períodos de calma. El final del franquismo aún tardaría bastantes años en acontecer, pero la instauración de un nuevo régimen en España marcó por fin, oficialmente, el final del exilio.

Ese final llegaba demasiado tarde para muchos de quienes habían alimentado la esperanza de regresar a su tierra en cuanto hubiese desaparecido la dictadura. Habían pasado treinta y seis años desde el éxodo multitudinario hacia Francia y muchos de los que entonces todavía estaban en plena juventud, no sólo habían visto crecer a sus hijos en suelo francés sino también a sus nietos. El exilio había terminado, pero sus consecuencias no podían ser eludidas; la generación que tuvo que salir de España al final de la guerra había hundido sus raíces demasiado profundamente en suelo francés para que, salvo excepciones, pudiese plantearse un nuevo desarraigo.

Sin embargo, la continuidad a la que antes me refería entre la respuesta popular de 1936, el paso de los Pirineos

en 1939, y las actividades en el exilio no se quebró con la muerte de Franco. La memoria colectiva tiene tal potencia, aunque parezca difuminarse por momentos, que son ahora los nietos y las nietas de quienes no pudieron emprender el camino del exilio los que reencuentran y asumen los valores de los vencidos del 39 y claman la denuncia de la barbarie franquista.

Sin duda alguna, la manera en que compañeros como Enric Mèlich supieron construir «su» exilio no es ajena a la negativa de una parte de la actual juventud española a aceptar una versión de la historia que los poderes, tanto los totalitarios de ayer como los pseudodemocráticos de hoy, han tergiversado cuidadosamente para intentar exorcizar los vientos de la revuelta.

Tomás Ibáñez

MIS AÑOS JÓVENES

Si una persona se paseara gran parte del día por los bosques, porque le gustan, se le consideraría un vago. Pero si se pasa la vida entera, especulando, ocupado en explotarlos hasta esquilmar la tierra, se le considerará como un ciudadano serio y emprendedor.

HENRY DAVID THOREAU

Al acabar el bombardeo de Figueras, salimos de la ciudad.

De un caballo que yacía al borde de la carretera, cortamos un buen trozo de carne que asamos tras habernos reagrupado. A duras penas, en la confusión, pudimos acercarnos a La Junquera. La gente, asustada, gritaba: «¡Llegan los fascistas!».

Los vehículos averiados eran volcados en la cuneta. La circulación era tanta que no pudimos conservar la carreta. Tuvimos que abandonar todo: la ropa, los cubiertos de plata de mi madre, su máquina de coser cuyo mecanismo sabotamos para que nadie la usara, incluso los libros que mi padre traía consigo; todavía recuerdo los de las tapas encuadernadas que después tanto ha echado de menos.

Reemprendimos el camino únicamente con mochilas.

Hasta llegar a Figueras, mi padre creía que la retirada era sólo estratégica, que no era más que un simulacro

para forzar a las democracias a intervenir y que la República francesa no abandonaría a su vecina española. Después, cuando se convenció de la derrota, andaba delante de nosotros, con la cabeza gacha, sin mirar atrás. Mi madre y yo le seguíamos, presos de una sensación que no sabíamos explicar y que nos reconcomía por dentro.

Eran las primeras jornadas del mes de febrero de 1939. No recuerdo el día exacto. Pero sí que me acuerdo de las armas de los republicanos amontonadas, cuando llegamos a Le Perthus. Es una imagen que jamás olvidaré.

En el paso fronterizo nos cachearon. Mi padre seguramente lo había previsto, pues se le ocurrió dar la pistola a mi madre, que la escondió en su faltriquera.¹ Estábamos agotados. Afortunadamente, un camión nos llevó hasta Le Boulou; cuando llegamos era de noche.

Al entrar en el pueblo, vimos a un montón de personas haciendo cola delante de una panadería. Una madre ofrecía a la vendedora una cadenita de oro a cambio de cuatro panes para sus hijos, pero ésta sólo quería darle dos. Su actitud mezquina nos indignó.

Un joven oficial del ejército republicano le dijo en catalán:

El proceder de usted es detestable. ¡Se está aprovechando del estado en que nos encontramos!

La panadera, avergonzada o quizá temiendo un escándalo, acabó dando a la mujer los cuatro panes.

Poco después, un gendarme motorizado ofreció a mi madre un bote de leche a cambio de favores sexuales, justo al lado, debajo de un porche. La reacción de mi madre fue



Enric Melich poco antes de pasar la frontera

vehemente. Las mujeres, al enterarse, quisieron linchar al representante del orden, librándose éste gracias a la intervención en masa de los gendarmes. Mi madre lloraba de indignación.

Pasamos la noche al raso, amontonados en la plaza de Le Boulou, tratando de dormir en el suelo con los cuerpos entrecruzados, apretados unos contra otros, y sólo con una manta y un paraguas abierto para protegernos de las bajas temperaturas. Fue una noche larga y espantosa. Se oyeron gemidos ininterrumpidos hasta el amanecer; fue entonces cuando, ateridos de frío, supimos que esos gritos lastimeros venían de una mujer que había dado a luz allí mismo, en la gélida oscuridad; el recién nacido estaba muerto.

Los comentarios que se oían eran amargos, desilusionados: ¿era ésta «la acogida con los brazos abiertos» que esperábamos? No nos habíamos encontrado con ninguna

¹ Una especie de bolsillo que se ataban las mujeres a la cintura debajo del vestido o delantal.

asistencia oficial digna de ese nombre. ¿Se hallaban desbordadas las autoridades responsables? ¿Faltaba buena voluntad por su parte? Probablemente ambas cosas. Éramos decenas de miles los que pasamos la frontera en aquellos últimos días. Estaba prohibido salir de la plaza donde nos habían concentrado; todas las calles estaban bloqueadas. Nosotros habíamos venido desde Le Perthus, pero otros llegaban de Prats-de-Molló, unos en camiones, la mayoría a pie. Un grupo de milicianos heridos fue conducido a un campo en plena lluvia y allí se quedó, en el barro, soportando frío y agua toda la noche. Al alba, muchos soldados habían muerto, faltos de cuidados y alimento.

A la mañana siguiente, nos «separaron»: los hombres a un lado, para ir a los campos; las mujeres, los ancianos y los niños, al otro, para ir a los «albergues». Ignorábamos lo que era un albergue. A mi padre, que no se había afeitado desde su salida de Barcelona, le tomaron por un anciano y se quedó con nosotros. Nos llevaron a la estación y subimos a unos vagones con los vidrios recubiertos por una capa de escarcha tan espesa que no se veía nada a través. Unos se sentaron en los compartimentos; los demás, sentados o de pie en los pasillos. Comimos nueces que habíamos traído y hubo quien pudo hacerse con una taza de café caliente hasta que la salida del tren puso punto final al reparto.

Al acercarnos a Perpignan, el tren aminoró la marcha, pero, pasada la estación, volvió a la velocidad habitual.

En los campos, algunos grupos de trabajadores que recolectaban lechugas nos saludaban levantando el puño. Nosotros respondíamos levantando los nuestros y gritando, con lágrimas en los ojos. Por fin, un gesto de simpatía.

El tren paró luego en Narbonne. Era de noche y, deslumbrados por las luces, exclamamos: «¡Qué estación tan bonita!».

Arrancó y nosotros, adormecidos, sin darnos cuenta, seguimos atravesando estaciones.

En Toulouse, unas mujeres vestidas de blanco nos sirvieron café, leche y pequeños panes redondos. El tren reemprendió su viaje sin que supiéramos cuál era nuestro destino. Un hombre exclamó:

—Vamos en dirección a Irún. ¡Nos llevan a la frontera!

—¡Pero bueno —respondió mi padre—, seamos serios! ¡Si quisieran devolvernos a España, no nos harían dar tanta vuelta!

En la estación de Agen (o en la de Villeneuve-sur-Lot, no lo recuerdo con precisión), los gendarmes nos hicieron subir en autobuses que nos condujeron a Penne d'Agenais. Una vez allá, nos obligaron a apearnos en la parte baja del pueblo, a la entrada. Enseguida supimos por qué: la carretera se empinaba y era cada vez más estrecha. Marchamos pues, como un rebaño, y a medida que avanzábamos, las ventanas o las contraventanas se cerraban. Aquello distaba mucho de la simpatía calurosa de los recolectores de lechugas. Mi padre no pudo evitar gritar:

¡No tengáis miedo, no somos malhechores!

Un gendarme le llamó al orden duramente:

Aquí, que quede claro, no estáis en vuestra casa, conformaros con que os acepten.

Llegamos a una plaza donde se nos reagrupó por familias; nosotros tuvimos suerte, porque nos alojaron en un pequeño hotel, en la plaza del pueblo, frente a la iglesia. La alimentación era sencilla pero suficiente y lo que es mejor, dormimos en camas de verdad. Los dueños no se pasaron de cordiales; eran correctos, sin más.

La gente del pueblo nos observaba con cierta reserva, pero nosotros no nos esforzamos en causar buena impresión. El domingo por la mañana, mientras todo el pueblo iba a misa, nosotros, «los refugiados», un centenar, mal vestidos y de aspecto sombrío, nos quedamos en la plaza, sin entrar en la iglesia.

Una mañana, en esa misma plaza, los gendarmes nos pusieron en fila y empezaron a interrogarnos:

¿Lugar de origen? ¿Apellido, nombre? ¿Por qué frontera ha pasado? ¿Por cuál desea regresar?

Probablemente, era una maniobra para desanimarnos e intimidarnos. Algunos, aunque muy pocos, en efecto regresaron.

Sin embargo, una persona «bien informada» le confió a mi padre:

No os preocupéis, parece que el gobierno republicano español y el gobierno francés están negociando; vuestro gobierno os abonará una paga.

Nos habíamos convertido casi en turistas.

Poco a poco, nuestra estancia se organizó y la relación con la gente del pueblo adoptó un cariz más amable.

Nos llegaron cartas a través de los Martí i Pauner, que eran de nuestro mismo pueblo. Así supimos que el hijo de los Pauner estaba en Sète en casa de la familia. Pero, por contra, no teníamos noticias de Enrique Soler, un amigo de mi padre. ¿Había logrado pasar la frontera?² Trabé amistad con uno del pueblo, un chico muy amable del que

guardo un recuerdo imborrable: se llamaba Vaissière. Le volví a ver muchos años después, cuando era farmacéutico en Fumel, en el departamento de Lot.

No todos los refugiados corrieron igual suerte. A unos los encerraron en recintos donde tenían que dormir en el suelo, al raso, rodeados de alambradas. Los primeros campos se instalaron en Saint-Cyprien, Argelès y Barcarès, en los Pirineos Orientales; luego en Quis, en el departamento de los Pirineos Atlánticos, para los vascos y los internacionales; en Septfonds, en el de Tarn y Garonne; en Bram, en el del Aude, y en Vernet d'Ariège se situó el campo de castigo.

Las noticias recibidas de los demás campos informaban de vejaciones similares a las nuestras: durante los primeros días, los refugiados fueron alimentados con las escasas reservas del ejército republicano y con panes lanzados a voleo desde camiones. En vista de que las autoridades tardaban en asumir la tarea de organizar los campos, los mismos refugiados se encargaron de hacerlo. Mientras tanto, Madrid resistía, aunque desgraciadamente no por mucho tiempo.

Gracias a mi hermana que estaba casada y vivía en Quillan, logramos salir del encierro sin grandes dificultades. Mi cuñado, un francés, tenía una forma particular de dirigirse a nosotros. Si alguno nos decía «Vosotros, los republicanos», él lo hacía con un «Vosotros, los rojos». Así pues, las relaciones con él distaban de ser buenas. Cuando nos enteramos de que Francia no había esperado a que acabara la guerra para reconocer al gobierno de Franco, llegó el enfrentamiento. Según mi cuñado, Francia tenía que haberlo hecho mucho antes. Fue la gota que colmó el vaso y nos fuimos de su casa.

Además de mi hermana, también tenía dos hermanos que vivían en Francia; Francisco, que vivía en la misma población de Quillan y Antonio, que estaba en Perpignan.

² No le volví a ver hasta muchos años más tarde, en el campamento de Istres.

Nos instalamos en Quillan, en una modesta casa de la calle del Château. En la planta baja, había una estancia pequeña con una chimenea; en el primer piso, la habitación de mis padres, y arriba, en el desván, la mía, a la que accedía por una escalera de madera. No había baño, por lo que teníamos que ir a los públicos, a quinientos metros de casa. Fue entonces cuando descubrimos para qué servía el cubo higiénico.

Mis hermanos y mi hermana nos daban cincuenta francos por semana y, con lo que obteníamos de algunos trabajosillos mi padre y yo, íbamos tirando. Comíamos lo que salía. Mi padre me acompañó a casa del director de la escuela de Quillan, monsieur de Volontat.³ Muy a mi pesar, no podía matricularme por ser mayor de edad: tenía más de trece años. Sin embargo, se ofreció a darme clases particulares nocturnas. Era todo lo que podía hacer por mí y acepté sin vacilar. Siguiendo su consejo, fui a ver al librero, monsieur Salsa, en la plaza Félix Armand, justo al lado. Compré un libro de gramática, *El francés en el CEP*,⁴ de Souche, editorial Nathan, y *Les Aventures de Télémaque*, de Fénelon.

Mi hermana me encontró trabajo de botones en un hotel. No me veía en absoluto llevando maletas, abriendo puertas, haciendo reverencias y tendiendo la mano.

Ni hablar de hacer el criado —le dije— quiero un verdadero trabajo de hombre.

Entre tanto, me ofrecieron un puesto de aprendiz de carpintero. Se trataba de introducir trozos de madera en una máquina para redondearlos como palos de escoba y

utilizarlos para la fabricación de sillas plegables y tumbonas. Era un trabajo en cadena que no me gustaba demasiado, y el entorno, aún menos. Como era español, no siempre entendía lo que me decían, por lo que a menudo me gastaban bromas del tipo:

¡Mira un español del ejército derrotado!

Un día, cansado de sarcasmos, les dije todo lo que opinaba de ese trabajo embrutecedor y de su manera de pensar. El capataz me respondió:

¡Si no estás contento puedes irte!

No me lo pensé dos veces y pedí la cuenta: me retuvieron ocho días de la paga. «Es la ley», decían. Al día siguiente, varios cristales de las ventanas de la fábrica volaron en pedazos. Nadie vino a reclamarme nada.

Unos refugiados que trabajaban en el bosque me propusieron que les acompañara, pero como aún no tenía catorce años trabajé en negro hasta cumplir la edad.

Cada semana íbamos andando al tajo en el bosque, a excepción del capataz y del boyero encargado de tirar de los troncos, que eran franceses; los demás eran refugiados españoles, de todos los orígenes sociales y de todas las edades. Algunos todavía conservaban restos de la chaqueta militar del ejército republicano. Yo era el único niño del equipo y enseguida me pusieron el mote de «Pequeño», que se convirtió en «Peque».

Dos jóvenes catalanes del barrio de Les Corts de Barcelona, Joan y Miquel, me tomaron bajo su protección. Uno era aprendiz de panadero y había sido movilizado en la Quinta del Biberón;⁵ en cuanto al otro, sus padres eran

³. Monsieur de Volontat fue detenido por resistente en diciembre de 1943 y deportado al campo de Mauthausen de donde no volvió.

⁴. Certificado de Estudios Primarios.

⁵. La Quinta del Biberón estaba formada por jóvenes de 17 años que

tenderos y deseaban verlo convertido en maestro. Me enseñaron cómo se construye una cabaña de leñador: una larga rama apoyada en el suelo sobre uno de sus extremos y sujeta, por el otro, al entrecruzamiento de otras dos ramas puestas de frente. El conjunto constituye la armadura sobre la cual unas ramas de abeto hacen de tejado que, con algo de suerte, podrá ser casi impermeable.

El trabajo en el bosque era duro pero agradable. Sin embargo, los días se hacían largos porque se nos pagaba a destajo y para obtener un salario decente había que ponerse a trabajar antes de la salida del sol y no parar hasta bastante después de haberse puesto. En verano, hacíamos jornadas de doce horas. Lo más penoso para mí era dejar Quillan el lunes de buena mañana para no volver hasta el sábado por la noche.

A pesar de todo, había buenos momentos. Por la noche, cenábamos todos juntos alrededor de una gran hoguera y charlábamos o cantábamos una de las canciones que se saben todos los refugiados: *Somos los tristes refugiados*. Había sido compuesta por uno de Argelès. De ella se hicieron dos versiones o incluso más; la más popular, con la tonada del tango *Esta noche me emborracho*, también conocido como *Sola, fané y descangayada*.

En el mes de agosto, los periódicos anunciaron que se acababa de firmar en Moscú el pacto germano-soviético. Las discusiones se volvieron apasionadas e incluso violentas entre, de un lado los que se oponían a ese pacto, es decir los socialistas, los anarquistas y el POUM, y del otro, los comunistas, entre los cuales, hay que reconocerlo, algunos discrepaban.

No lejos de mi cabaña vivía el grupo de Emilio, un joven comunista con el que iba muchas veces a buscar agua. Un

fueron movilizados en Cataluña para combatir en el frente del Ebro, en 1938.

día, mientras charlábamos, aproveché para hacerle una pregunta a la que respondió:

El pacto no es, de hecho, por parte de Stalin, más que una táctica, una política expectante. No está preparado para la guerra y no puede obrar de otra manera. Si lo ha firmado, es que tiene razones para hacerlo. De todos modos, nosotros, la base, no estamos al mismo nivel y no podemos opinar... Pero tengo confianza en el partido y si esta confianza me abandonara, no lo soportaría.

Personalmente, eso apenas me preocupaba, pero constataba con tristeza una división: por la noche, alrededor del fuego, se habían formado dos grupos y ya no discutíamos como antes. Yo sufría mucho porque tenía amigos en ambos lados.

Al poco, Francia declaró la guerra a Alemania. Entonces se entablaron discusiones sobre nuestra situación como refugiados. ¿Facilitaría la guerra la salida de los que vivían aún en los campos de concentración? Francia iba a necesitar mano de obra y nosotros, los indeseables de ayer, ¿seríamos la esperanza del mañana?

El padre de mi amigo Roger Rivière era optimista; creía a pies juntillas que Alemania estaba perdida de antemano y citaba una declaración de Paul Reynaud:⁶ «Venceremos porque somos los más fuertes».

Mi padre no compartía tal optimismo pero sabía que era inútil discutir: hay momentos en que los argumentos no sirven de nada.

⁶ Político francés, será nombrado ministro varias veces bajo la III.^a República y adquirirá notoriedad, especialmente, como ministro de Finanzas bajo el gobierno Daladier.

Mi cuñado fue movilizado y fue uno de los primeros en partir: iba a poder «casar a los alemanes» como solía decir.

Estábamos en Francia desde hacía meses, soportando un riguroso invierno al que no estábamos habituados. Nunca habíamos visto tanta nieve. Como no teníamos electricidad, nuestras únicas distracciones eran las charlas y la lectura. En consecuencia, mi aprendizaje de la lengua de Molière progresaba más de lo normal. Avanzaba en la lectura de *Les Aventures de Télémaque*, que encontraba agradables e interesantes. Joan y Miquel me aconsejaron leer la historia de Ulises antes que la de su hijo. Por otra parte, me prestaron libros españoles como *La barraca*, de Vicente Blasco Ibáñez, y *Náufragos*, de Adrián del Valle.

Cuando estaba solo, daba rienda suelta a la imaginación. Pensaba en mis amigos de Sant Joan Despí, Ramón, Joal, Mathilde, Otilia e Ismael. ¿Qué habría sido de ellos? Habían pasado meses desde mi partida y no sabía nada de ellos. Al escribir estas líneas, pienso con emoción en mis amigos de la infancia. La lejanía me los hacía aún más queridos. Se dice que el tiempo decolora y borra poco a poco los recuerdos pero, en lo que a mí respecta, no es así.

Se hablaba mucho de viajar a México. Muchos querían irse. Pero otros creían que era un error y que debíamos quedarnos para el día en que fuera posible volver a España. Mi padre pensaba que, más que un error, era una traición a los que habían quedado prisioneros bajo el régimen de Franco. Ni hablar de partir. Algún día regresaríamos. A mí me hubiera gustado irme a México, el país de Joaquín Murrieta.⁷ En mi cabeza, México, América... era el país de Tom Mix,⁸

⁷ Joaquín Murrieta, también conocido por los sobrenombres de *Mexicano* o el *Robin de los Bosques chileno*, era considerado en la época de la fiebre del oro un militante de la lucha contra la dominación cultural de los angloamericanos en California.

⁸ Thomas Hezekiah Mix (1880-1940). Actor cinematográfico estadounidense, estrella de muchos de los primeros *westerns*. (*N. de los E.*)

de Tom Tyler⁹... No obstante, creía que mi padre tenía razón.

Le admiraba mucho y más aún cuando pienso en su vida accidentada, en sus luchas. A menudo se las había arreglado para trabajar por cuenta propia, ya como recadero con su caballo y su carro, ya como vendedor de frutas y verduras. Hoy en día, creo que fue la persona a quien más he admirado y su influencia me durará toda la vida.

Cabe señalar un hecho suyo notable, a saber, su actitud en julio de 1936. Entonces tenía un comercio de frutas y verduras muy próspero, pero lo dejó para ir a trabajar a la colectividad agrícola que acababa de crearse, de la que fue uno de los principales propulsores. Mis hermanos le reprocharon luego que hubiera abandonado una buena posición a cambio de ponerse a trabajar la tierra. Y yo, al contrario, me sentía orgulloso de su gesto.

Enric —me dijo un día—, si puedes, intenta liberarte de la condición de asalariado, pero sin dejar de ser honrado, sin explotar nunca a tu prójimo. En la vida, ser un hombre es ante todo tener una conducta correcta.

Fue un principio suyo que seguí a rajatabla incluso durante las dos veces que fui patrón.

La tala del bosque de Quirbajou se acabó en lo que a mí respectaba. Monsieur Henry Boiteux, el patrón, me colocó en otro puesto. En lo sucesivo, trabajaría al final del cable por el que bajábamos los troncos de árbol de veinte a treinta metros de largo. El lugar se encontraba cerca de Belvianes, justo a la entrada de las gargantas de la Pierre-Lys, un desfiladero por el que discurre el Aude, en la carretera que pasa por Carcassonne, Quillan y Perpignan. Formaba

⁹ Tom Tyler (1903-1954). Actor estadounidense de cine mudo

equipo con mi padre y el trabajo era más agradable; además, nos permitía volver todas las noches a casa.

Pero un pequeño incidente vino a interrumpir la rutina habitual. A monsieur Boiteux se le metió en la cabeza cronometrar el tiempo transcurrido entre la llegada de la carga, el desenganche de la polea y el apilamiento de los troncos cortados al lado de la carretera. Sacó cuentas y después de pensárselo mucho, nos dijo:

He calculado que entre el desenganche de la polea y el almacenamiento en la carretera, se necesitan unos seis minutos, por lo tanto, durante el día, tenéis que...

Mi padre no le dio tiempo de acabar:

Señor, lo que usted dice sería posible si se lo pidiera a una máquina; pero, nosotros sólo somos hombres, y como tales, no podemos hacerlo mejor.

El patrón, sorprendido por lo repentino de la réplica y por el tono, se quedó sin habla y su rostro cambió de color. Nadie se había dirigido a él con tales modos. Contrariado pero sin decir una palabra, dio media vuelta, subió a su coche y se fue.

El sábado, como de costumbre, fuimos a su despacho, en Quillan, a cobrar. Nos temíamos lo peor pero, sin mirar ni saludar, nos dio el sobre, sin más. Nunca más volvió a hablar de rendimiento.

Mis relaciones con los compañeros franceses jóvenes no mejoraron. No nos poníamos de acuerdo, sobre todo cuando hablábamos del futuro:

conocido por interpretar al capitán Marvel en la serie del mismo nombre en 1941. (*N. de los E.*)

—¿Y tú qué harás? No tienes siquiera el Certificado de Estudios. Nosotros, cuando acabemos el servicio militar, podremos entrar en la aduana o en la gendarmería. En el peor de los casos, marcharemos a las colonias.

—Pero yo no quiero ir a las colonias.

Yo confiaba mi estado anímico a Palau, tres o cuatro años mayor que yo. Era un joven cuya cultura estaba por encima de la media.

Valor, amigo mío —me dijo—, que no duraremos mucho en este país y pronto volveremos a casa.

En junio de 1940, el mariscal Pétain¹⁰ solicitó un armisticio a los alemanes a pesar de existir un acuerdo firmado en marzo con Inglaterra que prohibía cualquier armisticio o paz por separado. Se dirigió por radio a los franceses y pronunció la famosa frase: «Hago a Francia el don de mi persona».¹¹

La opinión estaba dividida en torno al mariscal; gran parte era favorable al «héroe de Verdún» y muy pocos mencionaban a De Gaulle. Ya no estábamos en la República:

^{10.} Considerado un héroe militar francés por la victoria decisiva sobre las tropas alemanas en la Primera Guerra Mundial durante la denominada batalla de Verdún, Philippe Pétain también sería responsable, junto a los militares españoles, del primer uso bélico de armas químicas, durante la ofensiva franco-española contra las tropas de Abdel-Krim en Marruecos, entre 1925 y 1926. (*N. de los E.*)

^{11.} El acuerdo entre la Alemania hitleriana y el que sería denominado régimen de Vichy (por la ciudad que hizo las veces de capitalidad del gobierno colaboracionista de Pétain) dividía Francia entre una «zona ocupada», en la que la autoridad correspondía al ejército alemán (y que incluía capitales claves en el ámbito administrativo e industrial como París, Burdeos, Lille o Brest) y una supuesta «zona libre», bajo la autoridad pétainista que, en realidad, quedaba totalmente subordinada a las directrices alemanas. (*N. de los E.*)

ahora era el Estado francés; la famosa tríada «Libertad, Igualdad, Fraternidad» fue reemplazada por la de «Trabajo, Familia, Patria».

El pánico se apoderó de mi cuñada, y se puso a quemar la biblioteca de mi hermano por creerla demasiado comprometedora. Conseguí *in extremis* salvar de las llamas algunos números de las revistas *Tiempos Nuevos* y *Estudios* de Valencia, así como libros de Han Ryner: *Le crime d'obéir*, *Le Cinquième Évangile* y *Le père Diogène* —que he conservado siempre—. El resto se convirtió en humo. No pude recuperar *Les Pacifiques* y *L'Homme fourmi*.

En el pueblo, los comentarios no se hicieron esperar. Nuestro vecino, el sastre de la Grand' Rue de Quillan, monsieur Brunet, decía que si la guerra había terminado, mejor, pues así no habría más víctimas. La joven de enfrente con el marido movilizado esperaba que este volviera cuanto antes. El peluquero estaba decepcionado, sobre todo por el hecho de que los alemanes entraran en París. La tendera no decía nada pero, por si acaso, había aumentado el precio de sus productos. Para el electricista, nuestro casero, era mucho mejor así porque —decía— ahora se haría limpieza: los comunistas, los españoles rojos, los judíos y otros extranjeros irán a la cárcel o volverán a casa.

Mi padre se mordía la lengua para no estallar y, por vez primera, no respondió.

Un vecino de rellano, monsieur Léon, hablaba con mi padre y era pesimista:

Todo esto es mala señal —era judío—, tenemos a una parte de la población en contra.

Días más tarde se fue y, al cabo de poco, recibimos una carta suya desde Andorra.

Monsieur Salsa se lamentaba del retraso y la irregularidad con la que llegaban los periódicos. Con Roger Rivière,

a menudo íbamos a la biblioteca municipal. El último libro me había sabido a poco: era *J'étais un agent de Staline*, del general Krivitsky, de reciente aparición. Leíamos cualquier cosa y, según la encargada de la biblioteca, teníamos que escoger mejor nuestras lecturas. No compartía mis gustos y se negó a entregarme *Loin de la Riflette*, de Jean Galtier Boissière. Pretextó que no valía la pena, y me propuso *L'Aiglon*, de Edmond Rostand y *L'Escadron blanc*, de Joseph Peyré.

Más de un millón de refugiados belgas entraron en Francia. Nos percatamos de que se les acogía mucho mejor que a nosotros. Se requisaron para ellos hoteles y casas desocupadas. Tenían suerte, ya que no irían a los campos.

Hice un nuevo amigo, un joven belga que, como yo, debía de tener unos catorce años. Nos bañábamos juntos en el río Laval.

Un domingo me preguntó:

—*¿Qué árbol es éste?*

—*Una higuera —le respondí.*

Pero como nunca había visto higos en el árbol, tuvo la mala idea de coger uno y probarlo: estaba verde y lo escupió inmediatamente. Los únicos higos que conocía eran los secos que se venden en paquete.

El trabajo en el cable se acabó; cambiamos de lugar de trabajo y fuimos al bosque de Puivert a por leña para la calefacción y la fabricación de carbón vegetal. Como anécdota, recuerdo que cuando iba a Puivert con mi padre pasábamos por el puerto de Le Portel. En el puerto había mucha pendiente y, como íbamos en bici, atábamos fajos de leña detrás de la bicicleta en la bajada para no utilizar los frenos.

Hice un nuevo amigo, Ramón Mialet,¹² al que llamábamos *el alcalde de Vic*. Pasaba mucho por mi cabaña para hablar de libros. Era algo mayor que yo y me dio a conocer nuevos autores: Jack London, Panait Istrati, Máximo Gorki y Upton Sinclair. Cuántas veces no me habré preguntado de dónde podían salir todos esos libros en español.

Había también un músico, Pepe, *el Valenciano*, a quien vi llorar porque ya no podía tocar el violín, de tan estropeadas como tenía las manos por el duro trabajo en el bosque y la selección del carbón. Más tarde, me enteré de su muerte en el campo de Mauthausen, donde fue deportado por pertenecer a la resistencia.

Para mí, fue un período de abundante lectura. Las obras de Upton Sinclair fueron quizá las que más me influenciaron. Leí *Los envenenadores de Chicago*,¹³ libro que denuncia al mismo tiempo la explotación de la mano de obra inmigrada y los escándalos de los mataderos de Chicago, con los fraudes y las condiciones de la fabricación de conservas. Leí también *Le Mouchard* (El Delator), que como su título indica es la historia de un agente que los patronos habían infiltrado en el movimiento obrero para combatirlo mejor.

Pero fue sobre todo *Le roi charbon*, que describía la vida miserable de los mineros, la lectura que más me marcó,

hasta el punto de identificarme con el personaje principal, Hal Warner, sin dejar de admirar por eso a otro, Mary Burke, lo cual me impidió amar a una joven y bonita muchacha refugiada como yo, llamada Éléonore, pues, por desgracia, no tenía la conciencia de clase de la heroína de Upton Sinclair. Al hablar con ella le aconsejaba lecturas, pero éstas no le importaban nada, no le interesaban en absoluto, ni siquiera las novelas de amor, lo que para mí era el colmo. Éléonore había llegado en mal momento.

La maestra me había prestado un bonito libro, encuadernado en semipiel, llamado *Philosophie scientifique et philosophie morale*, de Félicien Challaye:

Es un libro valioso —me dijo—, quizá lo encuentres algo difícil, ya que es para las clases de Filosofía y Matemáticas Elementales. Pero no te desanimes, cuando pasado un tiempo lo vuelvas a leer te gustará y te será útil.

Ramón Mialet me había hablado también de *La ciudad del sol*, obra de un monje calabrés, Tomás Campanella, que había vivido cuatrocientos años antes. En ella proponía una sociedad sin dinero donde la gente trabajaba sólo cuatro horas al día.

No he leído jamás un libro de un centenar de páginas —me explicó él— que diga tantas cosas en tan poco espacio. El autor pasó más de treinta años de su vida en prisión a causa de sus ideas. No sé si podrás conseguirlo en Francia porque, además, es un libro poco corriente.

Sin pérdida de tiempo, me puse a buscarlo. La librería Salsa, igual que la Ronso de la Grand'Rue, intentaron procurármelo, pero sin resultado. Trascurridos muchos años,

¹² Ramón Mialet Guiteras (1909-1944). Nacido en Vic, fue redactor del periódico *Sembrar*, de la CNT de la localidad, delegado de la Direcció General de Museus de la Generalitat de Catalunya desde noviembre de 1936 y director de colectivizaciones de la piel entre 1936 y 1937. En el exilio, sufrió en los campos de refugiados de Brams y Vernet. Como Mèlich, participó en la desastrosa invasión de la Vall d'Aran y fue asesinado por supuesta deserción por agentes estalinistas de la UNE (Unión Nacional Española) y el PCE en Escouloubre-les-Bains, en 1944. (*N. de los E.*)

¹³ *La Jungle* y *Les Empoisonneurs de Chicago* son, de hecho, el mismo libro, el primero traducido por Antonio Sarmons y el segundo por Felipe Alaiz.



Ramón Mialet

en Toulouse, conseguí encontrarlo en una edición argentina. Al leerlo no dejé de pensar en Ramón, que ya no estaba conmigo para comentarlo.

Por los periódicos nos enteramos de la ejecución de Lluís Companys.¹⁴ Fue fusilado el 15 de octubre en el castillo de Montjuïc, en Barcelona. Capturado por los alemanes, el 13 de septiembre, en La Baule, fue entregado a las autoridades franquistas que en menos de un mes lo juzgaron y condenaron a muerte. Aún no tenía sesenta años.

Empezaron a dejarse ver fugitivos que llegaban de la zona norte. Por su parte, quienes habían asumido responsabilidades durante la revolución y la República tomaban sus precauciones: los ánimos no estaban tranquilos desde

lo que le había pasado a Companys. Algunos indocumentados se escondieron en el bosque. El patrón, monsieur R. Pech, les dio trabajo. La falta de cartilla de alimentación complicó la cuestión del abastecimiento de ciertos productos como el pan, el azúcar, el café, etc.

El patrón parecía amable, pero pronto nos dimos cuenta de que su amabilidad era superficial: se aprovechaba de las circunstancias para pagar a veces en especie. Un día nos trajo dos sacos de lentejas que, en realidad eran *veces*, un tipo de grano para palomas imposible de cocer.

A veces, la llegada de gendarmes provocaba el pánico. Por fortuna, el hijo del granjero, nuestro vecino, nos prevenía. En su granja nos abastecíamos de leche y carne. Sin embargo, un día no le dio tiempo de avisarnos y los gendarmes nos sorprendieron. Prendieron a un muchacho que acababa de llegar: Espuny. Sintiéndonos impotentes, vimos con el corazón compungido cómo se lo llevaban.

Después nos enteramos de que el granjero era un delator. De común acuerdo, lo pusimos en observación, de tal manera que tuvo miedo y se marchó para no volver.

Al cabo de unos días los gendarmes volvieron, pero esta vez era para investigar sobre la desaparición del granjero. No sabíamos qué pensar. ¿Se había ido? ¿Le había pasado algo? Para mí, su desaparición siempre fue un misterio.

Jean, mi cuñado, estaba prisionero en Alemania. En agosto, nos llegó la noticia de la condena a muerte por rebeldía del general De Gaulle.

En Quillan, empezaron a sonar los «gaullistas» —que al principio se llamaban «degaullistas»— de los que había dos tendencias, aunque no se manifestaban abiertamente. Todo el mundo era prudente, pues la gran mayoría era favorable al «héroe de Verdun» (Pétain). Los demás, minoritarios, preferían callar.

Era en el bosque, entre españoles, donde escuchaba yo tomas de posición a favor del tal De Gaulle. La palabra

¹⁴ Lluís Companys fue abogado y político, y presidente de la Generalitat de Catalunya desde 1934 hasta su muerte el 15 de octubre de 1940, día de su ejecución.

«resistencia» todavía no existía, aunque la idea estuviera en el ánimo de todos.

Un impresor de la Grand'Rue, monsieur Roquefort,¹⁵ me prestó libros, pero aconsejándome no mostrarlos por estar entonces prohibidos. No hizo falta más para que despertase mi curiosidad y redoblase mi interés. Se trataba de *À nous deux Patrie!*, de André Colomer, y *Les damnés de la guerre*, de Roger Monclin. Me habló detenidamente de Thoreau, de Emerson, del *Discours de la servitude volontaire* de La Boétie; de *Les Ruines de Palmyre* del Conde de Volney, y me recomendó sobre todo *Voyage en Icarie* de Cabet. Y de tantos nombres que yo anotaba en mi cuaderno para acordarme, y que no pude conseguir hasta mucho más tarde.

Ramón Mialet, monsieur Roquefort y todos cuantos me ayudaron con sus consejos y su apoyo nunca sabrán lo mucho que les debo.

Volvíamos a cambiar de lugar de trabajo. Esta vez le tocó al bosque del Col du Paradis, encima de Arques, no lejos de la granja La Perruche. De nuevo había que cortar leña para calefacción y hacer carbón, pero el trabajo sólo duró unos meses. Un día, mientras me dirigía hacia el bosque, cogí uvas de las viñas. Entonces un hombre se me acercó y me dijo:

Ah, ladronzuelo, voy a llevarte a la alcaldía.

Me cogió la bici y me obligó a ir con él al ayuntamiento. Como iba delante de mí, vacié mi bolsa poco a poco sin que me viera. Cuando llegamos a Arques, no me quedaban

más que dos racimos de uva, por lo que el alcalde le reprendió y me dejó tranquilo.

Un día fuimos a talar un pequeño bosque, justo en la entrada del túnel del desfiladero de la Pierre-Lys. Trabajé más de un mes con mi padre. Nuestra tarea consistía en reunir los troncos para bajarlos por un cable.

Por la noche, nos íbamos los dos de expedición. Cerca del bosque, en la meseta de Quirbajou, había campos de remolachas para las vacas; cogíamos unas cuantas y las hervíamos con patatas. No eran agradables al paladar pero nos llenaban el estómago.

Dos hermanos italianos, Camillo y Giuseppe, vinieron a instalar el cable para bajar los troncos hasta la carretera, cerca del túnel. Terminado nuestro trabajo, propusieron contratarme para que les ayudara en el trabajo del cable. Iba a tener un salario y la comida durante unos meses.

Es un chollo, hijo —dijo mi padre—; por lo menos tendrás la comida asegurada.

Las jornadas eran largas, pues cuando estaba con mi padre parábamos a veces para descansar y charlar. Con los dos hermanos, nada de pararse, salvo a la hora de comer, y luego a seguir trabajando hasta que anocheciera.

Sin embargo, un pequeño incidente vino a turbar la relación con ellos. Por la noche, después de cenar, nos acostábamos temprano para descansar y no desfallecer al día siguiente. Una noche, oí cuchicheos en el otro extremo de la cabaña: cuál no sería mi sorpresa al comprobar que, todas las noches, ambos hermanos esperaban a que yo me durmiera para prepararse un plato de farinetas suplementario —una especie de gachas de harina de maíz muy espesas—. Me levanté y los pillé en flagrante delito.

¹⁵ Entonces yo no sabía que dicho impresor era un antiguo militante del Sindicato del Libro, un sindicalista revolucionario.

Vaya —les dije. Su sorpresa fue tal que se quedaron mudos—. A partir de mañana no tendréis que esconderos para cenar. Mañana por la mañana, me pagaréis y me iré.

Debían de sentirse tan avergonzados que ni siquiera intentaron excusarse.

Tiempo después, uno de ellos —no sé cuál— murió en circunstancias trágicas: atrapado por el cable de retorno, fue seccionado en dos.

Mi siguiente trabajo fue distinto. Cuando fui contratado en la serrería Calmet, cerca de Quillan, en un lugar llamado La Forge, ya tenía 15 años. Estaba algunas veces detrás de una sierra de cinta como tirador, y otras en el extremo para recoger la madera sobrante. Había, sin embargo, un inconveniente: durante el invierno, la serrería estaba a la sombra y por la mañana la escarcha era tan espesa que parecía nieve. En compensación, el trabajo era menos pesado que el del bosque y, además, los horarios eran muy diferentes. ¡Las jornadas de trabajo eran de ocho horas! Y el sábado a mediodía habíamos acabado la semana.

Por fin pude comprarme una bicicleta. Era todo un lujo.

El serrador quiso enseñarme el oficio. Pero, había algo en él que me desanimaba: había notado que le faltaban varios dedos. «Son gajes del oficio», me explicó.

Le respondí que quería pensármelo un poco, pero ya me había decidido: no sería serrador.

En noviembre, supimos que Joan Peiró,¹⁶ igual que le había pasado a Lluís Companys un mes antes, había sido detenido por la policía francesa atravesando la línea de

demarcación en Chabris, en el Cher, siendo entregado a los alemanes de la zona ocupada. Serrano Suñer, ministro y cuñado de Franco, pidió su extradición. Supimos más tarde que había estado en la cárcel durante un año y medio. Después de los interrogatorios y de los malos tratos habituales, le enviaron a Valencia. Allí le ofrecieron un puesto en la dirección del Sindicato Vertical franquista, que rehusó. Finalmente, tras haber dicho que no varias veces, fue condenado a muerte el 21 de julio de 1942 y fusilado el 24, con otros seis compañeros.

El mismo Serrano Suñer, el responsable de su extradición, intervino a su favor. Dijo que estaba convencido de que no sería fusilado, añadiendo que hacerlo sería un crimen.

A veces, los bulos circulaban a toda velocidad. Merino, uno de Quillan que volvía de viaje, nos contó que en Lyon, Pétain había sido acogido con gritos de «¡Viva Pétain! ¡Viva De Gaulle!». Parece que algunos estaban convencidos de que entre Pétain y De Gaulle existía un acuerdo, una especie de compromiso secreto para engañar a los alemanes. Estos últimos desconfiaban ya del viejo mariscal. Añadió que Pétain ocuparía la jefatura en el caso de una victoria de los alemanes y que De Gaulle estaría ahí en el caso de una victoria de los aliados. ¿Acaso no era Pétain el padrino de De Gaulle?

Todo esto daba risa.

A veces, al acabar la jornada, pasaba por casa de monsieur Roquefort. Su conversación era a la vez agradable e instructiva. Me había dado cuenta de que le encantaba conversar: me hablaba de libros o de su juventud militante. Probablemente notó que le escuchaba con interés.

Ahora que tienes la suerte de trabajar sólo ocho horas, tendrás más tiempo para consagrar a la lectura. El hombre que dedica diez o doce horas al día a un trabajo físico no puede concentrarse fácilmente en un libro. Por otra parte, en las

¹⁶ Joan Peiró Belis, nacido el 18 de febrero de 1887 en Barcelona. Sindicalista español, será secretario de la CNT clandestina en la década de 1920, antes de convertirse en ministro de Industria durante la Segunda República.

circunstancias actuales, para ti, un libro es el mejor amigo que puedes tener. No te traiciona jamás. Está ahí, en el estante, siempre dispuesto a consolarte, a servirte cuando lo necesites.

Aquel día me regaló dos libros: *Un philosophe dans le bois*, de Henry David Thoreau, y *Henry Thoreau sauvage*, de Léon Bazalgette.

Ambos te darán una idea de su vida y de su obra.

Thoreau no era muy conformista y toda idea preconcebida le molestaba; siempre estaba dispuesto a decir que no. Emerson decía de él:

No iba nunca a la iglesia; no votaba nunca. Rehusaba pagar impuestos al Estado. Vivía modestamente.

Recuerdo su opinión sobre la riqueza: «Incluso rico como Crespo, mis ambiciones hubieran sido las mismas y hubiera vivido de la misma forma».

Ese mismo día, me habló largo y tendido de su vida de tipógrafo y militante. Respecto al tema del sindicalismo revolucionario y del reformismo, me hacía partícipe de sus decepciones y, sin embargo, no se desanimaba:

Hay que vigilar —decía— que los delegados no se conviertan en funcionarios decepcionados y no hay que olvidar que el verdadero sindicalismo debe ocuparse tanto del bienestar material como de la cultura del obrero.

Al volver de entrevistarse con Mussolini, Franco paró en Montpellier para reunirse con el mariscal Pétain y el almirante Darlan.

El jefe de la brigada de la gendarmería de Quillan convocó a mi padre:

En principio, tengo que mantenerlo dos días encerrado por la llegada del general Franco, pero si me da su palabra de que no saldrá de Quillan, podría hacer la vista gorda.

Mi padre se preguntaba de dónde podía venir una medida de seguridad tan anómala, ya que habíamos sido prudentes en nuestros comentarios sobre la famosa entrevista. Pero había sido miembro de Solidaridad Obrera en sus años jóvenes (pagó su primera cotización a los 12 años), y después, afiliado a la CNT, aunque nunca lo hubiera mencionado. Mi padre había sido también uno de los fundadores de la colectividad agrícola de Sant Joan Despí.

Entre los jóvenes de Quillan que yo frecuentaba, se encontraba el enigmático José Barón, cuyo nombre de pila los franceses pronunciaban «Cossé». Creo que era de Barbastro. Se le veía siempre en bici y a menudo con su guitarra. Había pasado a Francia tras la retirada de 1937, por Canfranc. Su división (¿la 43?) había logrado pasar a Francia, evitando una debacle cerca de Jaca. La gran mayoría de sus combatientes se reincorporaron al ejército republicano para continuar la lucha. Él se quedó en Francia y se instaló en Quillan. En los cinco años en que lo traté, no trabajó nunca. Unos decían que se había traído consigo un montón de dinero; otros, que su familia le enviaba dinero a través del consulado de España. Los más suspicaces insinuaban que era agente de Franco. El hijo de Palau dijo saber de buena fuente que trabajaba para la policía francesa de Carcassonne, con la que tenía contactos regulares.

En efecto, tras la liberación fue detenido y encarcelado. Sin embargo, aún me quedan dudas al respecto. A veces pasaba por casa y se ponía al corriente de nuestras ideas. ¿Tuvo eso algo que ver con la advertencia del jefe de la gendarmería?

Del viaje del mariscal a Montpellier, recuerdo que ese día las calles de Quillan estaban desiertas. La gran mayoría de los habitantes se había ido a ver a Pétain. La Francia de esa época idolatraba al viejo mariscal, aunque todo es relativo: el mismo fenómeno se produjo en 1945 cuando vino el general De Gaulle a Toulouse.

Alquilamos una casita en Belvianes. Corría el año 1941 y yo tenía 16 años. Estaba en la plaza, en pleno centro del pueblo y, además, contaba con un pedacito de huerto para plantar verduras. La mudanza coincidió con mi nuevo trabajo en la serrería de monsieur Neuville. El salario era mejor y estaba cerca de casa. Hice nuevos amigos: Gabriel Gómez, refugiado como yo; Paul Valentí, el hijo del peón caminero, y Vincent Doumergue, serrador. Simpatizamos desde el principio y trabajamos juntos, en un ambiente de franca camaradería.

Vincent me fue de gran ayuda: corregía mis deberes de francés y me animaba a perseverar.

Discutíamos sobre religión. Vincent era muy creyente y yo, entonces, me consideraba agnóstico. Le chocó mi manera bastante singular de ver la vida, pero —he de reconocerlo— respetó mis ideas igual que yo respetaba las suyas. No hubo jamás la menor desavenencia entre nosotros.

Diferíamos también en otro tema: el deporte. A mí me parecía de lo más estúpido correr detrás de un balón para darle patadas. En eso era firme e intransigente. El deporte, para mí, era una impostura de lo más aburrida. En el pasado, los Estados habían utilizado astutamente este instrumento para dominar y engañar a las masas: primero los

juegos —Olimpiadas, circo romano— y más tarde las corridas, el fútbol y el rugby. Mientras el público se apasione por el espectáculo que dan dos docenas de tipos en el campo, no pensará en cosas más importantes. El Poder lo utiliza y dedica sumas descomunales para construir gimnasios y estadios gigantes, descuidando intencionadamente escuelas y bibliotecas. Además, cuanto más totalitarios son los Estados, más se sirven del deporte como medio de dominio. Mezclan la pasión deportiva con el nacionalismo patriotero. Cuando el deporte es retribuido con enormes sumas de dinero, o simplemente con una ridícula medalla de hojalata, ya no es deporte, sino sólo un comercio vulgar y vergonzoso.

Mi vida proseguía con su pequeña rutina habitual: el trabajo en la serrería, algo de charla con los compañeros después del trabajo, y lectura por la noche.

Leí *Les Exilés*, de Marc Bernard. Hablaba de la Provenza, de su sol y de su olor a feria. Me hubiera gustado marcharme, ir a ver y conocer la Provenza, el país de Alphonse Daudet y de Paul Arène. Lo dejé para después, para cuando no necesitara salvoconducto.¹⁷

A propósito del salvoconducto, había pedido uno para ir a ver a mi hermano a Perpignan y me lo habían denegado.

Conocí también a un joven estudiante llamado Francis Vidal, pero justamente a causa de sus estudios le veía con menor frecuencia. Cuando venía, íbamos a la iglesia, donde había un armonio. Lo tocaba a la perfección. Recuerdo estar solos en la iglesia y escucharle tocar; me gustaban especialmente pasajes del «mercado persa». Me intimidaba un poco; un día, le enseñé lo que leía: *Évolution et*

¹⁷. Para poder desplazarse «libremente», los súbditos españoles debían solicitar un salvoconducto. Éste tenía que ser presentado y sellado a la llegada y a la salida del lugar de destino.



Anverso y reverso del salvoconducto de Enric Melich

Révolution, de Eliseo Reclus. Sonrió de forma burlona, casi con desprecio y me hizo un breve comentario:

No es una lectura para ti, no entenderás nada.

Encajé el golpe, confuso, humillado en lo más profundo de mí mismo. No contesté nada y nunca más le hablé de mis lecturas. Entonces, echaba de menos a mis camaradas españoles del bosque: en su compañía había aprendido mucho y con ellos me sentía respaldado.

Algunos domingos por la tarde, bajaba a Quillan para reunirme con Roger Rivière e ir al cine. Al domingo siguiente, Roger venía a verme a Belvianes e íbamos de

excursión al bosque para «quitarnos el aburrimiento», tal como solíamos decir. Los bosques de Belvianes hasta Quirbajou no tenían secretos para nosotros. A veces nos llevábamos la mochila, una manta, un poco de comida y pasábamos la noche al raso. Hacíamos proyectos para más adelante; soñábamos con marchar a América del Sur o explorar África.

Otros domingos, recuerdo que salíamos de pesca con mi padre; una pesca muy particular, que en la región se llamaba «el palpa manos». Como su nombre indica, consistía en coger las truchas con la mano, bajo los guijarros o en el fondo de las raíces, a la orilla de los ríos. No era fácil hacerlo, pues una vez la mano en el agua había problemas para mantener la cabeza fuera. La profundidad media era de 50 a 60 centímetros e incluso más. Mi padre, que siempre tenía ideas originales, adelantándose a su tiempo, inventó la pesca submarina. Me metía en la boca un tubo de caucho de aproximadamente un metro, me pellizcaba la nariz con una pinza de la ropa y, mientras él sostenía el otro extremo del tubo por encima del nivel del agua, yo buscaba en lo más hondo. Llegué a pescar truchas de tamaño respetable y como sólo necesitábamos tres para nosotros, vendíamos el sobrante al restaurante Cartier, de Quillan, que nos las pagaba a buen precio. Mi madre nos acompañaba y, aparentando recoger hierba para los conejos, se encargaba de vigilar por si alguien se acercaba. Sobra decir que este tipo de pesca estaba totalmente prohibida.

El hecho de preferir quedarme el domingo en mi pequeño rincón era algo comprensible. Apenas tenía ropa aceptable. Mi madre me había confeccionado, o más bien transformado, una chaqueta militar del ejército belga acortando el bajo y añadiendo un cuello; esto me abrigaba pero percibía la sonrisa burlona de los demás chicos, y sobre todo de las chicas, hasta el punto de no atreverme a salir con esa chaqueta los domingos por miedo al ridículo.

Un día, incluso un compañero de Quillan llamado Pierre Bouvier, con quien salía, me hizo el siguiente comentario:

—Pero, ¿no tienes otra cosa que ponerte? Pareces un trampero del gran Norte.

—Sí, tengo otra chaqueta —le dije—, pero la guardo para los domingos.

Mi amigo Roger no tenía mejor ropero que yo; cuando uno de los dos no tenía dinero para ir al cine el otro se sacrificaba y tampoco iba.

Los adultos no siempre se dan cuenta de los sentimientos que los niños llegar a albergar, y que a veces duran toda la vida. Afortunadamente, ese período vital acaba pronto y, cuando pasa, damos menos importancia a la cuestión de la vestimenta. Hay recuerdos que es preferible olvidar.

Pero hablemos de cosas serias. En junio, una noticia se extendió como un reguero de pólvora: las tropas alemanas habían invadido la Unión Soviética. No se hablaba más que de eso. Todo el mundo escuchaba el parte por la radio.

Ahora —decía mi padre—, se juega la última carta de la guerra en Europa; o Hitler se traga a Rusia y tendremos dictadura para rato, o Hitler fracasa como Napoleón y entonces ganaremos.

Había quienes temían la victoria de los rusos y la invasión del resto de Europa que vendría luego. De todas formas, esto simplificaba y clarificaba la situación. Adrien Braudu me dijo:

Ya ves, Henri, créeme si quieres, pero eso, no digo que me alegre, aunque me alivie más que entristezca. Me pesaba no haber digerido nunca

ese pacto. Ahora, las cosas están claras, podemos actuar abiertamente.

Adrien, algo mayor que yo, era comunista y un buen compañero. Para los demás —los colaboracionistas los primeros— era el momento de pasar a la acción, a un nivel superior. Sin pérdida de tiempo, casi un mes después, Doriot, del PPF,¹⁸ y Deloncle, antiguo «colaboracionista», crearon la LVF¹⁹ y se fueron a combatir al frente ruso con uniforme alemán.

En Quillan, la milicia era casi inexistente —como máximo una decena de individuos más o menos clandestinos—, y sólo hubo un voluntario para la LVF: un hijo de familia numerosa. Recuerdo que el día que vino a Quillan vestido de soldado alemán (no sé si era cuando partió o cuando volvió del frente ruso), las miradas fulminantes de los habitantes de Quillan hablaban por sí solas. Pocos le dirigieron la palabra; caso excepcional fue el de madame Fabia, comerciante en la Grand'Rue, que le invitó a beber una jarra para felicitarlo, lo que provocó murmullos de

¹⁸. Parti Populaire Français (PPF). Partido de extrema derecha fundado por el ex comunista Jacques Doriot en 1936 y que, en 1940, se declaró abiertamente fascista, colaborando con la ocupación nazi. Según Stanley G. Payne (*A History of Fascism 1914-1945*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1995), este partido «gozó de un apoyo considerable financiero por parte de los grandes capitales franceses, interesados en impulsar una fuerza popular de carácter nacionalista y anticomunista». (*N. de los E.*)

¹⁹. Légion des Volontaires Français contre le Bolchevisme, reconvertida más tarde en la Légion Tricolore, fue creada en julio de 1941 por tres partidos colaboracionistas —Mouvement Social Révolutionnaire, el Rassemblement National Populaire (RNP) y Parti Populaire Français—, con el fin de reclutar combatientes franceses destinados al frente ruso. En 1944, su estructura se integraría en la Division Charlemagne de la ss. (*N. de los E.*)

desaprobación entre las personas presentes en la calle. Tras la liberación, a la señora le pasaron factura por su gesto cómplice: fue rapada en la Promenade y estuvo varios días en prisión.

Desde entonces, los posicionamientos más evidentes contra el régimen de Vichy se hicieron a escondidas. Recuerdo el de Martín, un pintor de Quillan. Escrito a máquina, circulaba en forma de hoja doble y no le faltaba mordacidad. La primera página titulada *L'idolâtrie du Sacré-Coeur* iba firmada por Adolf Hitler. Trataba de la Virgen María. Según él, Jesús no era el hijo de Dios, sino simplemente el fruto de sus aventuras con centuriones romanos, y por tanto, un vulgar bastardo.

La otra, *Dieux n'existe pas*, estaba firmada por Benito Mussolini. Obviamente, estos textos de título provocador pasaban de mano en mano. Un día, cayeron en las de una señora que, al considerarlos una superchería, los quemó y nunca se volvió a hablar de ellos.

Su autenticidad me intrigaba. El de Adolf Hitler era de hecho una obra de Julien Jenger, *L'Idolâtrie du Sacré-Coeur: La folie hystérique et érotique de Marie Alacoque*. En cuanto al de Mussolini, muchos años más tarde, conseguí hacerme con un folleto, *L'Homme et la Divinité*, cuyo capítulo titulado *Dieu n'existe pas* llevaba la firma del dictador. Data de su época «racionalista», es decir, de 1904.

Martín creía estar haciendo obra anticlerical, ¿imaginaba que con ella perjudicaría a ambos energúmenos o creía practicar así la «resistencia»?

Afortunadamente, habían buenas y saludables lecturas. La librería de monsieur Salsa expuso una obra que acababa de aparecer: *Le pain des rêves*, de Louis Guilloux.

Habla del mundo obrero, te gustará. Es sencillo y agradable de leer, además de estar escrito en buen francés.

De paso, aproveché para comprar otros dos libros del mismo autor: *Le Sang noir* y *Dossier confidentiel*.

Mi padre trajo una noche dos cajas de madera de leche Nestlé —vacías, por supuesto— que, puestas una sobre la otra con un estante intercalado, hicieron de biblioteca. Mi habitación empezaba a parecerse a la de un estudiante.

Ramón Mialet —que iba a una reunión a Carcassonne con compañeros de Toulouse, de Bram y de Castres— vino a vernos y se quedó a comer. Al descubrir mi pequeña colección de libros, me felicitó y me animó a perseverar.

Continúa —me dijo—, la lectura es la más útil de las ocupaciones.

Cuando en el mes de noviembre de 1942, los americanos desembarcaron en el norte de África, los alemanes se apresuraron a ocupar la otra mitad de Francia, que llamaban la «zona libre», hasta el Mediterráneo y la frontera española.

Por un lado, nos desazonaba ver a las tropas alemanas atravesando el país, pero, por el otro, el saber que los americanos estaban tan cerca del Mediterráneo nos daba ánimos.

Se concentraban bastantes curiosos en la carretera nacional, ante la estación de Quillan, para ver el desfile de tropas alemanas —que invadían la «zona libre»— en dirección a Perpignan. En silencio, los mirábamos pasar encaramados sobre sus camiones, coches-oruga y otros blindados. Un viejecito con una condecoración de la Gran Guerra tenía lágrimas en los ojos; a su lado, un grupo de jovencitas de Quillan —cuyos nombres no mentaré— reían y lanzaban besos a los soldados alemanes. De súbito, detrás de nosotros, una voz de mujer se levantó con firmeza y les dijo de todo:

Me avergüenzo de vosotras —añadió—, ¡qué humillación! Confraternizar con los que invaden vuestro país... ¡Es intolerable!

Se produjo un silencio. Las chicas callaron, avergonzadas. La que había hablado era una de las jóvenes Mauhin, refugiada belga. No lejos de nosotros, un suboficial alemán contemplaba la escena, pero no dijo nada, bien porque no entendió lo dicho o bien para no complicar la situación. Un acompañante la cogió del brazo y se la llevó lejos. Sentí una repentina simpatía por esa joven de gesto valeroso.

A partir de entonces, empezamos a ver que algunos «pétainistas» se declaraban «gaullistas».

Mi padre tenía que viajar a Perpignan para reunirse con Luis Pagès, un camarada libertario de Barcelona, y con otros compañeros. Pero en esa época hacía falta un salvoconducto y se lo habían denegado. En cambio yo, debido a mi corta edad, podía obtenerlo y, además, con un buen motivo: tenía un hermano en Perpignan. Gracias al jefe de la gendarmería, conseguí un salvoconducto para seis días. Debía sellarlo al llegar a Perpignan, hacerlo validar para la vuelta y, finalmente, presentarme en la gendarmería cuando regresase a Quillan.

Era mi primer viaje largo por Francia. Mi hermano vivía en la calle Marie, muy cerca de la estación, en pleno centro. Luis Pagès vivía en Moyon Vernet. A pie, me iba a costar llegar, como mucho, media hora.

En la reunión éramos unos diez, de los cuales dos venían desde Barcelona. No daba crédito a lo que me decían: al otro lado de la frontera, a pesar de la represión, los compañeros continuaban reuniéndose y, sobre todo, seguían militando.

Volví henchido de orgullo, feliz de haber asistido a una reunión clandestina y de poder aportar noticias frescas a mi padre.

Pocos días después del paso de los alemanes por Quillan, supimos que la flota había sido hundida en Toulon expresamente. No todo el mundo estaba de acuerdo con el sabotaje, pero entre los jóvenes muchos lo aprobaban.

Palau hijo nos dio una pequeña charla en la imprenta Roquefort. Excepto Adrien Baudru y otros dos franceses, los demás eran refugiados españoles. Su disertación trataba sobre las organizaciones de derecha que colaboraban con el viejo mariscal. Para nosotros, ignorantes en materia de política francesa, la charla fue del mayor interés. Adrien dominaba muy bien todas esas informaciones.

Nos enteramos de que el PPF no era obra exclusiva de Jacques Doriot —antiguo miembro influyente del Partido Comunista— sino también de otros militantes de la izquierda que habían desempeñado importantes cargos en otros momentos: Marcel Marshales, Paul Marion y Victor Arrighi, del PC; Alexandre Abremski, sindicalista, y Jules Theulade, anarcosindicalista. Aunque el PPF se declaró neutral durante la guerra de España, infiltró en las Brigadas Internacionales a antiguos comunistas con el fin de desanimar a los voluntarios y hacerlos desertar. La operación no dio gran resultado. A pesar de su neutralidad, Jacques Doriot fue acogido en la España franquista con mucha simpatía.

El PPF, en su primer congreso, contaba con 100.000 miembros, y su órgano *L'Émancipation nationale* tenía una tirada de 200.000 ejemplares. La famosa «Revolución Nacional» era el viejo sueño de Jacques Doriot. Junto al PPF, figuraban entre las organizaciones colaboracionistas, la UPJF,²⁰ el RNP,²¹

²⁰ La Union Populaire de la Jeunesse Française era la organización juvenil del Parti Populaire Français (PPF).

²¹ Rassemblement National Populaire. Organización abiertamente nacionalsocialista desde su fundación en 1941, bajo el liderazgo del ex socialista Marcel Déat. (*N. de los E.*)

el PSF,²² el MSR,²³ el pequeño PFNC²⁴ y, por supuesto, la famosa Cagoule²⁵ de Deloncle.

Recuerdo que Adrien terminó diciendo:

En verdad el hombre del pueblo, carente de formación, puede ser atraído por el fascismo; el ejemplo lo tenemos en Italia y en Alemania, donde hay obreros en el partido nazi. En Francia también pero a escala menor. La diferencia es que aquí existe el problema del ocupante, contrarrestado afortunadamente por el patriotismo.

Al final de la charla, tras un pequeño debate en el que aportó precisiones oportunas, nos invitó a una próxima conferencia sobre el libro *Les protocoles des Sages de Sion* atribuido al movimiento judío.

En esa época conocí a unos jóvenes de Espéraza que hacían labores de reclutamiento para los «Compagnons de France». Había leído *Le Compagnon du Tour de France* de George Sand, así como *Mémoires d'un compagnon* de Agricol Perdiguier, y me animé a visitarles. Quizá podría aprender un oficio y viajar. ¿Dar la vuelta a Francia?

El centro se encontraba en Espéraza, en la carretera de Couiza, en un sitio llamado Caderonne. Un sábado, cogí mi bici y me presenté allí. Ese día no estaban. El responsable me enseñó el espacio: había una cocina, un gran comedor, sala de juegos, ping-pong, etc.

Aquí aprendemos carpintería, agricultura y mecánica, pero en lo que a mí respecta no estaré en Espéraza mucho tiempo, ya que ¡me voy pronto al frente ruso!

Vi una gran foto del mariscal Pétain en la sala y sobre una mesa, algunas revistas de propaganda alemana en lengua francesa. No necesité más para darme cuenta de que estos «compañeros» no tenían nada en común con los de George Sand y Agricol Perdiguier. Volví a ver a uno de estos jóvenes tras la liberación. Subía junto a nosotros en un camión de maquis. No me reconoció, o aparentó que no me conocía y yo hice lo mismo.

Las noticias del frente ruso eran inquietantes. Los alemanes avanzaban. Según decían los periódicos, eran recibidos como libertadores. Según otros comentarios, Stalin deseaba ese avance. Utilizaría la misma táctica que la que se había empleado contra Napoleón: dejar avanzar al enemigo y que permaneciera estancado lo más lejos posible de sus bases de avituallamiento. Después, gracias al invierno ruso, sería más fácil vencerlos.

Algunos nombres sonaban a nuestros oídos: la cuenca del Donetsk, Rostov, la caída de Sebastopol, la batalla de

²² Parti Social Français. Fundado en 1936 bajo el liderazgo del militar François de La Rocque, se convirtió entre esa fecha y 1940 en uno de los partidos de masas de carácter conservador más importantes del escenario francés. Rebautizado en 1940 como Progrès Social Français, se diferencia del resto de partidos colaboracionistas en su rechazo formal del antisemitismo y el fascismo, lo cual no fue óbice para su colaboración con el régimen de Vichy. (*N. de los E.*)

²³ Mouvement Social Révolutionnaire. Fundado en 1940 por Eugène Schueller, propietario del grupo L'Oréal, y por Eugène Deloncle, ex militante de Action Française y de la Organisation Secrète d'Action Révolutionnaire Nationale (OSARN). A esta última se le atribuye el asesinato en junio de 1937, auspiciado por el gobierno de Benito Mussolini, de los antifascistas italianos Sabatino y Carlo Rosselli, refugiados en Francia. (*N. de los E.*)

²⁴ Parti Français National Communiste. Fundado en 1934 por el periodista Pierre Clémenti, en 1940, frente al rechazo de las autoridades alemanas del adjetivo «comunista», cambia su denominación por Parti Français National Collectiviste.

²⁵ La Cagoule («pasamontañas» en francés) era la denominación popular de la OSARN.

Stalingrado. Todo nos sorprendía, quizás era una táctica, ¿por qué no?

En esa época, los atentados se multiplicaban en Francia, y no siempre en el momento oportuno. Las opiniones sobre el tema eran encontradas. En agosto hubo varios atentados en pocos días: el de París contra el oficial alemán Mozer (se supo después que el autor era el coronel Fabien); unos días más tarde, Paul Colette —que se había incorporado al LVF para aproximarse mejor a su objetivo— en el curso de una ceremonia disparó con una pistola de pequeño calibre contra Laval. La bala le rozó el corazón; Colette disparó contra Marcel Déat dándole en el vientre, y efectuó un último disparo contra el coronel Duruy a quien sólo hirió ligeramente en la muñeca. Colette fue condenado a muerte, pero sorprendentemente fue indultado.

Hubo nuevos atentados y, en represalia, muchos rehenes fueron fusilados. En nuestro entorno, no éramos partidarios de quitar la vida de un simple soldado alemán en acto de servicio. Otra cosa era si se trataba de gente importante como Laval y compañía.

Palau hijo, esta vez con su padre —un erudito—, nos dieron la prometida charla sobre el libro *Los protocolos de los Sabios de Sion*. «Los Protocolos», como les llamábamos, no eran el acta redactada en el congreso sionista de Basilea de 1897 —que trataría de una conspiración para la conquista del mundo—, como se quería hacer creer, sino la obra del jefe de la Okhrana (la Policía del Zar). La obra fue reeditada muchas veces en todas las lenguas del mundo por los enemigos de los judíos: el mismo Hitler recurrió a ella.

La principal dificultad de la charla fue que Palau y su padre no tenían la obra en cuestión a mano y citaban de memoria.

La charla despertó nuestro interés por el tema. Para mí fue una fuente de enseñanzas; se sacó la conclusión de que

el libro era una falsificación, pero había que leerlo a pesar de todo para entenderlo y poderlo discutir.

El antisemitismo no era algo nuevo y no iba a desaparecer pronto. Me di cuenta después, cuando en mi entorno, incluso personas biempensantes y progresistas citaban en serio los Protocolos.

El sábado por la tarde, en Quillan, nos juntábamos con algunas chicas y chicos. Nuestra principal distracción consistía en dar interminables paseos alrededor del pueblo, hablando de las películas de la semana que veíamos en el cine La Cigale o en el Familia: *Naples au baiser du feu*, con Tino Rossi; *La route enchantée*, de Charles Trenet, etc. Largas conversaciones, vanos propósitos, frivolidades.

Hacía bien poco que se nos había añadido un recién llegado de Narbonne; se trataba de un joven panadero llamado Jean Daras. No sabíamos aún que, como joven comunista, había sido condenado y puesto en libertad condicional.

Pronto encontré en él una madurez que no tenían los demás jóvenes de nuestra edad. Me hubiera gustado tenerle como amigo, pero notaba en él una cierta reserva. Era muy discreto al hablar de cosas más serias, quizá debido a su situación. Volveré a él más adelante.

Pedro Pérez, un amigo de mi padre que vivía en Belvianes y trabajaba en el bosque cerca de Axat, nos dijo un día que las charlas eran seguramente instructivas pero que, vistos los acontecimientos excepcionales por los que atravesábamos, era indispensable tomar posición frente al ocupante.

A tal fin creía necesaria una reunión, por lo que nos invitó a un encuentro que debía tener lugar en casa de un compañero, en el Quai du Pasadou, al otro lado del Aude, en Quillan. En una primera reunión estuvieron, además de Pedro, los Palau (padre e hijo), Pedro (de Carcassonne), Edouard Pardo, Miguel González —que venía de los Pirineos Orientales—, dos chicos franceses que ya habían

asistido a la charla de Palau, el viejo Saurat, mi hermano François, mi padre y yo mismo.

Pedro expuso su punto de vista sobre la situación. Era innegable que no podíamos mantenernos en compás de espera. Debíamos tomar tanto una decisión como medidas de precaución ante el peligro que nos amenazaba.

Aunque más o menos todos estábamos de acuerdo contra el ocupante, la posición de cada cual divergía de las demás.

Palau (padre e hijo) decían:

¿Por qué deberíamos intervenir en este conflicto, ayudar a esos mismos que nos recibieron tan mal hace apenas tres años, metiéndonos en campos de concentración?

El mayor de los dos franceses tomó la palabra para decir que no todo el mundo estuvo de acuerdo con los campos y que él mismo era hijo de un combatiente de las Brigadas Internacionales. Comprendía lo dicho por los Palau, pero no compartía la conclusión.

Todo el mundo calló hasta que intervino Pardo. Se levantó y se puso a hablar con la seguridad digna de un tribuno —quienes le conocieron saben de sus dotes de orador—:

Todo lo que habéis dicho unos y otros tiene su parte de razón. Pero yo pienso que deberíamos ver las cosas de frente, con cierta altura de miras y no llamarnos a engaño. No creo que todos los franceses se hayan mostrado indiferentes ante nuestra suerte, pero poco importa; no confundamos al gobierno de la época con el pueblo francés. No metamos a los dos en el mismo saco. Creo que en las circunstancias actuales no podemos quedarnos de brazos cruzados.

A su turno, Miguel González opinó que lo que estaba en juego era demasiado serio como para presionar a nadie. Cada cual tenía que elegir y decidir por sí mismo. Por su parte, no podía desviar la mirada de los acontecimientos actuales. Aunque no era partidario de afiliarse a un movimiento estructurado, estaba decidido a actuar.

Al acabar la reunión, acompañamos a mi hermano a la estación. Vivía justo al otro lado de la vía férrea. Antes de dejarnos me confió que no compartía mi entusiasmo y me puso en guardia para que no me dejase arrastrar a una aventura.

Con Pedro y mi padre tomamos la dirección de Belvianes siguiendo la vía férrea. La posición de mi hermano era, al parecer, comprensible; él tenía una familia, yo no.

Pedro, dirigiéndose a mi padre, dijo:

No sé lo que piensas, pero personalmente creo que la reunión ha sido interesante en la medida en que cada uno se ha definido según sus ideas y su temperamento. Ahora sabemos con quién podemos contar; con los que no, aunque se muestren amistosos, será mejor para todos que no les hablemos más del problema.

Me faltaba la soledad del bosque y ya se sabe que la soledad se alimenta de sí misma. Así, el domingo por la mañana, a la hora en que la gente se reunía en la plaza de la iglesia para ir a misa, iba a por mi canoa de fondo plano para dejarme llevar por la corriente en la orilla derecha del río Aude.

Bajo el espeso follaje de los álamos, lejos de miradas indiscretas, amarraba mi embarcación a una gruesa raíz. Con un tubo de caucho fijado por un extremo en el frente de la canoa y el otro extremo en la boca —como mi padre me había enseñado— me sumergía en el agua aún fría a

esa hora, en busca de truchas. Raro era el día en que volvía a casa con las manos vacías.

Más dura, y también más agradable, era la vuelta; remontar a contracorriente remando con fuerza requería un cierto esfuerzo. Tenía que seguir la orilla del río evitando el centro, donde la corriente era demasiado fuerte y me exponía a ser arrastrado peligrosamente hacia el embarcadero frente a la casa de Paul, el jardinero. Oía las campanas de la iglesia de Belvianes, y mientras los del pueblo en la misa se comunicaban con su dios, yo, solo en medio del agua, imaginaba ser un aventurero salido de una novela de Jack London o un indio volviendo de pesca.

Abandonar mi reino acuático me apenaba un poquito, aunque me consolaba sabiendo que el complemento alimenticio que aportaba alegraría a mis padres. Nuestra comida era más bien escasa en aquellos días.

El sábado por la mañana, a veces, iba a trabajar la viña de mi hermana, situada en el antiguo camino de Quillan a Cavirac. Además de la azada al hombro, llevaba siempre un libro conmigo. Me apresuraba a escardar una fila para pararme al final y leer algunas páginas que meditaba mientras trabajaba. Volvía a leer al final de la fila siguiente. Sobra decir que, a ese ritmo, no avanzaba mucho.

Poco después de la reunión de Quillan, Pedro vino a verme a la salida del trabajo, tal como había prometido. Había que empezar a ponerse manos a la obra. Mis contactos serían él o Miguel González; únicamente tendría que habérmelas con ellos.

Desde que los alemanes ocupaban la zona sur y controlaban la frontera pirenaica, el peligro era incomparablemente mayor y debíamos ser doblemente prudentes.

La región estaba muy frecuentada y más contando a los que se escapaban del STO (Servicio de Trabajo Obligatorio), instaurado hacía poco.

Un día, Pedro me esperaba en casa acompañado por un desconocido. Era un francés que venía del departamento de Drôme y tenía que pasar a España. Había que esconderlo durante un par de días y luego acompañarlo parte del camino. Aquella noche no había en casa mucho que comer, sólo unas patatas tan pequeñas que tuvimos que cocinarlas asadas para economizar la peladura. Viendo eso, Pedro volvió esa misma noche con un gran pedazo de cordero y huevos.

Llegados a este punto, he de hacer justicia a mi madre que, a pesar de nuestros escasos recursos, nunca se quejó por albergar y alimentar a una boca de más.

Fue mi primera misión. Debía acompañarlo a Marsa, un pueblecito del valle del Rébenty. Hubiera sido más fácil seguir el camino por las gargantas de Pierre-Lys, pero una vez metidos en él hubiera resultado difícil esconderse en caso de peligro. Así pues, era mejor dar un largo rodeo —siguiendo los senderos del cable— por el pueblo de Quirbajou y desde allí descender hasta el riachuelo de Rébenty. Afortunadamente, a la vuelta, yendo solo, podía seguir el camino de Quillan por las gargantas de la Pierre-Lys.

Al día siguiente, no habiendo dormido por la noche, estaba tan cansado que monsieur Vals, con quien formaba equipo en la sierra grande, me envió varias veces al hoyo de las virutas, lo cual me permitía recuperar unos instantes de sueño. Monsieur Vals era de tendencia socialista y conversaba mucho con mi padre. El hecho es que una franca complicidad nos unía sin que mis compañeros de trabajo lo sospecharan.

Miguel González, que trabajaba con Pedro en Montfort, venía a menudo en bici a Quillan y a veces paraba en casa, trayéndonos carne y otros alimentos.

Por mediación suya, mi hermana Marie albergaba a su propia hermana y a un hijo que habían venido de



Enric Mèlich durante un paseo en su canoa de fondo plano

Perpignan. A cambio de su «pensión», él traía patatas y otros productos. La hermana de Miguel se quedó hasta la liberación de Francia.

Cuando bajaba a Quillan el domingo por la tarde, comía en casa de mi hermana y así podía ir al cine a la sesión de noche. Aprovechaba también para escribir a su marido, entonces prisionero en Alemania.

Una tarde me encontré con Clément, el cuñado de mi hermana, que era gendarme de la guardia del mariscal Pétain. Cuando hablaba con él me ponía alerta pero, a pesar de ello, no sé cómo, terminamos conversando del maquis de Vercors. Lo que decía de sus miembros no era precisamente bonito. Según él, no eran más que bandidos y terroristas.

Yo no quería dar la nota, pero al cabo de un buen rato me levanté y dirigiéndome a mi hermana le pedí que me excusara pues la presencia de aquel gendarme no era de mi agrado. Decididamente, no tenía suerte: el cuñado de mi hermano también era gendarme pro-Vichy. Si hubiera

estado al tanto de mis actividades, ¿me habría denunciado? Entonces dudaba de que fuera capaz, pero hoy lo creo posible.

Meses más tarde, tuve otra mala experiencia con otro cuñado. Pero ya la contaré en su momento.

Nuestro ámbito de acción era relativamente reducido. Nuestra tarea consistía en recoger a los fugitivos en Carcassonne o en Limoux, pero más frecuentemente en el mismo Quillan.

En Quillan había una casa segura, en la que los «pasajeros» eran albergados uno o dos días, según el caso.

Muchos habitantes de Quillan conocían la casa, jóvenes y no tan jóvenes, aunque por razones de otra índole, puesto que por suerte ignoraban su doble actividad. La propietaria era madame Raymonde Rousset, más conocida por un apodo que no mencionaré, debido al respeto y reconocimiento por todos los servicios que nos prestó.

Más adelante hablaremos del modo con el que la recomendaron. La casa estaba situada a menos de veinte metros del domicilio de mi hermano François, en el camino de la cooperativa.

Desde allí, había que ocuparse de ellos hasta Belvianes, vía Marsa, donde los encargados de pasarlos los conducían hasta Andorra. Uno de los pasadores era Martínez. Supimos del caso de un grupo de seis personas que habían pagado la suma de 30.000 francos por cabeza, para finalmente ser abandonados en plena montaña, perdidos, extenuados y desalentados. Por fortuna, tropezaron con otra expedición que pasaba por allí y se salvaron.

La primera vez que fui a casa de Raymonde Rousset fue para encargarme de una pareja de unos cuarenta años que había llegado la víspera. Como la mujer estaba muy cansada, se decidió que se quedara un día más para descansar. Volví a buscarla al día siguiente y partimos hacia Belvianes siguiendo la vía férrea, pero la mujer llevaba zapatos de tacón alto, lo que hacía impracticable la marcha.

Pasaron la noche en Belvianes, mientras me las apañaba para conseguir el calzado adecuado.

Teníamos que llegar a Rouzes a toda costa antes de la partida de la expedición para Andorra, pero íbamos con retraso. No teníamos otra solución que hacer el trayecto en coche. Nos acordamos de que monsieur Boyer, propietario del cine Familia, tenía un vehículo con tracción delantera. Hablé con André Courrieu, que trabajaba con él, y me respondió: «Pídeselo».

Lo «requisamos» con la promesa de devolvérselo al día siguiente. Dijo que lo necesitaba para ir a hacer la proyección a Chalabre. Mantuvimos nuestra palabra y al día siguiente la sesión de cine tuvo lugar como estaba previsto.

Un detalle: el depósito estaba casi vacío, pero no nos lo echó en cara, de tan contento como estaba por recuperar el vehículo en buen estado y a la hora prometida.

Supimos por monsieur Valenti, el peón caminero de Belvianes, que monsieur Paytavi, jefe de la brigada de gendarmería de Quillan, deseaba ver a mi padre. Quería ponernos en guardia. Un «patriota convencido» de Quirbajou le había advertido de que el «joven español» de Belvianes —es decir, yo— había sido visto atravesando el pueblo con individuos sospechosos.

Afortunadamente, monsieur Paytavi estaba de nuestra parte. En caso contrario, nuestra aventura habría tenido todas las probabilidades de acabar mal. Ese buen patriota se llamaba Pouyte.

Recuerdo también a dos hermanos de origen israelita. El más joven, Andreï, no era muy hablador y me enteré por su hermano de que había pertenecido a un grupo de resistentes armenios de los FTP-MOI²⁶ de París. Habiéndose quedado «ti-

rado» y sin recursos, se refugió en casa del hermano mayor, propietario de una zapatería. Ambos habían decidido volver a España. Más tarde, por los periódicos, dedujimos que podían tener que ver con el grupo de Manouchian.

Tras su paso, «Mariano» de Merial nos advirtió de que debíamos suspender cualquier actividad por Andorra, ya que algunos pasajeros habían desaparecido sin dejar rastro.

Era tan grave y duro de creer que Pedro hizo un viaje para informarse. A su regreso, tuvo que rendirse a la evidencia: las tres personas que habían pasado una semana antes nunca llegaron a su destino.

Un contacto andorrano, contrabandista él también, nos puso en guardia: debíamos desconfiar de los llamados Pérez y Puig, contrabandistas andorranos.

Fue mucho más tarde cuando supimos que unos guías desalmados habían, pura y simplemente, atracado y ejecutado a sus pasajeros.

Yo vi a Dot, contrabandista, andorrano de pura cepa, que me dijo un día:

Aún hoy la memoria de la gente es muy selectiva; haría falta que un periodista valiente sacara a la luz esos crímenes impunes, base de las grandes fortunas andorranas.

armada con los FTPF (Francotiradores y Partisanos Franceses). Los FTP-MOI, que se subdividieron en cinco grupos de lucha, se constituyeron como un grupo autónomo dentro de los FTPF. Sus miembros eran en su mayoría judíos, a quienes se unieron rumanos, checos, unos cuantos alemanes, italianos, armenios y españoles» (Ingrid Strobl: *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana, 1936-1945*, Virus editorial, Barcelona, 2015). (N. de los E.)

²⁶ Siglas de Francs-Tireurs et Partisans – Main-d’Œuvre Immigrée (Franco Tiradores y Partisanos – Mano de Obra Inmigrada). «En marzo de 1942, el Partido Comunista reorganizó la resistencia

Llegados aquí, hagamos un inciso. Muchos años más tarde un periodista español se empeñó en aclarar el asunto. Acompañado de tres amigos, siguió el rastro de los desaparecidos en los antiguos pasos andorranos.

Después de búsquedas y excavaciones, encontró huesos humanos enterrados a poca profundidad. Hizo un reportaje, titulado «Las montañas de la muerte», cuyas fotos despejaron cualquier duda sobre el origen de los esqueletos:

En unas semanas, tras haber seguido innumerables pistas, logramos encontrar varias fosas donde habían sido enterrados los fugitivos. En efecto, en todos los pasos que atraviesan el valle hacia España, descubrimos sepulturas que el tiempo, a pesar de la precipitación con que fueron hechas, no ha podido borrar.

Son el gran testimonio de una época no pasada, porque los criminales aún están libres.

Nuestro mapa señala enterramientos en Grau Roig cerca de Envalira, en el puerto de Vall Civera, en Sant Julià, en el mas d'Alis, en Bixessarri, en Arinsal, en las granjas de En Campy de Pal; han sido marcadas con cruces a medida que se han ido descubriendo.

Todas las víctimas no eran judías y todas las ejecuciones no tuvieron lugar en la montaña. Probablemente resistentes españoles y franceses, fugitivos de diversas tendencias que tuvieron la mala suerte de caer en «la red de la muerte» cuando se creían por fin a salvo.

El «café Francés», cuyo propietario es Antonio Duedra, alias Tarrado, de Canillo, era un lugar de cita de los evadidos.

Allí esperaban a los guías. Pudimos comprobar

que el modesto propietario de antaño hoy en día es un señor acaudalado.

Ni todos los fugitivos eran judíos, ni tampoco todos provenían de las redes parisienses. El caso de los marqueses de Caussade, multimillonarios, propietarios del coñac «Armagnac de Caussade» y remitidos a Puigdemollet y también desaparecidos, lo prueba.²⁷

Obviamente la revista *Reporter* fue prohibida en todo el Principado de Andorra. Algunas personas influyentes y ricas del país presionaron en Madrid para que el reportaje se parara.²⁸

En el mes de diciembre de 1943, nos enteramos por monsieur Roquefort del arresto de Raoul de Volontat, el maestro de Quillan. Conocíamos sus simpatías por los resistentes, pero no sabíamos que estuviera tan implicado.

A principios de 1944, se me planteó el problema de la acción. Sabía por Palau hijo que José Abad tenía contactos con el maquis de los alrededores de Chalabre. Él no aprobaba esos contactos pues no veía la necesidad de tomar parte en los acontecimientos:

²⁷. Eliseo Bayo: «Las montañas de la muerte», *Reporter*, Barcelona, 4, 5 y 6 de junio de 1977. Esta revista, nacida bajo el auspicio del Grupo Zeta, y en una línea semejante a la de *Interviú*, fue adquirida en agosto de 1977 por el abogado y político Antonio García-Trevijano. (N. de los E.)

²⁸. En 2008, el Canal 33 de TV3 emitía el reportaje «Fugint dels nazis». Algunos testimonios sobre esta cuestión, entre ellos el del propio Enric Mèlich pueden verse aquí: www.cma.cat/tv3/alcarta/boira-negra/fugint-dels-nazis/video/5311591/. (N. de los E.)

El pueblo francés —decía— no está concienciado, como mucho tiene sensibilidad patriótica. ¿Por qué mezclarnos en problemas que no nos conciernen?

Sin embargo, algunos de nosotros, una minoría de jóvenes, creía que algo nuevo podía ocurrir; el qué no lo sabíamos, pero esperábamos que fueran tiempos mejores.

Hasta entonces, yo había sido una especie de individualista, un soñador solitario, pero quería participar en lo que se avecinaba. No confundamos el pacifismo con una cierta resignación y una pasividad suicida.

José Abad vino a vernos en bici. Habíamos hablado del grupo de maquis españoles que había sido atacado y obligado a replegarse hacia el maquis de Picaussel.

De este pequeño núcleo de maquis, más tarde nacerían las guerrillas del Aude.

Aunque no estoy muy de acuerdo con ellos —dijo—, pienso unirme también a ese maquis que está dirigido por uno de Quillan: el capitán Franck.

Mi padre escuchaba sin decir nada. Sabía que su experiencia sólo era buena para él y que para nosotros no sería de ninguna utilidad. Terminó por decirnos:

No voy a daros consejos, en el estado de ánimo en que os encontráis no me escuchareis, pero al menos he de hablaros. Así como he estado de acuerdo en ayudar a los fugitivos, soy más bien escéptico con la idea de tomar las armas. No os hagáis muchas ilusiones, somos extranjeros y cuando se hayan ido los alemanes

continuaremos siendo tratados como tales. Quizá con algo más de reconocimiento, pero no mucho.

José escuchaba atentamente y callaba. Le acompañé un rato, íbamos los dos con las bicis de la mano, y acabó por decirme:

Tu padre quizá tenga razón, pero a pesar de todo, personalmente no puedo quedarme inactivo. Te lo repito, voy a unirme al maquis de Picaussel.

Yo no sabía ya qué pensar. Por un lado, la posición de mi padre, que era la misma que la de Palau hijo, y del otro la de José, la de Pedro, la de Miguel...

Hablé con Roger Rivière, a quien el asunto le traía sin cuidado. Por su parte, Vincent Doumergue tardaba en decidirse.

Sin esperar mucho, Eugène Sagui me confió una misión: coger unos papeles en el autobús de Perpignan y dárselos a Adrien Baudru. Supe por éste que eran panfletos casi confidenciales, de los cuales aún conservo uno. El Partido Comunista Francés, que era quien los firmaba, llamaba a los camaradas comunistas a unirse a los diferentes maquis.

Una vez realizada la misión, mis relaciones con Eugène se espaciaron. Hablé con Adrien de mi intención de unirme al maquis de Picaussel. Y él me dijo:

Visto tu temperamento y tus ideas antimilitaristas, estarás mejor en el maquis Jean Robert. Conozco a algunos camaradas que están allí y son muchachos bastante agradables. Además, ya conoces a Jean Daras y a Sánchez.

*Según cómo vayan las cosas, me uniré yo también.*²⁹

EL MOMENTO DE ELEGIR

Había llegado la hora de tomar una decisión. Yo admiraba a mi padre por encima de todo, pero en aquellos momentos no compartía su punto de vista.

Sabía que ese mismo día llegaría a Quillan un vehículo del maquis. Con Roger Rivière esperé cerca de La Forge. Mi decisión estaba tomada y Roger se encargaría de avisar a mis padres.

Atardecía cuando llegó el vehículo, un Renault Celta 4. Dentro iban cuatro personas y apenas quedaba sitio para tres en el asiento de atrás, cargado de paquetes. Los cañones de las metralletas asomaban por las puertas. Faltaba el vidrio trasero, lo que provocaba un remolino de aire en el interior.

Al pasar por Belvianes, vi a Gabriel atravesando la carretera; nos miró, pero, como yo iba en el medio no me pudo distinguir. Llegamos al pueblo de Salvezines al acabar el día. Hicimos una primera parada en la granja Nico-leau, donde una veintena de maquis se disponían a cenar. Dejamos el vehículo para continuar a pie por un sendero iluminado por una linterna que había que accionar continuamente para que el sistema de dinamo funcionara.

²⁹ El maquis Jean Robert & Faïta —cuyo nombre homenajea a los resistentes comunistas Jean Robert y Vincent Faïta, condenados a muerte y guillotinos el 22 de abril de 1943 en Nîmes— era una de las organizaciones armadas que actuaba en la zona del Alto Valle del Aude. Estaba conformado por tres compañías: la Jean Robert (compañía 4306), la Faïta (compañía 4307) y el Maquis FTP-Gaja la Selve (compañía 4309). Si en algunos pasajes Mèlich se refiere al maquis como «Faïta» o «Jean Robert» y no por su nombre completo es porque se refiere a una u otra compañía. Existe una web dedicada a la historia de este maquis, en cuya lista de nombres figura el nombre de Enric Mèlich como «Mèlich René dit *Sans*». Puede consultarse en maquisftp-jeanrobert-faita.org. (*N. de los E.*)

Llegamos por fin al segundo campamento, una cabaña hecha con una gran lona. Comimos un grueso «adoquín» de pasta fría y un puñado de higos secos. Fue mi primera noche como maquis. Un joven me cedió la mitad de su manta; se llamaba *La Pointe*.

Al día siguiente, conocí a Raymond Rouge, *Firmin*. Me preguntó cómo quería llamarme y me vino a la memoria un nombre: «Sans». Iba a añadir «Richard», pero me daba corte pues, en español Richard Sans suena a Ricardo Sanz, nombre del compañero de Durruti y jefe de la 26.^a División. Me decidí finalmente por *Robert Sans*. Jean Darras se convirtió en *Marty* y Jean Sánchez, en *Jonquille*. Aún hoy los llamo así sin darme cuenta.

Guiados por *La Pointe* bajamos a la granja Nicoleau, donde conocí a *Michel*, uno de los jefes. *La Pointe* le pidió un arma para mí, una metralleta si podía ser.

Como no había ninguna disponible tuve que contentarme con un fusil máuser; por suerte había uno más corto que los otros. Parece que era un mosquetón de caballería. A falta de otra cosa mejor, eso me bastaría.

Deambulamos el resto el día. Por la tarde, arrimado a un árbol, debí adormecerme pues al despejarme el sol estaba muy bajo, detrás de las copas de los árboles. Iba a anochecer.

Pensé en mis padres: en esos momentos, mi padre volvería del huerto con su carretilla. Por la noche, después de haber guardado los platos, mi madre iría a sentarse junto al fuego y, si mi padre no estaba muy cansado, leería como de costumbre.

Por entonces él leía *La reliquia* y *El crimen del Padre Amaro*, de Eça de Queirós. Era su hora del día preferida. Mi padre leía lentamente, con voz clara, articulando bien; tenía una buena dicción. Le gustaba tanto leer como a mi madre escuchar. No leía cualquier cosa. Recuerdo que el invierno anterior, había leído los seis volúmenes de la

novela *Jean Christophe*, de Romain Rolland. No sé por qué, pero sentía remordimientos por haberlos dejado solos. Creí mitigarlo un poco pensando en otra cosa sin llegar a conseguirlo. La presencia de mi padre me faltaba; en realidad, me ha hecho falta siempre.

De todos los buenos compañeros que tuve, me vienen a la memoria unos cuantos. Además de Daras y Sánchez, a quienes ya conocía, estaba *Lorrain*, de Limoux, que se decía animista, pues mantenía que su violín tenía alma. Y los hermanos *Cordobes*, de Chalabre, que conocían bien a José Abad, del maquis de Picaussel; Jean Milner, *Caplan*, israelita, muchacho simpático y cultivado con quien me gustaba mucho hablar; también *Taillefer*, que fue herido en el accidente de Camperrier, al que volví a ver más tarde en una obra en Toulouse... *Cadenes* (Minizzo), siempre tranquilo y sonriente; *Soulie* (Carrère), que murió meses más tarde en el frente de Alsacia; *Jean-Louis* (André Azam), *Moïse*, *Pistolet*, *Spada*, *Samson* (Jean Cossalies) de Quillan, *Bolo*, *Montcalm* (Roger Lagute), *Adam*, *Martha* (J. Fernández), muerto al poco en un accidente en una carretera cerca de Caudiès; los hermanos Ratabouil; *Tino*, el hijo de Martín, con quien yo había trabajado en Belvianes; *Tito* (Bourrel) de Salvazines; los dos chóferes *Yvon* y *Sim* (Falcou); François Martínez, hijo de Martínez, nuestro pasador de Rouzes... Sin olvidar a aquellos que considerábamos casi como a jefes: *Jean-Louis* (Víctor Meyer), *Lazare* (Raymond Lozach), *Firmin* y *Michel* (Michel Gómez). Este último hizo carrera en el ejército francés. Me acuerdo también de todos aquellos cuyo nombre olvidé, pero cuya figura guardo en la memoria.

Mi primera salida fue una expedición a Quillan. En la cabina de la camioneta éramos tres; Falcou conducía, mientras que Pistolet y yo íbamos detrás con los fusiles cruzados entre las piernas. De vuelta, paramos en Belvianes. Mi padre trabajaba su huerta al borde de la carretera. Le dejamos unos paquetes de tabaco de picadura

Scaferlati. Su primer gesto fue olerlo. Quería a toda costa que subiéramos al pueblo para ver a mi madre. Le explicamos que por precaución era mejor no retrasarnos.

Mientras hablaba, miraba a mi padre de frente hasta que nuestras miradas se encontraron; sus ojos estaban húmedos. Al irnos, me siguió con la mirada hasta el recodo del cruce de Cavirac.

No tuvimos problemas al volver. En Lapradelle y Salvezines, quienes nos conocían nos saludaban con un simple gesto de la mano. En cuanto a los muy jóvenes, nos saludaban calurosamente corriendo tras nosotros. ¿Qué representábamos para ellos? ¿Bravos combatientes heroicos? No éramos más que simples jóvenes de apenas más edad. De mi entrada en el maquis guardo muy buen recuerdo. Reinaba la armonía. Sin embargo, ocurrió que una vez un pequeño incidente sin gravedad me indispuso con una persona.

Una tarde antes de la puesta del sol, nos sentamos en círculo unos cuantos. Me acuerdo de La Pointe, Pistolet, Soulie, Lazare y el *Doctor Richard* (nadie se engañaba, no era doctor, como mucho estudiante de medicina). La conversación giraba en torno a Hitler y a su cercano fin. Tuve la desgraciada idea de comparar a Hitler con Napoleón: para mí tanto uno como otro eran ambiciosos y bandidos, por no decir más.

No me dio tiempo a seguir pues el Doctor Richard, con un tono agresivo me dijo:

Lo que dices es digno de un ignorante, has de saber que Napoleón fue un gran patriota y muy inteligente; fue capitán a los veinte años y a los treinta fue general. Y además creó la Legión de Honor.

No supe qué contestar y por lo tanto no respondí. No habría servido de nada. Personalmente, el hecho de que

Napoleón fuera general me dejaba completamente frío. Una cosa no quitaba la otra.

Esa tarde me di cuenta de que hablar mal de Napoleón en Francia estaba muy mal visto. Fue una torpeza por mi parte.

A la mañana siguiente, Soulie me dijo:

Respecto a lo de Hitler y Napoleón estoy completamente de acuerdo contigo.

Mis relaciones con el Doctor cesaron; a partir de ese día nos ignorábamos mutuamente (nos abandonó tras la liberación para convertirse en capitán de la División Leclerc).

Hacia tiempo que el maquis Faïta quería abandonar la región de Chalabre. A finales de julio de 1944, durante una misión de reconocimiento en la región de Mouthoumet, los responsables Paul Alcántara y Riffault, acompañados de Prat, Bourges y Donati, se dieron de bruces con dos camiones de soldados alemanes que patrullaban la región. Se entabló un tiroteo en el curso del cual Alcántara, Prat y Donati cayeron, y Bourges y Riffault fueron hechos prisioneros. Riffault resultó gravemente herido y al final sucumbió a sus lesiones. En el entierro hubo cerca de tres mil personas. Bourges tuvo más suerte; recobró la libertad tras la liberación de Carcassonne.

Al día siguiente, 27 de julio, el maquis Faïta sufrió un ataque. Trescientos soldados alemanes cercaron la región. Las fuerzas del maquis estaban en inferioridad de condiciones. El joven Pierre Fabre, de 16 años, herido por una ráfaga de metralleta, fue rematado de un balazo en la cabeza.

En la carretera de Saint-Benoît a Peyrefitte-du-Razès, cerca de Courtaly, tres maquis que viajaban en un camión, Louis Bages, André Laffon y Paul Vernières, cayeron en una emboscada. Tras un corto tiroteo los tres fueron abatidos.



Soulie, Pistolet, Firmin y Lazare

Poco después, capturaron a Fernand Pretal y a Thomas Helmut. A Bourges y Riffault los encarcelaron en Carcassonne, pero a éstos los ejecutaron *in situ* de un tiro en la cabeza. Los alemanes desconocían que Thomas Helmut era desertor del ejército alemán, de lo contrario probablemente lo hubieran juzgado.

A Pedro Soto le conocía bien. Había sido voluntario en el grupo de los internacionales de la Columna Durruti, en el frente de Aragón. Como Simone Weil, había participado en agosto de 1936 en el ataque de Farlete y en la toma de Siétamo. Era muy apreciado y tenido por reservado y valiente. Se refugió en Francia en 1939 y fue internado en un campo de concentración. Desgraciadamente, fue apresado por los alemanes y enrolado a la fuerza en el ejército alemán. En 1943, desertó para unirse al maquis de Faïta. En

el Col de la Flotte, entre Courtaly y Sonnac, hay una lápida en la que figura su nombre al lado de los de Paul Vernières, Louis Bages, André Laffon y Fernand Pretal. Su tumba se halla en el cementerio de Limoux.

Después del ataque al maquis Faïta, sus miembros abandonaron la región de Chalabre para replegarse a Salvezines con la compañía Jean Robert.

Belmas se acordará mucho tiempo del día en que llegó junto con sus compañeros a Salvezines: caía una lluvia fina y continua, la calle ensombrecida estaba desierta.

El mes de agosto fue fértil en operaciones, que se multiplicaron a un ritmo acelerado.

El 3 de agosto, las compañías Jean Robert y Faïta atacaron y tomaron la gendarmería de Limoux. A pesar del tiroteo, no hubo ninguna víctima. En la gendarmería se recuperaron un buen número de mosquetones y de munición así como algunas granadas de mano.

Al día siguiente, descarriló el tren de mercancías de la estación de Quillan. Falcou conducía el P45, que había dejado aparcado no lejos de la serrería Calmet cerca del túnel de La Forge, en dirección a Perpignan. *Kleber* (Montluc), ferroviario de Sète, era quien estaba al mando de la operación. Él mismo subió a la locomotora y la lanzó en dirección al túnel. Saltó de la máquina antes de que ésta descarrilara y se empotrara a la entrada; los raíles previamente habían sido desmontados. Los vagones volcaron con gran estruendo sobre la carretera.

En la operación participaron entre otros, Jonquille, Spada y Pistolet.

Monsieur Calmet, el propietario de la serrería, contemplaba la escena con algunos habitantes de Quillan, haciendo comentarios despectivos y menospreciando la operación. Según ellos, puesto que los vagones estaban vacíos, era una operación gratuita y, por lo tanto, una fanfarronada. Tuviémos que explicarles las razones de nuestra acción: esos

vagones vacíos estaban destinados a trasladar el depósito de víveres de los alemanes en Couiza. Era pues una operación necesaria.

Entretanto, Lazare y Marty junto con otros estaban implicados en otra operación entre Alet y Couiza.

Los días 6, 7 y 8 de agosto de 1944, una importante columna de alemanes tenía por objetivo atacar e intentar cercar al maquis de Picaussel, pero cuando llegó al lugar indicado los maquis ya no estaban. La misión fue un completo fracaso. A causa de ello, el lanzamiento en paracaídas previsto sobre Picaussel fue aplazado, y la tarea recayó en el maquis Jean Robert & Faïta. Así que el 11 de agosto, en la aldea de Clat, a seis u ocho kilómetros al suroeste de Axat, tres aviones Halifax lanzaron contenedores llenos de armas y a 14 paracaidistas americanos que no estaban previstos.

Los americanos,¹ que tenían orden de unirse al maquis de Picaussel, prefirieron quedarse con nosotros. Por iniciativa suya, el puente en la ruta de Fenouillet (en los Pirineos Orientales) fue sabotado, así como el viaducto de la vía férrea de las gargantas del Aude, entre Axat y el puente de Rébenty. Hubo más sabotajes. Pertenecían al maquis el subteniente Paul Swank y *John Knox* (en realidad, un francés llamado Jean Kohn).

De pronto, recibimos una mala noticia. En el curso de una misión, Joseph Fernández, *Martha*, había muerto en un accidente con su metralleta. Existe una lápida en el lugar de su muerte, en la carretera a la salida de Caudiès. En esa época, todos los días había caras nuevas. Recuerdo a *Magne* (Villemagne), originario de Villedaigne, cerca de Narbonne. Era joven, simpático, siempre sonriente, y pensaba ser, creo, maestro.

¹ El maquis Jean Robert & Faïta contó con un contingente de catorce soldados norteamericanos (maquisftp-jeanrobert-faita.org). (N. de los E.)

El campo estaba muy agitado. La granja Nicoleau estaba superpoblada y el abastecimiento empezaba a ser un problema. Una mañana, cuando habíamos empezado a trasladar material (armas, municiones, etc.) de la granja a una construcción —hoy en ruinas— que se encontraba a medio camino entre ella y Salvezines, vimos al Doctor Richard en una moto que nos gritaba: «¡Los alemanes, los alemanes!»

Dejamos los paquetes que cargábamos para tomar las armas, pero nos intrigaba que nuestros vigías no nos hubieran prevenido. ¿Se habían dejado sorprender? En el interín, dos compañeros habían desaparecido. Luego dijeron que habían ido a buscar refuerzos.

Pasaron unos minutos y vimos un coche alemán que se dirigía lentamente hacia nosotros. En la baca superior del vehículo, alguien hacía grandes gestos que parecían querer decirnos algo. Reconocí a Jonquille que nos gritaba: «¡No tiréis, no tiréis!»

De hecho, era un autocar alemán cuyos ocupantes habían sido hechos prisioneros en la jabonería de Saint-Paul cerca del Pont de la Fou. Una quincena de alemanes con su



Fotografía del descarrilamiento del tren

suboficial habían sido cogidos por sorpresa. Sólo el suboficial hizo ademán de defenderse, pero los soldados no opusieron ninguna resistencia. Nos dimos cuenta de que se trataba de alsacianos enrolados a la fuerza en la Wehrmacht; los alemanes procedían así en todos los países conquistados. Ni siquiera hizo falta vigilarlos; se ofrecieron voluntariamente para trabajos de cocina o lo que fuera.

En la granja Nicoleau, llegamos a ser demasiados; aparte del comando de los catorce americanos, ahora había que sumar a los alemanes.

Michel me envió con otros dos en busca de provisiones.

Espabilaos: una ternera, corderos, lo que encontréis.

Uno de nosotros conocía una granja encima de Gincla donde cabía la posibilidad de encontrar comida. Cuando vi la altura del camión dije:

—*Con tal que encontremos corderos.*

—*¿Por qué? ¿No te gusta la ternera?*

—*Sí, sí, me gusta, pero ¿cómo nos las arreglaremos para montar una ternera en el camión?*

A primera vista la granja parecía desierta. Llamamos a la puerta sin obtener respuesta. Sonaba un violín en alguna parte. Guiándonos por el sonido llegamos a un enorme granero y allí, justo en el medio, estaba el violinista. No nos había oído llegar y la sorpresa de ver a tres hombres armados le dejó mudo. Su indumentaria hacía suponer que no era del lugar, o al menos, que no era granjero.

Íbamos a interrogarle cuando un ruido de pisadas y el tintineo de cencerros nos alertó. Eran la pareja de granjeros con un rebaño de unas diez vacas y sus terneros.

Bajamos las escaleras de cuatro en cuatro para ver cómo el rebaño se escabullía en el bosque. De repente, a todos se nos ocurrió la misma idea: apuntar con los fusiles al ternero más cercano, el último. Hicimos tres disparos y el animal cayó sentado sobre su trasero antes de desplomarse de lado.

Con la ayuda de los granjeros y el músico lo cargamos en el camión, todavía no sé cómo.

Una vez en la baca, pedimos a los granjeros que calcularan el peso del ternero para hacer un vale de requisa, una especie de facturas, de las que se rellenaban dos ejemplares, cuyo importe sería reembolsado después de la liberación. Nosotros no entendíamos de pesos, pero el que nos dijeron parecía excesivo: 500 kilos. Para un ternero era mucho, pero, en fin, por qué no.

Esa noche, en la granja Nicoleau hubo un verdadero festín. Cantamos todos; los americanos entonaron una canción que se sabían de memoria: *Alouette, gentille alouette...*

El desembarco de Provenza tuvo lugar entre el 15 y el 16 de agosto.

Una mañana, con gran zafarrancho, bajamos todos a Quillan. Los camiones estaban alineados frente al patio de la granja. Esta vez era la buena. Los chóferes Sim, Yvon y Gleizes prepararon los vehículos, incluido el GMC de la guerra de España, en cuya puerta ponía: «Fuerzas del Aire de la República Española».

Cargamos cajas de las que se desprendía un extraño olor a grasa o parafina que impregnaba las armas de los paracaidistas, olor que se me quedaría grabado durante mucho tiempo. El viaje hasta Quillan fue corto; atravesamos Salvezines, Lapradelle, Pont d'Aliès, Saint-Martin, Lys, Belvianes y, finalmente, Quillan.

Unos cantaban *La Marsellesa*, otros *La Internacional* y sobre todo *Le chant des partisans*, nuestra canción preferida.

En Quillan nos juntamos con los de Picaussel y Aunat, de los que habíamos oído hablar, pero a los que pocos conocían. Quillan fue liberado.²

Hablar de liberación sería demasiado puesto que ya no quedaban alemanes y, si los había, no aparecieron. Lo que sí había eran milicianos. Cuando llegamos a la estación, la multitud nos recibió entusiasmada. Mis padres estaban allí, esperándome. Mi madre, al verme, exclamó:

*Fill meu, sembles un trinxeraire.*³

Es cierto que con nuestra vestimenta más teníamos el aspecto de una banda de «panchovillistas» que el de un ejército.

Los padres y los amigos abrazaban cada cual a los suyos. Repartimos trozos de tela de paracaídas entre las chicas. Unos fueron invitados a comer en casas particulares y el resto se instaló en el Hotel Terminus, delante de la estación. Ocupamos también Correos.

El objetivo de los maquis de Picaussel y de Jean Robert & Faïta era, en primer lugar, el depósito de víveres de Couiza. Había que hacerse con él antes de que los alemanes lo vaciasen en su retirada. Lo que sucedió a continuación lo cuenta mejor el libro de Lucien Maury, *La résistance audoise*:

Charles Bournet

El 17 de agosto de 1944 por la mañana, una poderosa columna de 240 hombres que incluía la mano de obra civil requerida para el

mantenimiento del depósito de víveres, se dirige hacia el depósito de Couiza.

Al mismo tiempo, una sección del maquis de Picaussel tiende una emboscada en las gargantas río arriba de Alet, en el lugar llamado «las rocas de Cascabel». Consta de dos grupos; el primero se coloca en la cumbre del acantilado que domina el río en la orilla derecha. Su fusil ametrallador en batería en lo alto de la roca, enfrentado al norte, enfila el tiro desde arriba, sobre una franja de carretera por la que se espera a la columna alemana que viene de Carcassonne. Cubierto por dicho fusil ametrallador, el segundo grupo, mandado por el sargento de ingeniería Charles Bournet y compuesto por los artificieros Marino Soligo, de diecisiete años, Émile Journet, de diecinueve, Jean Pérez, de veinte, François Journet y Charles Biart, se instala fuera de los peñascos, en las proximidades de la carretera 118, con la misión de minar la ruta y batirla con granadas Gamon.

Pero el flanco derecho del fusil-ametrallador está desprotegido: la infantería alemana podría dar un rodeo por el lado Este, a través de la zona boscosa propicia y coparnos. Un primer fallo que se agravaría por la presencia en la columna de mano de obra civil requerida para cargar los camiones del depósito. Corrían peligro de ser ejecutados, pues los nazis no tenían muy en cuenta las convenciones de Ginebra.

Hacia las 9, la cabeza de la columna alemana ocupa las gargantas de Cascabel. Inmediatamente el fusil-ametrallador desde la roca abre fuego sobre los primeros camiones. Las ráfagas crepitan. El convoy es bloqueado pero los

² Albert E. Fernández, en su libro *La España de los maquis*, comete un error en la página 70 cuando atribuye la liberación de Quillan a la V.^a Brigada de Guerrilleros del Aude.

³ «Hijo mío, pareces un vagabundo.»

alemanes empujan hacia adelante a los desgraciados rehenes civiles que hacen gestos desesperados. El jefe de grupo ordena no disparar al del fusil ametrallador. ¿Qué hacer?

Un oficial alemán de la columna vuelve a Alet para pedir refuerzos a Carcassonne por teléfono.

En la cola del convoy inmovilizado pero protegido por las curvas de la carretera invisibles desde la roca, la infantería alemana, pie a tierra, inicia por la zona boscosa una maniobra de envoltura para tomar por el flanco la posición del fusil ametrallador.

El grupo del fusil, ahora impotente y ante la amenaza de ser rodeado, se retira sin avisar antes al grupo de Charles Bournet, situado más abajo cerca de la carretera. Atacado por la espalda, pagará con su vida y la de sus tres jóvenes compañeros Soligo, Jouillet y Pérez, su inflexible determinación.

El sacrificio no será en vano; M. Polin, vicepresidente de la Cruz Roja comunica que el oficial al mando de la columna ha retrocedido hasta Alet, desde donde ha telefonado a Carcassonne pidiendo refuerzos a fin de forzar el bloqueo.

El retraso de varias horas infligido a la columna por el equipo Bournet, permitirá a los FTP de Salvezines, reforzados por elementos del comando paracaidista americano, interceptar el convoy en las gargantas aguas abajo de Alet, en el lugar llamado «El estrecho de Alet». El enemigo, cogido por los dos lados, no podrá cumplir su misión y el depósito, aislado, caerá sin combate.

«La muerte de Paul Swank»

Tras haber recibido refuerzos, evacuado sus muertos y heridos y exterminado al equipo Bournet, el convoy acaba pasando y llega a Couiza en plena tarde del 17. Reúne rápidamente a la población en la plaza, el comandante de la columna alemana elige a seis rehenes entre los cuales figuraba el alcalde, el cura, el recaudador de impuestos y el carnicero, colocándolos en cabeza del convoy junto con los rehenes civiles a fin de asegurar el retorno a Carcassonne. Protegida por esta pantalla, la columna vuelve a la base por el mismo camino, la carretera 118,

Pero alertado por el combate de la mañana, un destacamento FTP del maquis de Salvezines mandado por Abattut, alias Danton, y reforzado por un equipo de artificieros americanos a las órdenes del lugarteniente Swank, toma posiciones en las gargantas del río más allá de Alet para cortar el camino de vuelta a la columna derrumbando rocas sobre la carretera 118. La preparación de la operación, elección del lugar preciso, colocación de las cargas de explosivos y del dispositivo de encendido por los artificieros del comando americano, requería tiempo. Los FTP ocupan las alturas para proteger a los maquis.

Apenas obstruida la carretera a consecuencias de la explosión teledirigida por los paracaidistas de Paul Swank, la columna alemana aparece y queda inmovilizada por las rocas sorprendidas. A Swank, que sigue al lado de la carretera, no le da tiempo a trepar, así que protege el repliegue de sus hombres y, apoyado en la roca,

con su Thompson en la cintura, sin tocar el cabello de un solo rehén, tumba a una ristra de alemanes, siendo al final abatido por las ráfagas del enemigo. Situados más arriba, los FTP de Salvezines siembran el pánico y la muerte en la columna, para retirarse después con el destacamento americano. Paul Swank mortalmente herido, caído al borde de la carretera, será recogido por el vicepresidente de la Cruz Roja M. Roger Polin, que, llegado al lugar de los hechos para prestar socorro a los heridos de ambos bandos, sacó balance del combate: un oficial americano muerto, dos paracaidistas y un maquis heridos, veintidós alemanes muertos y heridos, un rehén civil muerto y otros siete heridos. El informe americano cita cuarenta y cinco alemanes abatidos.

El depósito de Couiza cayó el 18 de agosto. La treintena de alemanes que lo vigilaban se rindió sin resistencia.⁴ Constituía la reserva de víveres del XIX.º ejército alemán. Contenía latas de conservas de todo tipo: carne, pescado —sardinas en salsa—, harina, pastas, arroz, azúcar, mermelada, chocolate y, sobre todo, tabaco.

Nuestro trabajo aún no había terminado. En el Col de Jau había un falso maquis dirigido por un belga y un español que continuaba la «lucha» por su cuenta. Arrestados los dos jefes, el resto del falso maquis se esfumó y nunca más oímos hablar de él.

El 21 de agosto, estaba de guardia en correos de Quillan, no sé si con Cadène o con Pervenche, cuando se recibió un comunicado alarmante de Ariège. Una columna de

tres o cuatro mil alemanes marchaba en dirección al pueblo. Fue una noche de gran tensión. Al día siguiente por la mañana llegó otro comunicado con una buena nueva: los maquis del comandante Bigeard y los guerrilleros españoles habían logrado parar la columna, envolverla y tomarla prisionera. Justo antes, los alemanes habían incendiado el pueblo de Rimont.

Supimos al instante que nuestros camaradas del FTP de Limoux y los hombres del capitán Franck luchaban contra un destacamento alemán que venía de Castelnaudary, al que también envolvieron y capturaron. Nosotros requisamos cuatro camiones cargados de material de guerra e hicimos cincuenta y cuatro prisioneros.

Visité a mis padres en Belvianes y aproveché para llevarles una caja de cinco kilos de mermelada de naranja, azúcar y una veintena de paquetes de tabaco.

Fui a visitar mi biblioteca, que contaba con nuevos libros. Antes de partir cogí *Los cuentos de Hoffman*, sin saber si tendría tiempo de leerlos.

A la vuelta, me encontré a Adrien Baudru que me dio una mala noticia. Su hermano Julien, fugado de un campo de prisioneros de Sisteron en junio de 1944 para unirse al maquis de la Drôme, había muerto el 20 de agosto en los combates librados en los alrededores de Nyons.

Julien Baudru era miembro del Partido Comunista Francés y, por ello, lo habían metido preso cuatro años antes.

Tuve ocasión de presenciar una escena desagradable que me causó un gran disgusto. En el paseo entre el café Signole y la plaza Félix Armand (hoy Raoul de Volontat), se había formado una gran aglomeración. En un escenario improvisado, el mismo joven que interrogaba la víspera a los prisioneros, estaba rapando a unas mujeres con una maquinilla de barbero. Una era la chilena, acusada de haber traicionado y entregado a Gilbert Brutus a la Gestapo;

⁴ Un error más; Miguel Ángel dice, en su libro *Los guerrilleros españoles*, que los guerrilleros de la V.ª Brigada después de un combate capturaron a veinte prisioneros.

la otra, madame Fabia⁵ de la Grand'Rue, de quien ya hemos hablado, y la tercera, Raymonde Rousset, acusada de haber tenido «relaciones» con alemanes. La misma Raymonde que había colaborado en el albergue de fugitivos sin dudarle. El espectáculo me era insoportable; me revolvió el estómago; mientras, la multitud gritaba histérica, ensañándose con las rapadas.

Tenía los ojos llorosos. Me junté con monsieur Roquefort, monsieur Ronso y mi padre, que estaban a mi izquierda. Monsieur Ronso me dijo: «No es agradable, ¿verdad, chico?».

Y mi padre añadió en voz alta e inteligible:

*¿Te acuerdas, hijo, de lo que te dije un día?
No es verdad que haya buenos por un lado y malos por el otro. Hay una minoría de buenos y otra de malos, y entre las dos hay una mayoría, la masa, que no es más que un montón de sacos agujereados. Es la misma que la del estadio, de las corridas y de los espectáculos repugnantes como éste.*

Me fui al puesto de mando. Lázaro estaba allí y, al verme en tal estado, me preguntó qué me pasaba. Se lo expliqué. El espectáculo no era agradable en sí, pero además, ¿por qué Raymonde? Todo el mundo sabía que comerciaba con su cuerpo y la víspera de la liberación los maquis habían ido a visitarla. Nos había prestado servicios cuando era peligroso hacerlo. No se puede decir lo mismo de muchos ciudadanos «honrados».

Comprendo tus sentimientos, Sans, pero ahora es demasiado tarde para reparar lo hecho. De todas formas, trataremos de liberarla lo más pronto posible.

Muchos años más tarde, en 1983, en una visita que le hice en Salvezines —donde se había comprado una casita—, me dijo al recordar el asunto:

Nunca supimos de dónde salió aquel joven de la maquinilla. Desapareció al instante siguiente.

Es repugnante ver a esos mocosos que se apuntaron en el último minuto jugando a ser los héroes del día. Hemos de reconocer que en aquel momento no fuimos capaces de evitar a todos esos pescadores en aguas turbias; determinadas situaciones no son siempre fáciles de controlar.

Llegados a Carcassonne, sin ninguna preparación militar, desfílamos al paso casi acompasado. Con nuestros uniformes desparejados, debíamos tener mala pinta, pero la multitud nos aplaudió con entusiasmo. La ocupación alemana ya no era, en apariencia, más que un mal recuerdo.

Terminado el desfile, volvimos al camión y, en una curva, Magne perdió el equilibrio y cayó, fracturándose el brazo. Fue evacuado a la enfermería y le perdí de vista para siempre.

Pasamos la noche en la escuela de chicas Jean Jaurès, y por la mañana partimos hacia Narbonne. Nuestra entrada coincidió con la llegada de una fracción del maquis de la Montagne Noire. La ciudad roja nos reservaba, a nosotros y a los FTP, los libertadores, una calurosa acogida. Las calles desbordaban de gente que quería llevarnos invitados a sus casas. Una morena narbonense, Louise Loze, nos invitó a Tambor y a mí. Vivía en la calle Washington.

⁵. La chilena se llamaba también madame Fabia, aunque no tenía ninguna relación con la madame Fabia comerciante de la Grand'Rue.

Tambor se quedó en casa de la morena y yo en casa de los señores Pinel, unos vecinos. Tenían un hijo de mi edad, quizás un poco más joven. El padre era ferroviario, antiguo militante sindicalista, y la madre, mujer de extrema amabilidad, se ocupó al momento de mis cosas como si fuera la mía. Me lavó la ropa y me la zurció durante el tiempo que permanecimos en Narbonne.

Una tarde, al volver a nuestro acantonamiento —debía de ser el cuartel Montmorency— nos aguardaba una sorpresa. Nuestros compañeros, con el pretexto de que no éramos militares, sino «francotiradores», se habían negado a quedarse en el cuartel, por lo que fuimos alojados provisionalmente en la escuela Montmorency, sita en el bulevar del mismo nombre, en pleno centro de la ciudad.

Durante los días siguientes, me ocupé de dar con el rastro de un amigo de mi padre llamado André Respault, que conoció en España. Era miembro de Solidaridad Internacional Antifascista (SIA) y había organizado una cadena de ayuda humanitaria durante la guerra.

Mi búsqueda no dio ningún resultado salvo para enterarme de que había sido deportado a Alemania en 1943, de donde no volvió hasta 1945. Después, escribió un libro que tituló *Buchenwald, tierra maldita*. Le conocí años más tarde y entonces me regaló su último libro, un manual de *Sociología Federalista Libertaria*, a cuya distribución tuve el gusto de contribuir más tarde, cuando me dedicaba a ello.

Todo el departamento del Aude estaba liberado y hacía días que ocupábamos la ciudad de Narbonne.

Una tarde, cuando volvía con Tambor, unos carteles que tenían por fondo la bandera española republicana tricolor de la Unión Nacional Española⁶ (UNE) nos llamaron la

atención. Anunciaban un gran mitin para la liberación de España en el cine Familia.

En aquel momento, desconocíamos tal organización y no teníamos ni la menor idea de lo que representaba ni de quién la dirigía. Estábamos fuera de nuestro ambiente y no teníamos a nadie a quien pedir consejo.

De vuelta al acantonamiento, hablé con el lugarteniente Michel, que me respondió:

Cuidado, Sans, reflexionad bien antes de embarcaros en esa aventura. No sé de qué fuerzas disponéis y dudo que la situación actual os sea tan favorable como para sacar algo en claro. Mejor sería que esperarais a que Francia estuviera completamente liberada. Puede que llegado el momento nosotros mismos os ayudáramos. En fin, yo de vosotros me lo pensaría dos veces antes de alistarme.

Monsieur Pinel también nos desaconsejó partir.

Personalmente, me sentía confundido y sabía que debía meditar mucho el asunto para no equivocarme, pero confieso no haberme atrevido a confiar mis dudas a Tambor, más bien por vergüenza. Mi compañero estaba muy entusiasmado con la idea de ir a luchar a España y no me hubiera comprendido; además, no soportaba la idea de que me tuviera por un cobarde. Por lo tanto, decidí no decir nada.

El día del mitin nos dirigimos al cine Familia, que estaba no lejos del centro de la ciudad, cerca del canal. En la puerta de entrada del cine, dos civiles, viéndonos armados, nos preguntaron:

—¿Adónde vais así?

—Bueno, somos refugiados españoles y venimos al mitin.

⁶. Véase Anexo 2.

No sé lo que debieron pensar, pero uno de ellos se dirigió al fondo de la sala para hablar con los organizadores. La sala estaba llena en unas tres cuartas partes. Entre la asistencia, la mayoría joven, la mayor parte eran hijos de residentes españoles y no de refugiados políticos.

El orador era un fotógrafo llamado Figuera. Empezó con esta frase:

Hemos de tomar ejemplo de estos jóvenes que han luchado en el maquis francés y que hoy no dudan en partir para liberar España.

Se refería a Tambor y a mí. Pidieron que subiéramos al estrado y la sala entera nos aplaudió con fuerza.

Un vago sentimiento de orgullo nos invadió. En esa ocasión, conocí a Pepito Jover. Al cabo de dos días, unas quince personas nos fuimos a Camurac. Hicimos el viaje en camioneta, en compañía de un cargamento de mosquetones italianos (sin munición), armas que el lugarteniente Michel nos había dado como prima de desmovilización. Pasamos por Quillan. Me hubiera gustado ver a mis padres, pero no hubo parada.

Al llegar a Camurac tuve el placer de encontrar a Ramón Mialet, quien me recibió con los brazos abiertos. Nos unía una gran amistad y no habíamos tenido oportunidad de vernos desde 1942.

¿Sabes quiénes están aquí? —me dijo—. José Abad de Villefort y Luis Buxeda. Y también Ángel Ferrando, de Quillan. Pero no te fíes de él: no juega limpio. Necesita un escondite y por eso hace la pelota al estado mayor. —Y añadió—: Ayer estuve en Quillan y me encontré a Palau y a tu padre. Está muy preocupado por no tener noticias tuyas.

Acto seguido nos llamaron desde el puesto de mando. Nos hicieron las preguntas usuales y algunas indiscretas:

Apellido, nombre, edad, ¿tienes familia en Francia?, ¿casado o soltero?, ¿a qué partido pertenecías en España?, ¿y tu padre?, etc.

Me di cuenta después de que este cuestionario indagaba nuestras orientaciones políticas y sensibilidades ideológicas, datos que servirían a los organizadores en la asignación de grados.

Por haber estado en el maquis Jean Robert de Salvezines, se me eximió del tiro y del entrenamiento; sin embargo, fui seleccionado con unos jóvenes del maquis de la Montagne Noire para un cursillo en el acantonamiento de Camurac.

El cursillo duró unos diez días. Mi padre vino a verme e insistió en que consiguiese un permiso para ir a ver a mi madre que, decía él, estaba muy cansada. Así que pedí permiso al comandante Mateo.

Por supuesto —me respondió—, pero espera dos días a que acabe el cursillo.

En el patio interior del acantonamiento, crucé la mirada con una pareja vigilada por dos guardianes. Un hombre en la treintena acompañado de una joven morena, bastante guapa y probablemente más joven que él. Pregunté a Mialet quiénes eran. Me contestó, sin estar seguro, que estaban acusados de ser espías a sueldo de Franco. Había otro hombre implicado que, según Mialet, era el jefe de los transportes de la brigada. Después supe de quién se trataba.⁷

⁷ Más tarde, mucho más tarde, supe que la pareja prisionera de Camurac no eran agentes de Franco sino Enrique Georgakopolos,



Tambor, Enric Mèlich y Pepito en Narbonne, antes de partir hacia Camurac

A la mañana siguiente, fuimos convocados en el puesto de mando. Cuando me dirigía hacia allí, tropecé con Ramón Mialet, que me cogió del brazo y me dijo que después de comer nos viéramos a la salida de Camurac, en la carretera de Comus.

Sobre todo no se lo digas a nadie.

Le noté nervioso.

antiguo secretario de Negrín —presidente del Gobierno de la República de 1937 a 1939— y su compañera. El otro prisionero era Pedro García, en efecto, jefe de los transportes de la brigada y amigo de Georgakopulos.

Al llegar a la oficina, me encontré en presencia del comandante Mateo, de José Abad y de una tercera persona a quien veía por primera vez.

El comandante me dijo:

Un grupo sale en misión hoy mismo. Te hemos elegido a ti, porque siendo catalán serás de utilidad en la región adonde vais.

Me presentó a la otra persona:

Este es el capitán Labela. Serás su asesor y José Abad será vuestro agente de enlace.

No sabía exactamente qué era eso de «asesor». Los grados y los galones estaban reservados a antiguos guerrilleros seleccionados cuidadosamente.

Me dieron zapatos nuevos, una metralleta Sten, cuatro cargadores, varias cajas de municiones, una docena de paquetes de cigarrillos y raciones de comida para dos días. Preparé mi mochila y salimos en camión. Me alegré de ver a Pepito en la expedición. En total, éramos veinticinco hombres. A parte de una docena de antiguos maquis, los otros eran jóvenes que salían en misión por primera vez.

Pensé en la cita con Mialet, pero todo había sido tan rápido que no pude avisarle de mi partida. Ni siquiera tuve tiempo de avisar a mis padres, que me esperaban de permiso.

Todo fue, sin duda, precipitado adrede para evitar fugas antes de nuestra partida en misión.

Pasamos la noche en Formiguères. Al día siguiente salimos hacia Valcebollère, pequeña localidad de la Cerdaña, cerca de la frontera.

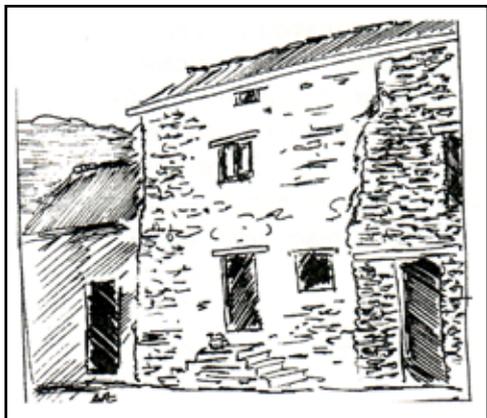
En el pueblo, nos esperaba Juan Fernández, *El Chato*. Era un hombre de rasgos toscos y aspecto inquietante. Lo

tenía visto de Camurac. Nos acompañó hasta muy cerca de la frontera y nos indicó el camino que seguir. Después volvió sobre sus pasos y nosotros continuamos solos subiendo a través del bosque.

Poco antes de llegar a la cima hicimos un alto para tomar una comida ligera.

Allí, esperamos a que se hiciera de noche antes de penetrar en España. Según me había dicho el capitán, debíamos evitar cualquier enfrentamiento con la Guardia Civil. Cerca de Ripoll, teníamos una cita con un pastor. Éste nos suministraría información y, después, comenzaría verdaderamente nuestra primera misión.

En silencio, el grupo descendía en fila india hacia la vía férrea. Era casi de día cuando nos pusimos a escalar una colina. Empezamos a notar el cansancio y una cierta angustia. No teníamos la menor idea de lo que nos esperaba.



Dibujo de la base de Valcebollère

No podía evitar hacerme preguntas: ¿nos esperaban realmente? ¿Estaba previsto el problema del abastecimiento? No sé cuáles eran las preocupaciones del resto del grupo, pero a mí eso me atormentaba.

Me rondaba por la cabeza especialmente una: ¿nos recibirá bien la población? Yo iba detrás del capitán, que se volvió y me ofreció media tableta de chocolate. Detrás de mí iba el resto del grupo. Alguien tropezó, marcando su caída con un juramento.

Atravesando el bosque de pinos, sorprendimos a un hombre que recogía setas. Era un empleado de ferrocarriles. El capitán le hizo algunas preguntas. Era de Sants —una barriada de Barcelona—. Nos enteramos de que hacía el trayecto cada dos días, que había participado en la guerra civil y que no pertenecía a ningún partido. Encima, era miembro de la CNT. Había hecho la guerra en el frente de Aragón y después en Madrid. Nos precisó que no tenía contacto con su sindicato, pero que mantenía relaciones con un compañero de la CNT a quien, de vez en cuando, daba algo para ayudar a las familias de los prisioneros. Añadió:

De todas formas, en los tiempos que corren es preciso ser prudente. Hay que desconfiar de todo el mundo.

Le dimos unos cigarrillos y reanudamos la marcha, no sin haber dado un pequeño rodeo por si acaso.

Al salir del bosque nos paramos un momento a descansar. El capitán Labela desplegó su mapa. Habíamos pasado por el oeste del Puigmal, evitando los pueblos de Dorria, Planoles y Fornells. Aprovechamos la pausa para comer; era nuestro primer refrigerio en España. La lluvia se puso a caer con violencia. Como no podíamos encender fuego durante gran parte del día —para no llamar la atención—, nos quedamos allí, empapados y ateridos de frío.

Nuestro equipamiento dejaba mucho que desear. El capitán Labela era el único que disponía de un saco de dormir americano, y del resto del grupo, sólo los más venturosos tenían una manta. Se decidió dividir las mantas en dos

pedazos e hicimos una especie de ponchos con un agujero en el centro. Vistas las condiciones climáticas, las llevábamos incluso durante el día y no nos las quitábamos más que cuando había que secarlas. Yo tenía unos pantalones y chaqueta de tela fuerte. Con ese poncho, además, podía considerarme afortunado, pues había quien no llevaba encima más que una cazadora.

Estábamos en pleno mes de octubre. La lluvia caía con insistencia; me preguntaba qué sería de nosotros si nevaba. Me daba miedo el invierno, pues había oído decir que en alta montaña la temperatura descendía a menudo bajo cero.

Por la tarde, nos tumbábamos al sol, pues no había otra cosa que hacer. Discutíamos entre nosotros y algunos aprovechaban la ocasión para contar historias.

Al caer la noche, reiniciábamos la marcha. Llegados a la cima de una colina, una fuerte claridad atrajo nuestra atención. Uno de los jóvenes del grupo dijo que eran las luces de Ripoll. Al despuntar el día, nos encontramos al descubierto. Aquello era muy peligroso.

Durante una parada, me subí a un pico rocoso para vigilar el camino. Tenía que avisar si notaba movimientos sospechosos y, especialmente, si veía camiones militares.

Algo más tarde, nos cruzamos con un viejo pastor que nos dijo ser de Capdevànol. Nuestra aparición le había sorprendido, pero a medida que llegaba el resto del grupo, su sorpresa se transformaba en temor. Al final, le pedimos que nos vendiera un cordero. Fue honrado y nos dijo que no podía vendérselo porque el rebaño no le pertenecía. Entonces nos dijo que cogiéramos uno y él diría simplemente que se había perdido.

Personalmente, habría preferido que no hubiera visto que éramos tan numerosos porque, al volver a casa, seguramente lo comentaría y eso no era bueno. Compartí mis temores con Labela, pero el caso no pareció inquietarle demasiado.

Continuamos con el animal muerto, que llevábamos a la espalda por turnos. Con sorpresa, descubrimos una cueva en la que nos instalamos sin tener idea del tiempo que nos quedaríamos en ella.

Asamos el cordero, que fue devorado medio crudo y sin pan. Olíamos a humo pero nos sentíamos felices de estar a cubierto.

Le pregunté a Labela si la expedición iba para largo. Las raciones se agotaban. Le dije:

¿No crees que para nuestra misión somos demasiados? Con cinco o seis personas hubiera bastado.

Labela me respondió:

Mira Sans, te voy a decir la verdad. Nuestra misión no es del tipo sabotaje. En realidad, somos un grupo de vanguardia. Hemos de esperar al comandante Mateo, que se unirá a nosotros con un grupo mayor. Después nos dividiremos en pequeños grupos de seis a ocho hombres que se moverán en las cercanías de los pueblos.

No supe qué responder.

José Abad partió para traer consigo al comandante Mateo y sus hombres. Nosotros teníamos que esperar en el abrigo dos o tres días.

Pronto comenzó a faltar el alimento y a cundir el malestar. A todas luces superado por la situación, el capitán Labela daba señales de nerviosismo. Debido a su falta de experiencia, no sabía cómo dirigir a un grupo que, además, se percataba de sus nervios. Los guerrilleros estaban allí sin nada que hacer.

Había otras cosas preocupantes que ponían en evidencia la falta de preparación real de la operación. Las instrucciones del Estado Mayor eran poco claras y era patente que, al menos en nuestro caso, no se había previsto ninguna logística. A eso se añadían las carencias evidentes en instrucción militar y, más grave aún, en el manejo de las propias armas. La mayoría de los miembros de mi grupo no eran expertos y habían estado muy poco en el maquis. Nuestro arsenal consistía esencialmente en metralletas Sten. Ahora bien, el relleno de los cargadores necesita, aparte de un mínimo de experiencia de manejo, la ayuda de una pequeña herramienta específica que permite forzar el resorte del cargador para introducir las balas. Con gran sorpresa por mi parte, constaté que, en la sección, era el único que poseía dicha herramienta, y que la mayoría de los demás guerrilleros no entendían de metralletas y menos aún de cargadores.

El aburrimiento nunca es buen consejero. Hurgando en mi petate, hallé los paquetes de cigarrillos y fueron los primeros que me fumé en la vida.

Los centinelas nos vigilaban las espaldas. De repente, uno de ellos exclamó:

Llegan, y van con una bandera republicana.

Al principio, creí que era broma, pero enseguida comprobé que iba en serio. El capitán Vasco abrió la marcha con la bandera desplegada, seguido inmediatamente por el comandante Mateo, el capitán Madriles, José Abad, Luis Buxeda y toda la tropa. En total, cincuenta y cinco hombres. Si la consigna del mando era introducirse en territorio español pasando desapercibidos, lo habíamos conseguido sin guardar la menor apariencia de discreción. Les grité: «¡Pero están locos!».

Aquella gente iba peor equipada que nosotros. El retraso en el enlace entre ambos grupos se debía a un error de orientación de Abad, lo que había provocado una día más de marcha y una escaramuza con la Guardia Civil en las inmediaciones de la vía férrea. Resultado: unos heridos leves —entre ellos, un joven herido de bala en el pie— y dos hombres que se perdieron; uno de ellos era un viejo farmacéutico asmático.

Salí con un joven compañero del primer grupo en busca de los perdidos. Al bajar por el bosque, oí hablar en español, pero por precaución no alcé la voz. Tuve suerte; una treintena de metros más abajo dos guardias civiles con el arma al hombro avanzaban hacia nosotros lentamente.

Nos apostamos para tenderles una emboscada. Con fuego cruzado nos parecía fácil. Pero, en ese momento, vi a otros cuatro, ligeramente más abajo, que seguían a los dos primeros. Eran demasiados para nosotros dos. Cuando me volví a indicar al joven que me acompañaba que diera marcha atrás, había desaparecido dejándome solo.

Tuve que volver precipitadamente para advertir a los demás, pero no me dio tiempo, porque Alcaraz apareció gritando y disparando con su metralleta.

Había más guardias civiles. El tiroteo estalló en todas partes. Estábamos rodeados. Algunos de nosotros, los más experimentados, respondieron rápidamente. Pasado el primer momento de sorpresa, todos contestaron a los disparos, pero estábamos tan nerviosos que para muchos el simple cambio de un cargador vacío resultaba una tarea casi imposible.

A mi lado, un joven huyó abandonando su bolsa y sus municiones.

Oí a Luis Buxeda gritar: «¡Las granadas, las granadas!». Las lanzaba sin temor, con precisión. Se batía con gran valor.

Yo tiraba a ciegas a través de los matorrales, sin apuntar, para impedir que los guardias avanzaran hacia nosotros. Según la configuración del terreno, debía de tirar demasiado alto, igual que nuestros asaltantes, puesto que las balas silbaban sobre nuestras cabezas cortando penachos de abeto, que nos caían encima.

La situación era extremadamente confusa. No había línea de defensa propiamente dicha, sino enfrentamientos dispersos entre grupos de guerrilleros por un lado, y grupos de guardias civiles y de Policía Armada convergiendo hacia nosotros por el otro. La sorpresa y la desorganización dominaba en ambos bandos. Los focos de combate se desplazaban continuamente, lo que añadía desconcierto. Y, encima, los guerrilleros se inclinaban a la huida y la dispersión antes que a tratar de rechazar los ataques.

Con un antiguo miembro del Corps Franc Pommiès⁸ recuperamos municiones en sacos abandonados y nos atrincheramos detrás de una roca. Los disparos se debilitaban en un punto para reanudarse en otro.

¡Labela y Mateo no estaban! La mochila de este último yacía medio abierta, abandonada al pie de un árbol. Quise recuperarla, pero la máquina de escribir y los papeles la hacían demasiado pesada y por lo tanto la dejé.

Las balas continuaban silbando a nuestro alrededor. Los matorrales y las características del terreno no nos permitían saber si habíamos dado en el blanco o si los guardias se habían retirado; lo único que puedo afirmar con certeza es que los disparos habían cesado por nuestra parte.

En ese momento, una sombra se nos acercó. A contraluz, me costó reconocer a José Abad.

Los tres recobramos valor:

No os preocupéis —nos dijo—, conozco el terreno. Saldremos de aquí. Hay que esperar a que anochezca. Temo que el comandante Mateo haya caído en manos de los guardias civiles. Ha bajado por el lado equivocado.

Al caer la noche, bajamos por el barranco de atrás.

Las ráfagas de metrallera se oían cada vez más lejos, lo cual confirmaba que los nuestros se dispersaban. Caminamos bastante rato, pero de noche era difícil orientarse. Lo primero era alejarse del lugar del tiroteo. Descansamos al abrigo de un bosquecillo, pero no pudimos dormir. Pensaba en todo lo que estaba pasando.

Mira, Sans —me dijo José—, creo que se han servido de nosotros para hacer propaganda.

Recuerdo haberle respondido:

Francamente, no sé qué pensar, sobre todo después de la conversación con Labela. De todas formas es verdad que o bien nos han engañado, o bien quienes nos enviaron aquí se engañaron. Qué estupidez. En mi vida había pasado tanto miedo.

Por la mañana, antes de partir, verificamos los cargadores. Yo había vaciado tres en el curso de los combates y el cuarto estaba medio lleno. Los recargué con ayuda de la pequeña herramienta y José hizo lo mismo. Durante esa preparación pude de nuevo constatar la inconciencia y la incompetencia del Estado Mayor. Nuestro acompañante, insuficientemente preparado, ignoraba también el uso de esa pequeña herramienta.

⁸. El Corps Franc Pommiès (CFP) fue fundado en noviembre de 1942 por el capitán André Pommiès como grupo de resistencia contra los alemanes. Constituido mayoritariamente por voluntarios del sudoeste de Francia, estuvo en activo hasta 1945. (*N. de los T.*)

Retomamos la marcha hacia la cumbre que se alzaba enfrente.

De repente, cuando estábamos a punto de coronarla, vimos la forma de un cuerpo sentado, recostado en un árbol. José avanzó con precaución, con el dedo puesto en el gatillo. El hombre estaba muerto. Me pareció haberlo visto en Camurac. Probablemente, pertenecía al grupo de los cincuenta y cinco. Tenía un máuser atravesado en las rodillas. El frío le sorprendió mientras dormía. No estaba herido. José recuperó de su mochila unas fotografías. Hasta pasado un tiempo, no nos quitamos de la cabeza la imagen del muerto sentado. ¿Llegaría a saber su familia cómo murió?

Al llegar a la cumbre, dimos un pequeño rodeo para hallar el camino.

Anduvimos durante horas antes de descubrir un pueblecito en el fondo del valle: era Valcebollère. ¡Nos habíamos salvado!

El final de la aventura de los demás guerrilleros figura en los escritos de Francisco Aguado Sánchez, coronel de la Guardia Civil, en su libro *El maquis en España*. Nos las habemos con un especialista, cuyas informaciones seguramente provienen de los propios archivos de la Guardia Civil.

Resulta que entre el 17 de octubre de 1944 y el 12 de noviembre de 1944, hubo diferentes enfrentamientos entre la Guardia Civil y los maquis, con saldo negativo para los hombres que pasaron con nosotros. Unos fueron arrestados individualmente o en pequeños grupos, y otros murieron. Un comandante y un capitán fueron presos en momentos diferentes. Muy pocos escaparon.

Ahora bien, si damos crédito a lo que este coronel escribe, en ese momento había en la frontera 60.000 guardias civiles, 15.000 miembros de la policía armada y 6.000 policías de paisano; eso sin contar con el Ejército.

Con ese dato, fácilmente se adivinará el resultado de nuestra aventura. No teníamos ninguna posibilidad.

Volvamos a Valcebollère. Nos refugiarnos con otros supervivientes en una casa que servía de albergue a los grupos de guerrilleros que penetraban por la zona. Un lugarteniente de mediana edad y un guerrillero —que le hacía compañía— desempeñaban tareas de retaguardia.

El lugarteniente nos acusó de no cumplir con nuestro deber:

Vuestra misión —dijo— era formar pequeños grupos y quedaros en las montañas, dar pequeños golpes de mano, acosar a los franquistas durante la noche y esconderos durante el día.

Entonces me vino a la mente el «discreto» grupo del comandante Mateo enarbolando una bandera republicana. Era inútil intentar hacerle comprender que aquello era más fácil de decir que de hacer.

Cada día llegaban fugitivos. Uno era Ramón, del maquis de Picaussel, que se había perdido durante el primer enfrentamiento del grupo del comandante Mateo. Llegó agotado. Suárez, un joven de un pueblo vecino de Carcasonne, llegó arrastrando a un herido de bala en el pie.

Una mañana, mientras estaba de guardia, oí ligeros golpes en la puerta. Era Mauricio Pascual, tocado con un casco alemán, con la barba hirsuta, pidiendo comida. Me dijo que había llevado a la frontera al viejo farmacéutico, el que se había perdido el primer día.

Hay que ir a buscarlo. Lo he dejado en el bosque, en el lado francés. Se encuentra muy débil pero quizá logre salir de ésta.

Con Ramón fuimos a recuperarlo y lo trajimos semiinconsciente.

En total llegamos a ser diez esperando no se sabía qué. En Valcebollère, llamé a mis padres desde la cabina de Belvianes. Quería darles noticias mías. Las de mi padre me horrorizaron; Ramón Mialet y su cuñado habían sido asesinados, así como Pedro Pérez, Miguel González y muchos otros. Le pregunté qué había pasado. Por teléfono no quiso explicarse demasiado, pero comprendí que habían sido ejecutados por guerrilleros de Quillan.

Mi padre añadió:

*Te envió dinero en un sobre de inmediato.
Ven en cuanto puedas, es todo lo que te puedo decir.*

A continuación informé al grupo: a Pascual, Abad y Ramón. No salían de su asombro. Nos parecía a todos injusto e ignominioso. Recordé en ese momento la cita que me había dado Ramón Mialet en Camurac, a la que desgraciadamente falté.

José Abad fue el primero en verlo algo claro.

El hecho de que todos los muertos sean de la CNT me hace sospechar purgas. En el frente de Aragón las hubo y compruebo que la cosa continúa a este lado de la frontera. Habrá que reaccionar.

Mauricio Pascual, por su parte, dijo sólo una cosa:

La única salida posible es «largarse» y eso es lo que voy a hacer.

Ese mismo día, el comandante Delicado nos hizo una visita. Después de echarnos una buena bronca, nos pidió que recobráramos los ánimos. Teníamos que haber seguido los

consejos del comandante Mateo: evitar todo contacto con el enemigo. Añadió que no había por qué desanimarse, pues los camaradas eran dueños del Valle de Arán y pronto entraríamos en España por otro lado con ayuda de nuevo material.

Yo pensaba en el reciente intento de invasión con la incoherencia por norma: por un lado, la consigna era evitar cualquier contacto con el enemigo para infiltrarse en España en pequeños grupos de guerrilleros y, por el otro, un grupo de veinticinco combatientes que iba a reunirse con otro de cincuenta y cinco, desplazándose de día con la bandera republicana al frente.

Tras visitarnos en Valcebollère en la segunda quincena de octubre, Delicado cruzó la frontera con una veintena de hombres. A consecuencia de un choque con la Guardia Civil, su grupo se dividió. La mitad regresó a Francia. Delicado y unos diez hombres, después de mucho andar, contactaron con la guerrilla de Levante. Le acompañaban Ángel, un aragonés de la CNT, Carlos, del PSUC, Antonio, aragonés también, *el Paisano*, de Córdoba, e *Ibáñez*, de la CNT.

Delicado era portador de consignas para reorganizar la guerrilla de Levante. Era el hombre de confianza del PCE en Francia. Pero las rivalidades, las intrigas y las purgas que entonces hacían estragos en las filas guerrilleras acabaron con él. Fue torturado y, finalmente, muerto en Javalambre el 17 de noviembre de 1946.

Recuerdo lo que me dijo *Germain* en 1948 al volver (era uno de los que se habían ido de Camurac):

No puedes imaginarte lo que ha sido nuestra vida en el maquis de allá; la falta de alimento, el mal abastecimiento de municiones... Los ajustes de cuentas se sucedían uno tras otro: una simple duda y te liquidaban. No sé cómo he podido librarme. Créeme, la guerrilla de Levante no durará mucho, toca a su fin.

Por la noche nos reunimos de nuevo los cuatro. Hacia la medianoche Mauricio y José se fueron, y dos horas después nos tocó el turno a Ramón y a mí.

Antes de llegar a Prades, en el tren, los gendarmes nos pidieron los documentos de identidad. No teníamos. Tampoco había que decirles la verdad. Les conté que veníamos de España.

Nos contestaron que, en ese caso, debían entregarnos a las autoridades españolas de Prades. Y allí nos llevaron.

Las «autoridades» españolas estaban instaladas en «Villemarguerite», antigua sede de la Gestapo. Sufrimos un interrogatorio breve y agitado. No eran fáciles de engañar y comprobaban cada palabra.

Mientras esperaban la llamada que confirmara nuestras declaraciones, nos encerraron en una celda. En ella había un hombre de unos 35 años. Se llamaba Edmundo y era miembro del P.O.U.M. Según él, no debíamos hacernos muchas ilusiones. O bien seríamos enviados al Valle de Arán, o partiríamos para un viaje digamos más expeditivo.

Era la primera vez en que, encerrado, sentía mezclados el miedo y la angustia. Mientras, en las habitaciones de arriba, había baile, música y jolgorio.

Era plena noche cuando probablemente un amigo de Edmundo nos abrió la puerta y éste se largó con él; nosotros no quisimos ser menos. Dos horas más tarde, estábamos en Perpignan.

Allí me llevé un pequeño chasco. El autobús de Quillan paraba en Maury, no en mi pueblo. Pero nuestras piernas nos ayudaron a hacer el resto. Llegamos a Belvianes de noche. Mis padres rebosaban de alegría. La sopa estaba caliente.

Luego, por desgracia, llegaron malas noticias.

Ramón Mialet y su cuñado habían sido ejecutados de un tiro en la nuca cerca de Escouloubre. Miguel, Pedro y otros dos habían corrido la misma suerte en Montfort.

Y eso no era todo. La víspera habían venido a buscarme. Mi padre añadió:

Eran cuatro; a los dos que entraron con el arma en la mano, no los conocía. Pero de los dos que se quedaron fuera, uno era Juan (el cojo), mecánico en el garaje Escudie de Quillan, que les servía de guía, y el otro era el lugarteniente Eugène Mora. Se han marchado sin dar ninguna explicación.

Al día siguiente, de buena mañana, salimos de Belvianes en dirección a Carcassonne. Allí vimos a Jean-Louis,⁹ el comandante de la Jean Robert. Le contamos nuestra odisea, subrayando la delicada situación en la que estábamos metidos. Al final de nuestro relato exclamó:

Los camaradas españoles son insensatos. ¿No comprenden que aquello fue un suicidio? ¿Cómo queréis, siendo un puñado, sin apoyo y en terreno hostil, vencer a todo un ejército? ¿No podíais esperar a que hubiera terminado la guerra con Alemania?

Después añadió:

De todas formas, vuestro problema es múltiple. Os hago un salvoconducto y vais

⁹ Victor Meyer (1920-1972). Militante del PCF desde los veinte años, fue detenido por los alemanes pero consiguió evadirse de la cárcel de Saint Sulpice la Pointe. Participó en la creación del maquis de Premian (Languedoc-Rosellón) y, posteriormente, sería asignado a la zona de l'Aude, donde fue comisario de operaciones departamental y comandante del maquis Jean Robert (maquisftp-jean-robert-faita.org). (N. de los E.)

*directamente a reuniros con Michel y Firmin a Narbonne, para que volváis a vuestro sitio en la compañía. Pronto nos incorporaremos todos al 81.º RIA, en Castelnaudary.*¹⁰

Ese mismo día fuimos a Narbonne, donde Firmin me entregó un documento de identidad FFI¹¹ y, de paso, adquirí la nacionalidad francesa, o al menos eso era lo que ponía en el papel.

En tu caso, si los guerrilleros de la UNE te paran, te será útil.

Firmin había tenido trato con Pedro Pérez y Miguel González. Los había conocido por medio de Lazare (Rayend Lozach) en la explotación forestal de Gincla. Le habían procurado material en junio de 1944 y guardaba buen recuerdo de ellos, aunque yo nunca supe de qué tipo de «material» se trataba. Estaba al tanto de su ejecución en noviembre de 1944.

También había conocido al Chato, miembro del falso maquis de Col de Jau. Esos falsos maquis habían desvalijado el 1 de agosto de 1944 la tienda de comestibles Benet, de la Grand'Rue de Quillan. A finales del mes de agosto, participamos en un destacamento del maquis de Picaussel para desalojarlos de su escondrijo, pero no los encontramos.

A mediados de noviembre, fui de permiso a Belvianes. El tren iba con retraso.

Cuando llegué a la estación de Quillan, dos guerrilleros me esperaban. Me siguieron y, antes de que llegara a la carretera nacional, frente al hotel Terminus, aprovecharon la oscuridad para abordarme.

Tienes que acompañarnos. El capitán quiere hablarte.

Me pillaron desprevenido. Sorprendido, no supe qué responder, pero viendo que cogían un coche, pregunté adónde íbamos.

No queda muy lejos, justo en La Forge —me respondieron.

Conocía bien ese lugar, situado a medio camino entre Quillan y Belvianes. Un detalle curioso hizo que me sintiera mejor: no me habían cacheado y eso que iba armado. Durante el trayecto no mediamos palabra. Al llegar al despacho había dos personas; un hombre joven uniformado con correa y revólver al cinto, y otro de más edad en traje de calle.

El joven, sentado en el ángulo de la mesa, me dijo:

No nos andaremos por las ramas. Desde que te escapaste de Valcebollère te buscamos para que nos expliques tu conducta en España, desde el momento en que abandonaste al capitán Labela.

Yo le respondí:

—No abandoné a Labela ni a nadie. Diría que fue al revés. Cuando tuvo lugar el enfrentamiento con la Guardia Civil, quitando el grupito que se defendió, en el que me encontraba, la mayoría desapareció en la espesura, tanto los jefes como los otros.

—Y luego abandonaste tu puesto en Valcebollère.

¹⁰ RIA son las siglas de Régiment d'Infanterie Alpine.

¹¹ Las siglas FFI corresponden a Force Française de l'Intérieur.

Percatándose, probablemente, de lo que iba a responderle, añadió en tono cortante:

¿Cómo conociste a Mialet y cuál era la naturaleza de vuestra relación?

Pasado el primer momento de inquietud, recobré valor y respondí más seguro de mí mismo:

—Conocí a Mialet en Puivert cuando trabajábamos de leñadores en los años 1940-1941. Después trabajamos en otras obras. La última vez que lo vi fue en Camurac.



Enric Mèlich durante una estancia en Narbonne

—¿Sabías que era un traidor y que se había negado a luchar contra Franco?

Sabiendo que Mialet había sido ejecutado unas semanas atrás, la pregunta no me sorprendió y repliqué:

¡No! Lo único que sé es que Mialet estaba en la resistencia desde hace mucho tiempo, y que ha muerto recientemente. No creo que fuera un traidor y, además, creo que si pensáis eso estáis en un error. Ahora voy a deciros algo; soy suboficial (no era más que cabo) del ejército francés. He venido con una misión encargada por el comandante Jean-Louis. Así que no perdamos más tiempo, puesto que mi ausencia podría alarmar a mis superiores. Y por si fuera poco, entre vuestra unidad y la mía (FFI) las relaciones no son muy cordiales.

En ese momento saqué de mi cartera el carné del FFI donde figuraba mi «nacionalidad francesa», una orden de misión y el permiso para llevar armas (algo chocante para una época en que muchos iban armados sin licencia). Lo cogieron para mirarlo y acto seguido me preguntaron:

—Pero, entonces, ¿tú eres francés?

—Como podéis comprobar, soy francés.

Todos callaron. Claramente no sabían cómo reemprender el hilo de la conversación.

En ese instante, entró el comandante Castellanos, a quien conocía de vista. Viéndome de uniforme y desconociendo aparentemente el motivo de mi presencia, me saludó. Dejó unos documentos y volvió a salir.

Su entrada imprevista pareció contrariarles. El hombre vestido de civil hizo una pausa y esperó a que el comandante Castellanos saliera para proseguir con el interrogatorio. Su tono cambió, pero sus propósitos, aunque suavizados, no tenían nada de cordiales. Mi documento de identidad francés había cambiado la situación a mi favor.

El de más edad, que hasta entonces no había dicho nada, ignorando el interrogatorio anterior, me preguntó:

—*¿Así que los FFI no tienen simpatías por la UNE? ¿Qué piensan de ella exactamente? ¿Cuál es vuestra posición sobre España?*

—*A la gente de tropa, de la base, no le importa. En cuanto a los mandos, piensan que no deberíais haber entrado en España antes de que las tropas de liberación hubieran acabado con los alemanes. El desastre de la UNE en el Valle de Arán corrobora su opinión.*

—*¿Y tú qué piensas?*

—*Sencillamente, pienso que andáis completamente errados. Entusiasmados por la liberación de Francia, habéis creído que allá abajo sería todo coser y cantar. Desgraciadamente, no lo es. En el maquis, contamos con el apoyo de la población, mientras que en España hace más de cinco años que la gente sufre una represión de las más duras e implacables.*

El joven capitán hizo un gesto de desprecio y salió del despacho de mal humor. Tras haber reflexionado un momento, el civil me dijo:

Escucha, amigo, aquí no estamos todos de acuerdo con la línea establecida por nuestros superiores. Puedes considerarte afortunado de

que esta entrevista no haya sucedido unas semanas antes. Sin embargo, te aconsejo que seas prudente cuando hagas comentarios a tus conocidos en Quillan. Podría acarrearle disgustos. Ahora puedes irte.

Estaba llegando a la puerta cuando añadió:

De todas formas, evita salir de noche. Es un consejo que te doy.

Recuerdo que, al salir, un centinela de guardia me saludó. Giré a la derecha en dirección a Belvianes. Por el camino, mi corazón se puso a latir frenéticamente. Había pasado tanto miedo que no me di cuenta hasta que estuve ya fuera de peligro.

Miré la hora; eran las diez y media de la noche.

Días más tarde, mis padres se trasladaron a Quillan. Adrien Baudru —que más adelante sería alcalde de Quillan—, aunque pertenecía al Partido Comunista Francés, era amigo de mi padre, por eso le avisó de que se rumoreaba que unos guerrilleros le tenían en el punto de mira. Puesto al corriente de la amenaza y sin perder tiempo, Pardo, acompañado de Moisset, se apostaron a la salida de una reunión de la UNE para esperar a Flores, su responsable local.

Lo abordaron en plena noche y, antes de que Flores tuviera tiempo de reaccionar, Pardo le hundió el cañón de su Parabellum en las costillas diciéndole:

Si le pasa algo a Mèlich padre, dos de vosotros lo pagaréis, y tú serás el primero.

Dicho esto, se fueron dejando a Flores de una pieza. Ironías del destino: pasado el tiempo, Flores llegaría a ser yerno de Moisset.

A pesar de la intervención de Pardo y Moisset, mi padre no se confió y dormía siempre con la pistola. Mi madre fue la más afectada. Pasaba las noches sobresaltándose al menor ruido.

La intervención surtió efecto y nadie más recibió amenazas. También es verdad que, hacia finales de noviembre, el prestigio de la UNE declinaba y el fracaso del Valle de Arán tenía mucho que ver en ello.

En esa época, muchos guerrilleros se concentraban en el Aude cuando ya no quedaba nada por defender.

Aprovechando un permiso, fui a ver a mis padres a Quillan. Al salir de la estación, visité primero a mi hermano François, que vivía detrás.

Me dio una noticia desagradable. Nuestra hermana María se relacionaba con un guerrillero acantonado en Quillan. Desgraciadamente, María estaba casada y nuestro cuñado Jean, prisionero en Alemania, no tardaría en volver. Y cuando regresara las cosas se pondrían feas.

La hija de François, la pequeña Suzon, crecía. Mi cuñada, como de costumbre, con su aire severo pero en el fondo complaciente, seguía siendo muy guapa.

Al salir de casa de mi hermano fui a ver a mi hermana María. La encontré en presencia del famoso guerrillero, un hombre de talla inferior a la media, de aspecto vulgar, vestido con un uniforme francés de buen corte pero que le venía grande. La bandolera y el revólver al costado le daban un aire de combatiente dominguero. Tanto el uno como la otra se sintieron violentados, sobre todo él, visiblemente incómodo. Me fui de allí nada más entrar.

Me venían a la memoria confidencias de mi hermana. Su vida de mujer casada no había sido feliz. El trabajo en la fábrica, una maternidad precoz, nada a cambio, ninguna pasión, una vida insípida, vacía. ¿Había tenido alguna vez un momento de felicidad?

Poco después, cuando llegué a casa de mis padres, supe que el guerrillero en cuestión y el lugarteniente Mora, el que había venido a buscarme a Belvianes, eran la misma persona. Me quedé estupefacto, no podía creer en tal coincidencia. A la vez era lamentable y ridículo.

¿Estaba mi hermana al corriente de la expedición de Belvianes? Mi padre creía que no.

Me encontré con Mauricio Pascual, a quien no había visto desde Valcebollère. Hacía contrabando en Andorra y le iba bastante bien salvo por el hecho de que también tenía problemas con los guerrilleros. Le ofrecí mi pistola automática que aceptó con agradecimiento.

El permiso tocaba a su fin y, en realidad, mi estancia se me estaba haciendo larga.

Hoy, con los años que han pasado, hay pruebas suficientes para demostrar que, entre los trece ejecutados en el Aude, nunca hubo un solo agente de Franco.

Pienso en los guerrilleros muertos, víctimas de la locura de unos insensatos: Jesús Monzón, alias *Mariano*,¹²

¹² Jesús Monzón Reparaz (1910-1973). Dirigente del PCE navarro durante la década de 1930, el golpe de Estado franquista le pilló en Navarra, pero contactos familiares (su familia formaba parte de la alta burguesía pamplonesa) le salvaron de la represión, y consiguió cruzar a Francia. Fue el principal promotor de la Unión Nacional Española, un organismo dirigido por el PCE y que pretendidamente buscaba agrupar a toda la oposición del exilio antifranquista, y máximo responsable de la fracasada invasión de la Vall d'Arán en octubre de 1944, en la que morirían 129 hombres, masacrados por el ejército franquista. La dirección del PCE, con Santiago Carrillo al frente, quiso despojarse de toda responsabilidad, convirtiendo a Monzón en chivo expiatorio y abrió un clásico proceso estalinista contra él acusándolo de infiltrado. Perseguido por la policía franquista y por el PCE, fue encontrado por la policía en Reus, en la casa de un miembro del grupo Joventut Combatent y pasó trece años en la cárcel. Enrique Líster llegó a afirmar que «el PCE le hubiera asesinado al pasar la frontera, antes de llegar a la reunión en Toulouse». (*N. de los E.*)

Juan Fernández y otros que idearon la invasión. Recuerdo a González y a Pedro Pérez cuando ayudábamos a clandestinos fugitivos; a Luis Buxeda, hecho prisionero y fusilado poco después. A la valiente Raymonde Rousset que nos había ayudado tantas veces albergando a clandestinos sin pedirnos nunca un céntimo, y que fue injustamente rapada en la liberación.

En resumen, concluimos que, aprovechando la confusión de tan turbio período, con el añadido de las historias del falso maquis de Counozouls, Juan Fernández, *El Chato*, y sus compinches ajustaron cuentas con los reacios a alistarse.

Ramón Mialet y su cuñado Ramón Fontarnau encontraron refugio en el domicilio de Raymonde Rousset. Allí les arrestaron y les condujeron a la alcaldía de Quillan, lugar donde José Díaz, de la V.^a Brigada, dio la orden de ejecutarlos por desertores. En las afueras de Escouloubre-les-Bains, pretextando una avería, se les hizo bajar para empujar la camioneta. El mismo Chato mató a Ramón de un tiro en la cabeza. El otro intentó huir, pero, capturado, fue también abatido. Iba acompañado por *Alcantarilla*, de Chalabre (el mismo que había prometido ajustar cuentas a José Abad de Villefort).

Los enterraron en la Borde-del-Jo después de haberles robado el dinero que llevaban.

Raymonde Rousset, a quien fuimos a ver con mi padre, nos contó:

Se fueron de Camurac al enterarse de que el doctor Georgakopulos y Maruja habían sido ejecutados. Pobre Maruja, era tan amable. La conocía bien, venía a veces a traerme huevos y patatas.

El doctor Georgakopulos era un español de origen griego. Había nacido en Alicante. Él, su compañera Maruja y

Luis García Fernández (de la CNT) fueron llevados al bosque de Picaussel. Primero ejecutaron a García. El doctor, asustado, intentó huir saltando del camión. A pesar de recibir un tiro en la pierna, logró llegar al bosque, pero fue capturado por El Chato que lo abatió de otra ráfaga. Poco después, le tocó el turno a Maruja que, sin fuerzas y llorando, no opuso resistencia alguna.

Según el mismo Chato, otro equipo se encargaba de enterrar los cuerpos.

El 4 de noviembre, Pedro Pérez bajó de Montfort, pasó por Belvianes a recoger a mi padre y a Francisco —el padre de Gabriel— y juntos, se fueron a una reunión del grupo de Quillan compuesto por Pardo, Palau, Moisset, Lladó y Pedro de Carcassonne.

Al acabar la reunión, volvió a Montfort plenamente convencido de no querer tratos con la UNE. En Montfort, la noche del 5 de noviembre a las dos de la mañana, monsieur Ruffat fue despertado por un ruido de portazos. Salió a la puerta. Un camión se había parado delante de la casa donde se alojaban Pedro Pérez, Miguel González, José Ibáñez y Antonio Rodríguez llamado *Bonilla*. Vio a hombres armados de metralletas mandados por El Chato que les obligaban a subir a la parte trasera del camión.

Sería su último viaje. Se les encontró al día siguiente, enterrados al borde del camino de la Riverette bajo 50 centímetros de tierra.

El Chato confesó más tarde:

Una vez en el camión, los atamos y llegados al bosque les hicimos bajar. Les matamos de un tiro en la cabeza.

Los cuatro están enterrados juntos, su tumba es la primera entrando a la derecha en el cementerio de Montfort. Eduardo Pardo pronunció la oración fúnebre. Moisset,

Lladó y mi padre abrieron una suscripción para pagar la tumba y una placa que aún hoy lleva sus nombres.

Avelino Martínez, domiciliado en Rodome, fue arrestado por dos guerrilleros a finales de septiembre, a la salida del café Signoles de Quillan. Fue conducido al puesto de control de los guerrilleros, un café que estaba situado entonces delante de la estación. Después le llevaron a Merial en compañía de Juan Pujadas (PSUC) y de Alfonso Sanmiguel (POUM). Más tarde subieron a un camión del que bajaron para ser ejecutados, cerca de Formiguères, también por El Chato y los suyos.

A la luz de estos hechos, es difícil pensar que fueran casos aislados. Estas ejecuciones entran en el cuadro de acciones, concertadas y premeditadas, tal como lo atestiguan los archivos de la Prefectura de Burdeos. En efecto, se encontró en estos archivos una lista de la UNE con nombres de compañeros que habrían sido ejecutados si hubiera sido posible apresarlos.

No resultaron afectados por esas purgas sólo quienes se negaban a unirse a la UNE. Nos cuenta Julián Gorkein, en su libro *El proceso de Moscú en Barcelona*, el calvario de Joan Farré. Fue arrestado primero como resistente y condenado en Francia por los alemanes. Tras la liberación se fue al Rosellón, donde su compañera estaba controlada por un grupo de guerrilleros de la UNE. Fue arrestado y ejecutado inmediatamente. ¿Su crimen? Haber sido miembro del POUM cuando estaba en Lérida. En España, faltó poco para que no siguiera el camino de Alfredo Martínez, entonces secretario de las Juventudes Libertarias en Cataluña y de los libertarios Berneri, Barbieri, Nin...

En Narbonne, yo seguía visitando a las familias Lozes y Pinel. Louisette seguía sin tener noticias de Tambor, desaparecido en la expedición a España.

Los Pinel se alegraban de mi vuelta. Por la noche, a menudo cenaba en su casa, para hablar de la situación que ellos encontraban poco alentadora.

La liberación había llegado con sus comités de depuración plagados de envidiosos y arribistas mezclados con los resistentes. Las venganzas y los ajustes de cuentas ocupaban el lugar de los sueños emancipadores de antaño.

Monsieur Pinel no se mostraba muy optimista; veía en él a un hombre cansado y decepcionado que no confiaba en los nuevos vencedores:

Porque en definitiva, Henri —me dijo—, ¿podrías decirme cuántos de entre vosotros saben por qué luchan? La gran mayoría, no digo todos, son simples aventureros, sin nada en la cabeza.

No sabía qué contestar. Tenía la impresión de oír hablar a mi padre. Lo que me dijo se me quedó grabado en la memoria. En aquel tiempo, me crucé con muchas personas pero sólo guardo de ellas una imagen borrosa y sin interés. Por el contrario, nunca olvidé a la familia Pinel. Al recordarles, quisiera darles las gracias por todo lo que me aportaron.

La vida en el cuartel, con sus largos y ociosos días, era monótona y fastidiosa. Lo que me resultaba más penoso era la promiscuidad, la imposibilidad de aislarme. Para mí, que amaba la lectura, leer no era cosa fácil.

Me preguntaba cómo aguantaban los demás jugando a cartas todo el día. Por suerte, encontré un modo de evadirme: salir a la ciudad, para lo cual me procuré una buena cantidad de permisos en blanco. Un día, me extendía a mí mismo un permiso a nombre de Mèlich firmando «cabo de semana Sans» —mi nombre de guerra— y, al día siguiente, obraba a la inversa. Bastaba con que el cuerpo de guardia a la salida no fuera un conocido.

El entusiasmo en algo nuevo y la fe por el cambio se desvanecían, reemplazados por la duda. Tal vez el sentido auténtico de la vida estuviera en otra parte.

Algunos camaradas proyectaban hacer carrera en el ejército y, por supuesto, ambicionaban galones; en cambio, yo estaba decidido a volver a la vida civil en cuando acabarían las hostilidades, en espera de regresar a mi verdadera casa, en Barcelona. El trabajo de leñador no me repelía y la vida militar no me motivaba. Había quien dejaba la compañía para incorporarse a las Milicias Patrióticas, la nueva policía del pueblo, como se decía, los futuros CRS.¹³ Los antiguos oprimidos se convertirían a su vez en opresores; las víctimas se transformarían en verdugos.

Circulaban rumores de una próxima partida para el frente de Alsacia. El viaje nos sentaría bien, conoceríamos el país y todo eso gratis. Como argumentos no eran muy convincentes y menos aún honorables. Me preguntaba qué había sido de nuestras ilusiones.

Todas las compañías del cuartel Montmorency fueron enviadas a Castelnaudary, pero la estancia en la capital del *cassoulet* fue breve.

Allí conocí al subteniente Paco, antiguo miembro de la Columna Durruti. Con él y bajo su mando, junto al sargento *Julio*, salimos por la noche hacia Toulouse en un camión con toldo —un Citroën P45— cargado.

Llegados a la ciudad, aparcamos el camión en el patio de atrás de la escuela de Veterinaria, al lado de la estación de la SNCF.¹⁴ La descarga se efectuó mientras los tres estábamos desayunando en la calle Denfert-Rochereau, cerca del bulevar.

Al volver, nos dijeron simplemente que fuéramos discretos, que la misión que acabábamos de cumplir era para la causa.

¹³ Compagnies Républicaines de Sécurité. Cuerpo civil de la policía nacional francesa, creado en diciembre de 1944 por el general De Gaulle, con funciones antidisturbios y de protección civil. (*N. de los T.*)

¹⁴ Siglas en francés de Société Nationale des Chemins de Fer Français, empresa estatal francesa que se encarga de la explotación de los ferrocarriles. (*N. de los E.*)

Un día, ese material nos sería útil. El objetivo del viaje lo supe muchos años después, hablando con un compañero español llamado Carballeira. Eran armas y diversos materiales de guerra.

Matábamos el tiempo haciendo turnos de guardia en la estación, en las carreteras y a veces en la cárcel. Una vez oí voces que me llamaban a través de los barrotes de la puerta de una celda. Eran dos de Quillan. Uno, R., me pedía que llevara un encargo a sus padres. No pensaba estar mucho tiempo allí, no había hecho nada malo:

*Solamente he robado el carné a la milicia,
pero eso es todo.*

En efecto, salió al poco tiempo. El segundo era José Barón, *Cossé*, de quién ya he hablado.

Apenas le reconocí. La persona jovial que con su guitarra siempre estaba dispuesto a irse de juerga se había convertido en un hombre envejecido y destrozado. Su mirada reflejaba entremezclados el desaliento y la tristeza. Balbuceaba y se expresaba con dificultad; a duras penas entendí lo que intentaba decirme. Me suplicó que hiciera algo por él.

Yo no lo sabía. Tuve un mal momento. Soy víctima de mi mala fama —me decía—. Estoy solo, no tengo a nadie que se ocupe de mí.

Le veía desesperado, en las últimas. Mirándolo, no podía contener la emoción, pero no podía hacer nada por él. Palau me había contado que un amigo suyo, que vivía en Carcassonne, había visto a este llamado *Cossé* entrando detenido muchas veces en la prefectura.

Era finales de diciembre, pronto íbamos a irnos y no le volvería a ver más.



Enric Mèlich antes de su partida a Alemania

Antes de nuestra partida, mi padre vino a visitarme solo. Mi madre no había podido venir, o quizás él había preferido que no lo hiciese.

Habíamos recibido hacía poco unos uniformes nuevos flamantes y a él, ardiente pacifista, le debió de apenar ver a su hijo disfrazado de este modo. Pero no dijo nada.

Cuando vuelvas —me dijo—, hallarás novedades en nuestra biblioteca. Últimamente, monsieur Ronso nos ha encontrado una estupenda edición de Les Caractères, de La Bruyère. Parece que somos sus mejores clientes.

Le acompañé hasta la estación de Castelnaudary. Por el camino me dijo:

Mira, Enric, no puedo darte más consejo que el de que seas prudente, sabiendo que la experiencia no se transmite, porque es intransmisible. Cada uno debe adquirirla por sí mismo. Desgraciadamente, a veces, es demasiado tarde.

En el andén nos abrazamos con fuerza. Comprendí ese día que mi partida sería para ellos una dura prueba; afortunadamente, nuestra separación sólo duró seis meses, hasta el final de la guerra, pero eso entonces no lo sabíamos.

El embarque no se efectuó como esperábamos, en vagones de pasajeros, sino en vagones de ganado, en los que ponía con todas las letras «8 caballos 40 hombres». Aun así nos mimaban, teníamos buena paja. Nos detuvimos en Carcassonne y en Narbonne para recoger el resto del 81.º RIA.

No sabíamos nuestro destino exacto. Era la víspera de Navidad. Íbamos a pasar la cena de Nochebuena en el tren.

Por la vía contraria, habíamos visto a Pistolet posando como «gran jefe» de un vagón de material de guerra.

Nuestro convoy se paró en la estación de Sète. Los muchachos del vagón echaron el ojo a unos toneles que había en el andén. En un periquete, pillaron uno y lo escondieron entre la paja. Los vecinos del vagón contiguo nos imitaron. Cuál sería nuestra sorpresa al ver que estaba lleno de moscatel. Esa noche muchos durmieron contentos.

A nuestra llegada al departamento de Doubs nos sorprendió una temperatura poco habitual para los meridionales —entre veinte y treinta grados bajo cero—. La nieve helada nos rodeaba. Nos alojamos en una granja abierta a los cuatro vientos, con todavía más paja para conservar el calor, pero durante la noche hubo un verdadero concierto de estornudos. Tan pronto como sacábamos la nariz, ésta se helaba y se nos formaban carámbanos en los bigotes.

El uno de enero tuvimos una buena comida. Algunos —uno por sección— fueron elegidos para sentarse en la mesa de los oficiales, con el fin de que testimoniasen que su comida era la misma que la de la tropa. Todos éramos iguales, aunque la igualdad sólo fuera simbólica. Nuestro amigo Erre decía:

Todos iguales en el nacimiento y en la muerte, aunque por el camino no siempre lo seamos.

Anduve con todo tipo de personas. Me habían separado de mis antiguos compañeros del maquis, Marty, Jonquille, Moïse, destinados a otras secciones. Nuevas caras recién llegadas los reemplazaron.

Erre, originario de los Albères; Duffaut y Polastronde, de Toulouse; Pujol, catalán, hijo de refugiado, poeta en ciernes; André Sonnet, el belga. Por aquel entonces, veía con frecuencia a Fernand Foulquie, Benassis y André Sire, los tres de Saint-Martin, pequeño pueblo de Fenouillèdes. André murió pasada la guerra.

El frío duró aún unas semanas y a algunos se les helaron los pies, como al más joven de los hermanos Soler. Después empezó a nevar.

Volví a ver al subteniente Paco. Los antiguos compañeros habíamos abandonado poco a poco nuestros nombres de guerra, pero él continuaba llamándose así. Nunca he sabido su verdadero nombre.

Paco, antiguo militante sindicalista y autodidacta de gran cultura, venía a verme para hablar de libros. Me citaba a Platón, Aristófanes, Jenofonte. Era demasiado para mí, no podía seguirle.

Sin embargo, me hubiera gustado hablar con el más veces, pero como no estábamos en el mismo cuerpo del ejército, eso no era fácil.

En aquella ocasión, hablamos largo y tendido, sobre todo de nuestra situación en el ejército. Puede que nos faltara coherencia pues, al fin y al cabo ¿qué hacíamos allí?

Mira —me dijo—, antes de entrar en el maquis hacía carbón en el bosque de Gincla. Jean-Louis, que hoy día es nuestro comandante, me preguntó un día cómo es que si me consideraba antifascista, podía permanecer indiferente, inactivo ante los acontecimientos. Teníamos camaradas que resistían, que combatían en España. ¿Con qué derecho nos quedábamos aquí con los brazos cruzados? Todo eso me hizo reflexionar. Terminé por unirme al maquis. Hoy aún sigo, pero ¿por cuánto tiempo? No sé lo que echo en falta, porque no todo es tan sencillo. De todas formas, una vez atrapado en el engranaje, ya no se puede hacer otra cosa. En unos meses, como mucho, esto habrá acabado. Entonces haremos balance.

Ese día vino a traerme un libro en español: *¡Abajo las armas!*, de la baronesa de Suttner, premio Nobel de la Paz en 1905. Era un libro encuadernado en piel amarillenta:

Es para ti —me dijo—, aunque quizá no sea el lugar ni el momento más indicado para leerlo. Léelo más tarde, te lo regalo.

Hoy, en cambio, creo que era el momento preciso para leerlo: su lectura me ayudó a comprender mejor, a ver con ojos diferentes la Alemania vencida, ocupada a su vez. Me atrevo a decir que su lectura me influyó innegablemente hasta el extremo de convertirme en lo que soy.

Llegó el día de abandonar el Doubs e irnos hacia Altkirch, en Sierentz. En dicho acantonamiento, volví a ver a

Vincent Doumergue, de Belvianes. Por suerte para mí estaba en intendencia. Me procuró un chaquetón para reemplazar el que me habían robado. Y, de paso, me hice con un cuello de piel y un par de manoplas.

Aquel día, al salir de la cantina, me crucé con Firmin, que estaba alterado. Acababa de saber que Soulie había sido muerto por una ráfaga de mortero esa misma mañana. Era nuestra primera baja y su desaparición nos causó gran pesar.

El bosque de la Harth no quedaba lejos, pero los lugares por donde pasábamos no nos servían para saber la posición y nadie disponía de mapas.

Nuestra subida en línea a la orilla del Rin había empezado mal. Al llegar para el relevo a un sector tranquilo, nos encontramos con que los camaradas del fortín se negaban a evacuarlo. Habían matado a dos de sus compañeros por sorpresa la noche anterior en un puesto avanzado. Un grupo había salido en busca de los cuerpos y se negaban a bajar sin ellos. Transidos de frío, esperamos plantados golpeando el suelo con los pies. Tras una larga demora llegaron por fin los muchachos con los dos cuerpos, que depositaron en el suelo. Para algunos, eran «nuestros» primeros muertos. Uno estaba doblado en cuatro, con la cabeza enterrada en su traje de camuflaje blanco; el otro tenía la boca abierta, con una parte del rostro blanco y la otra azul, con la nieve helada encima. Yo mordisqueaba galletas cuando los trajeron y —todo hay que decirlo— el bocado se me atragantó.

Por fin se fueron y pudimos instalarnos en el fortín. Intentamos dormir sin conseguirlo. Estábamos apostados a algunos metros de un brazo muerto del Rin y una especie de isla nos separaba de él. Cada mañana, mirábamos con los gemelos a los soldados alemanes de la otra orilla que iban a buscar agua: «Sobre todo no les disparéis, que está prohibido».

El sector estaba en calma. Nuestra rutina cotidiana iba al ralentí. Fuera, la nieve estaba helada y era difícil quedarse allí mucho rato. Al cabo de un tiempo, volvíamos a entrar en el fortín, aunque su atmósfera fuera irrespirable. Era indefinible; olía a una mezcla de sudor frío y de pomada. Después de unos días, descubrimos la presencia de gusanos, piojos y ladillas. Hubo que desinfectarlo con productos que no olían precisamente a rosas.

Me encontraba agachado, espalda contra espalda con Pervenche, en un agujero de una de las avanzadillas, el mismo en el que habían muerto los dos jóvenes que recogimos. La bruma nos envolvía y teníamos los dedos entumecidos por el frío. De repente, una forma humana se destacó a lo lejos, pero la nieve frenaba su avance. Llevaba un largo impermeable verde y un uniforme diferente al nuestro. Pervenche me susurró: «Es un alemán que se ha perdido».

Levantamos los muelles de seguridad de nuestras Sten. No podía escapársenos, pero al acercarse reconocimos a Firmin. Llevaba un impermeable y un casco americanos.

No conocíamos ese uniforme. Ese día, Firmin se libró de una buena. Resucitó.

En otra ocasión, fuimos despertados en plena noche por disparos y la voz de Louis Bourrel, de Espéraza, que gritaba: «¡Los alemanes, los alemanes!».

Salimos todos del fortín en un santiamén. Aquello tableteaba por todas partes, hasta que alguien —no sé si era Firmin o Keller— gritó: «¡Alto el fuego!». Poco a poco, fuimos parando.

Vuelta la calma, comprobamos que todo el mundo estaba ileso.

Por la mañana, formamos una patrulla de reconocimiento. No había trazas de ningún cadáver enemigo. Sólo un perro acribillado a balazos. De hecho, el supuesto ataque alemán no era más que un perro errante que, buscando comida, había hecho tintinear las latas de conservas

vacías colgadas de las alambradas. Así había sonado la alarma.

El pobre Louis, que estaba seguro de haber visto a los alemanes, fue abroncado y después todo volvió al orden.

De todos modos, días más tarde, uno de nosotros recibió carta de su madrina de guerra de Carcassonne, con un recorte de periódico anunciando que «nuestros bravos combatientes de la duodécima compañía habían conseguido rechazar un ataque enemigo».

Circuló la orden de preparar la mochila, pues íbamos a ser relevados y llevados a descansar en la retaguardia. Por fin podríamos lavarnos y cambiarnos de ropa.

El nuevo campamento estaba en una antigua azucarera cerca de Erstheim, creo, pero no me acuerdo del nombre. Nos instalamos en una gran estancia con un piano en una esquina.

Estuvimos allí varios días y los piojos aprovecharon para hacernos unas curiosas picaduras en el hombro. Eran muy dolorosas y nos dieron una fiebre de caballo. André, que dormía a mi lado, tuvo una infección y hubo de ser llevado a la enfermería.

El invierno fue volviéndose cada vez menos riguroso, algo que los brotes del pequeño arbusto de delante de la ventana aprovecharon para eclosionar. Recuperamos el ánimo.

Según rumores, poco fiables, pronto nos trasladarían. Quisimos informarnos preguntando a nuestros superiores, pero, oh, misterio, nadie sabía nada o parecía no saber nada. No obstante, esto fue lo que ocurrió: una noche, llegaron unos camiones GMC (General Motors Company) y se alinearon frente a la azucarera. Corrió la orden de disponerse a partir. La caravana se puso en marcha entrada la noche.

Llevábamos buenas provisiones de azúcar cande que rompíamos y chupábamos como si fueran caramelos. Al

circular, los baches de la carretera, que había debido de sufrir los bombardeos, nos hacían saltar.

A mi lado, André Sonnet dijo:

¿Crees que esta vez es la buena? ¿Vamos a atravesar el Rin? ¡Es que no sé nadar!

Erre le respondió en mi lugar:

No te preocupes, por donde pasamos hay poca agua y, de todas maneras, ¡el uno de abril nos gastarán una broma!

Me callaba para no pasar por cobarde, pero también tenía miedo de este inevitable viaje. Todo el mundo calló. Algunos echaron una cabezada.

Al amanecer, vimos un panel arrancado en el suelo. Pudimos leer «Neuwiller»; el nombre no nos resultaba familiar.

Finalmente, por los ruidos que hacían las ruedas del camión dedujimos que estábamos cruzando un puente. ¿Era la presa de Kembs? Nadie sabía nada.

Seguimos una carretera con árboles mutilados a cada lado, destrozados por los obuses. El espectáculo era más que desolador. Por fin estábamos en Alemania.

Los GMC rodaban sin parar, como si no tuvieran a nadie enfrente. Atravesamos ciudades, en fin, lo que quedaba de ellas, pues todo había sido machacado y destruido.

Daba pena ver Bietigheim, una ciudad pequeña; todo eran ruinas, calles desiertas, desolación por todas partes.

Se oían ruidos de explosiones cada vez menos lejanas. Llegamos a la altura de Rasttat, una urbe mayor que la anterior, que había resistido. Los del primer batallón de delante habían sufrido bajas. André Sire me contó que Rossi, Pérez, Llana y André Courrieu, de Quillan, habían muerto;

mientras que Martínez, Rousset, Giménez y León Dénat, también de Quillan, habían sido heridos.

Las calles, cubiertas de escombros y alambradas arrancadas, eran impracticables. Avanzamos a pie, en fila india, entre las casas reventadas con muros que amenazaban con caer. Nuestra sección tomó posición cerca de un cruce. Algunos civiles errantes nos miraban con ojos despavoridos. Les hicimos señal de que se alejaran. Sí, ¿pero adónde? Las explosiones indicaban la presencia de bolsos de resistencia.

El grupo de Gabes volvió de una «limpieza» con cuatro o cinco prisioneros alemanes, todos de cierta edad. Lo primero que hicieron fue pedirnos de beber y de fumar. Por lo demás, parecían aliviados; para ellos, la pesadilla había terminado.

Al caer la noche, nos resguardamos en el rincón de la escalera de una casa sin apenas tejado. Compartimos nuestras raciones individuales con los que no tenían o las habían perdido.

Nuestro avance continuó sin demasiadas dificultades: Sinzheim, Bühl. ¿Fue en esta última ciudad donde tuvo lugar un ataque aéreo nocturno? No sabría precisarlo. Erre, Gabes y yo mismo coincidimos con civiles alemanes en un sótano habilitado como refugio. Estábamos ahí, nosotros y el enemigo, sin saber de quién eran esos aviones que sobrevolaban nuestras cabezas. Decíamos que eran alemanes y ellos contestaban que no, que eran americanos. Por fortuna, se limitaron a pasar.

Las mujeres abrieron botes de frutas en conserva y nos las ofrecieron. Nos sentíamos incómodos, sin saber qué decir. Sólo un tímido y torpe «gracias».

Un viejo nos dijo algo. Dedujimos que sería algo así como:

Pronto habrá acabado la guerra y después todo irá mejor.

Mi mente retrocedió unos años y me vi en Barcelona, durante los bombardeos. Me sentía cercano a los civiles y me hubiera gustado decirles algo, disculparme, cualquier cosa.

En Freiburg, un bombardeo había destruido un almacén y sus escaparates. Con Erre, entramos en una especie de tienda con los cajones y los expositores reventados. Un batiburrillo indescriptible de objetos diversos se nos presentó: cuchillos de cocina, barras de labios, medias de mujer, rizadores de pelo... Erre encontró un fonógrafo de manivela y cantidad de discos, muchos de ellos rotos. Con gran sorpresa, vi que dos estaban en español, aún en su funda: *A la orilla de un palmar* y *El cojo de Málaga*. Erre cogió *Aida*, *Rapsodia Húngara* y *El Emperador*. Llevamos durante mucho tiempo los discos con nosotros, hasta el día en que el botín de guerra nos fue confiscado por uno de nuestros superiores, también amante de la buena música.

Pasamos unos días de descanso instalados en una gran plaza, con casas en ruinas alrededor. Quienes tenían ropa de recambio aprovecharon para lavarla. Quemamos nuestra ropa para deshacernos de los piojos.

Las fechas se confunden en mi memoria, pero me acuerdo de haber rodeado Lörrach por la izquierda hasta el pequeño pueblo de Inzlingem, cerca de la frontera Suiza. De Lörrach recuerdo el gran salón del ayuntamiento. Sobre una gran mesa, había armas de mano aportadas por los civiles, así como cámaras de fotos y prismáticos. Nunca había visto tal cantidad de revólveres. Me guardé una Parabellum y unos prismáticos Zeiss. Los gemelos son el único trofeo de guerra que he conservado.

Me acuerdo también de un café con la bandera bicolor española izada en el balcón. Entramos con Paco y preguntamos por la bandera; pedimos que la quitaran

y reemplazaran por una de la República, roja, amarilla y violeta. El pobre hombre mandó a su hija a retirarla y pasados unos minutos el tercer color lucía en la bandera. La misma tarde, al pasar de nuevo por el café, vimos ondear otra vez a la primera. Resulta que un oficial les había dicho que la bandera republicana ya no era legal.

El pobre hombre no sabía qué hacer. Finalmente, le sugerimos que, puesto que la situación era tranquila, simplemente la quitara.

Desaparecida la bandera, volvimos varias veces a visitar y charlar con el patrón.

En Lörrach, había un número impresionante de personas desplazadas, metidas en un inmenso edificio. Hombres, mujeres y niños de todas las nacionalidades vivían en una promiscuidad y degradación imposibles de describir.

Rusos, ucranianos, checos y húngaros convivían en condiciones de higiene repugnantes. Algunas mujeres se ofrecían a cambio de una tableta de chocolate o de un paquete de galletas. Un padre de familia cedía a sus hijas a cambio de un cartón de cigarrillos. Es imposible imaginar que el ser humano cayera tan bajo. ¿Recuperarían algún día una vida normal? Difícil saberlo.

En los campos de prisioneros, no sucedía igual. Los propios prisioneros se reagrupaban por nacionalidades y había una apariencia de orden.

Entre aquellos, conocí a uno a quien llamaré *el Argentino*. Hablaba español y me contó que había emigrado muy joven a Argentina junto con sus padres. Le gustaba contarme aventuras: había vivido al sur de la Pampa, en la Patagonia, adonde quería volver. Había recorrido el archipiélago de Tierra del Fuego y el Gran Chaco. Me enseñaba una foto en la que estaba montado a caballo, en medio de un gran rebaño. Sus parientes vivían todos en Buenos Aires, donde tenía la intención de irse cuando acabara la guerra.

Me esperaba todas las mañanas cerca de la puerta de entrada del campo y yo, con discreción, le pasaba pastillas de jabón, cigarrillos, galletas y otras cosas por el estilo.

Nunca olvidaré el día en que escoltamos a los prisioneros a Francia, cerca de Mulhouse. Al separarnos, se nos saltaron las lágrimas. Todavía le veo diciéndome: «Que tenga suerte, compadre».

Otra persona de quien he guardado un recuerdo inolvidable es frau Sackman. La conocí un día en que buscaba a alguien que me lavara y me repasara la ropa. Todos los días de buena mañana las mujeres barrían delante de su puerta.

Me acerqué a un grupo y les pregunté si conocían a alguien que me pudiera hacer unos trabajitos. Unas me miraron asombradas y otras con una media sonrisa socarrona. Quizá no comprendiesen o, simplemente, no querían confraternizar con el enemigo. La de más edad se adelantó y me dio a entender que aceptaba, pero que debía suministrarle el jabón. Cuando llegó el momento de pagar, sorprendentemente, no quiso cobrarme. Más o menos entendí que tenía un hijo y que le habría gustado que otra madre hiciera con él lo que ella hacía conmigo. No me esperaba una respuesta así en tales circunstancias y me quedé sin habla.

Por supuesto, cada vez que podía le traía alimentos. Vivía con sus dos hijas; la mayor estaba casada, sin noticias del marido, que estaba en el frente. La más joven debía de tener unos 18 años. Era una guapa morena de ojos azules, que me enseñaba con orgullo su carné de las Juventudes Hitlerianas, lo que exasperaba y contrariaba a la madre. Para la hija, nosotros éramos enemigos, invasores. En cambio, su madre nos consideraba un poco como libertadores.

Hoy, pasados los años, creo que frau Sackman y el Argentino son dos personas que me marcaron bastante.

En general, la población se comportaba con nosotros correctamente, sin más. Cuando patrullábamos o cuando

íbamos a hacer una guardia en alguna parte de manera relajada, lo más que notábamos era una pizca de ironía en la mirada. Las patrullas alemanas desfilaban a paso acompasado y en impecable formación. Nosotros desconocíamos que los desfiles militares están hechos para halagar el orgullo de los vencedores o intimidar a la multitud de vencidos.

En nuestro sector, no tuvimos que lamentar graves incidentes. Por supuesto, se efectuaban los habituales registros en las casas en busca de hombres en edad de llevar armas y de eventuales desertores. Convendría mencionar el caso de un español que se hacía pasar por deportado político evadido: tras un intenso interrogatorio resultó que era un antiguo miembro de la División Azul.¹⁵ Después, desapareció sin dejar rastro, pero nadie se molestó por ello. Al poco tiempo, nadie se acordaba de él.

Aproximadamente por esa época supe, gracias a Firmin, que me habían propuesto para la sección de suboficiales. Me sentí obligado a decir que el nombramiento no me gustaba en absoluto. Me respondieron: «Esto viene del batallón».

Fui a preguntar al comandante Jean-Louis y éste me respondió que debíamos quedarnos en el ejército, pues opinaba que

*... si nosotros, los «hijos del pueblo», volvemos todos a casa ¿quién quedará en el ejército?
¿Quién nos defenderá mañana?*

Y añadió:

¹⁵ La División Azul fue un cuerpo de voluntarios españoles —a los que se añadieron algunos centenares de portugueses—, creado a finales del mes de junio de 1941 por el general Francisco Franco y puesto a disposición de la Wehrmacht de la Alemania nazi, que debía equiparlos, para combatir en el frente del Este.

*—¿Qué vas a hacer en la vida civil?
—Era leñador, volveré a trabajar en el bosque esperando regresar a España.
—De todas formas, acaba de hacer tu petate ahora y te lo piensas luego.*

Hice mi petate y después, de manera inesperada, me llegó un permiso.

Como extranjero, había pedido la desmovilización, ya que mi alistamiento terminaba con el fin de las hostilidades.

A la vuelta, me comunicaron que me habían nombrado sargento, dándome una hoja de ruta para Montpellier, lugar donde tenían que desmovilizarme. Todo ello resultaba contradictorio, pues los suboficiales no podían ser desmovilizados. Sin dudarle un instante y, aprovechando la confusión del momento, con el apoyo de Paco, salí hacia Montpellier. Sólo faltaba que el nombramiento me impidiera ser desmovilizado.

No dije nada a nadie, aún menos a Jean-Louis, y con disimulo me tomé las de Villadiego.

La víspera del 14 de julio, llegué a Montpellier. El oficial que me recibió intentó convencerme de seguir en el ejército. Opinaba que me interesaba mucho quedarme. Naturalmente, él se ocuparía de todo. También podía pedir el ingreso en la aduana o en la gendarmería.

De todas formas —dijo—, mañana es fiesta y todo el personal está de permiso; aquí hay uno para usted. Vuelva después de las fiestas. Eso le dará tiempo a reflexionar.

De acuerdo, pero para mí todo estaba reflexionado. Ni estaba dispuesto a ser militar, ni aduanero, y mucho menos gendarme.

Cuando llegué a la estación de Carcassonne, era demasiado tarde para tomar el enlace a Quillan y esperé al día siguiente.

Esa noche reinaba un ambiente de alegría en Carcassonne. Era la primera fiesta nacional después de la liberación. Los fuegos artificiales que iluminaban la ciudad eran espectaculares. En realidad, fue lo único que vi.

El día de mi desmovilización me sentí libre, como si me hubieran quitado de encima un gran peso, pero también me encontré algo desamparado.

La vuelta a casa fue para mí el inicio de un período feliz. Me disponía a recobrar una vida tranquila, a leer, a recuperar el tiempo perdido. Mi madre no sabía qué hacer para mimarme. Recuerdo sobre todo su buena crema catalana.

Reencontrarme con la biblioteca familiar me causó un efecto benéfico. Mi padre me enseñó su última adquisición. Se sentía orgulloso de *Le bon sens du curé Meslier*, de Holbach y Voltaire. Era la historia de las confesiones de un cura que, al final de su vida, admite no creer en lo que predicaba. A cambio, di a mi padre *¡Abajo las armas!*, que me había regalado Paco, y otros libros.

Pero ¿cómo has hecho para transportar contigo tantos libros?

Se alegraba de comprobar que, a pesar de todo, yo no había perdido el gusto por la letra impresa.

Unos días de descanso te harán bien, después verás más claro.

Al volver de Alemania, conocí a Alberto Carsi. Vivía con su mujer, Pilar Blasco Ibáñez, hermana del escritor Vicente, en un pequeño apartamento de dos piezas en Campagne des Bains, una aldea. Pilar empezaba a perder la

vista. Era de una extrema amabilidad, y Alberto, un hombre tranquilo. Pasaba el tiempo yendo de compras y escribiendo. Colaboraba con la CNT, en *Ruta* y en otros periódicos.

Eran, según decían todos los que les conocían, una pareja ejemplar, educada: entre ellos nunca se oía una palabra más alta que la otra. Durante un tiempo, mantuvimos una relación epistolar.

Ya desmovilizado, solicité entrar en la CNT. Hasta entonces, no había tenido el carné de ninguna organización.

Respecto al trabajo, tenía muchas opciones: el bosque, la serrería, la fábrica de sombreros... Mi hermano François me proporcionó otra alternativa: el contrabando con Andorra.

Él mismo participaba y, según decía, se podía ganar en una semana el salario de un mes en la fábrica o incluso más. Precisamente se preparaba un viaje y la idea de probar me sedujo. Me fui, pues, con mi hermano y mi primo Mariné. El viaje fue emocionante y tuvo éxito, pero la cosa no iba a durar mucho. En otra ocasión, el grupo de mi hermano fue detenido, ya de regreso, por los aduaneros. Unos escaparon, entre ellos mi primo, pero mi hermano no tuvo esa suerte. Fue condenado a una fuerte multa, lo que le impulsó a abandonar.

A pesar de ese pequeño incidente en el trayecto, continué haciendo contrabando. Mi primo se fue a vivir a Andorra, se instaló y creó una empresa de albañilería.

Un día, uno de los clientes para los que hacía viajes no pudo pagarme la totalidad de la mercancía y me propuso arreglar la diferencia con un coche. Era un Simca 5 de dos plazas. Al principio, la idea de poseer un vehículo no me entusiasmaba, pero me lo pensé mejor y me dije: «¿Por qué no?». Sin embargo, quedaba un detalle por arreglar: era un vehículo requisado durante la ocupación alemana y, por consiguiente, no tenía documentación; estaba «sin papeles». A pesar de todo acepté el trato. En el curso de un viaje a Sète con Alfredo Brion, vimos por la ventana del hotel donde nos alojábamos a dos agentes de policía interesándose

por el coche. Como medida de precaución, nunca dejábamos dentro objetos personales. Abandonamos el hotel a pie, sin despedirnos siquiera. La aventura con el Simca había terminado; en total, había durado sólo unas pocas semanas.

Entretanto, las autoridades aduaneras crearon una brigada volante sobre Quillan y la vigilancia se estrechó. Fue entonces cuando me decidí a cambiar el oficio de «vendedor ambulante» por el de sombrerero.

Entré en la fábrica de sombreros como cardador. Salvo el capataz y yo mismo, el resto del personal eran mujeres. Mi período de prácticas duró poco: una pequeña diferencia con el capataz me obligó a marcharme; me repugnó que éste, con el fin de excusar una falta profesional de su «favorita», acusara a una buena mujer mayor. Le mostré mi desaprobación; me puso en mi sitio y nuestra discusión se encontró: el tono subió y los dos terminamos ante el director. Como es natural, este último no quiso enemistarse con su capataz y prestó oídos sordos a mis argumentos. Comprendí que el capataz estaba en posición de fuerza y que en las fábricas existía el derecho de pernada. Pero yo era joven e ingenuo.

Héteme aquí en busca de un nuevo empleo. Tras una corta estancia en la fábrica de productos químicos Kulmann, fui contratado en una fábrica de calzado. Mis tendencias anacoretas salían a la superficie y pensé en volver al bosque. Pronto comenzarían obras de envergadura. Hice trabajillos estacionales como obrero en la vía férrea, que era oficio de galeote. Finalmente, me coloqué como podador con monsieur Arino, un explotador forestal. Podar plátanos del borde de la carretera de Sigean-Coursan me mantuvo ocupado unos cuantos meses.

Olivares, un antiguo miembro del maquis, me habló de un trabajo en Gabón, donde tenía intención de ir como jefe de obra de una explotación forestal.

¿Por qué no vienes tú también? Será un largo viaje, veremos el país y nos ganaremos la vida.

Nos pusimos a reunir los papeles necesarios: certificados de trabajo, referencias, etcétera. Mi experiencia como leñador con un buen certificado que hizo monsieur Arino estaría bien.

Entretanto, un amigo de Olivares volvió de allí encantado: buenos ingresos, con un montón de ventajas, primas y, además, unas largas vacaciones anuales. Pero, a medida que nos lo explicaba, mi entusiasmo se enfriaba. En resumen, se trataba de hacer el trabajo de negrero y yo no estaba dispuesto a trabajar de *afrikáner*. Mis proyectos de ir al Gabón se fueron a pique.

Roca, el secretario de la FL (Federación Local de la CNT) de Narbonne, me había hablado de un amigo que tenía en Cerbère, ciudad fronteriza con España. Se trataba de Mora, un compañero de edad avanzada que iba a acoger con gusto a cualquier joven que le ayudase a llevar propaganda a España y a pasar personas.

El trabajo no planteaba ningún problema: como el ancho de las vías férreas españolas y francesas era diferente, los transportistas necesitaban mano de obra para el transbordo de naranjas. Los mismos transportistas se ocupaban también de los barcos en Port-Vendres y los estibadores estaban bien pagados.

Antes de acercarme a la frontera me encontré con E., el mismo que me había propuesto participar en noviembre de 1944 en una expedición punitiva. Entonces me había negado a tomar parte en ella. Él hubiera querido incluso que, junto a monsieur Brasillach, se hubiera fusilado también a Maurice Chevalier y a Tino Rossi, el primero por haber cantado *Ça sent si bon la France* en Radio París —emisora al servicio de los alemanes—, y el segundo por haber participado y cantado el *Ave María* en la ceremonia fúnebre de un

mafioso corso del PPF —al servicio de la Gestapo—, llamado Carbonne. Tenía manía a los mafiosos corsos por haberse puesto al servicio de los alemanes. Quería también fusilar a Jean Cocteau y a Danielle Darrieux por colaboracionistas.

E. estaba sin trabajo y había solicitado un puesto en la gendarmería. Me desmoralizó verle. Entre mis antiguos compañeros y yo se había abierto un foso.

Visité a André Respault. Vivía con su hermana y tenía un salón de culturismo. Hablamos largamente de Barcelona, del comité regional, entonces en la avenida Durruti —hoy Vía Layetana—, donde iba a entregar los paquetes de la ayuda humanitaria de Solidaridad Internacional Antifascista destinados a los niños. En esa época, conoció a mi padre.

Pero la conversación volvía sin cesar a su pasado reciente, su arresto por la policía de Pétain en octubre de 1943 y su internamiento en el campo de Buchenwald sobre el que acababa de publicar un libro testimonio. Me regaló un ejemplar. Por mi parte, le hablé de mi vuelta, de mi desánimo, de mi decepción tras la liberación y de mi negativa a vestir de uniforme, fuera como militar o como gendarme. Él sonrió, visiblemente regocijado.

Le comuniqué mi intención de acercarme a la frontera española y me animó en ese sentido. Había mucho trabajo que hacer allí.

Se dio cuenta de que yo miraba un libro de su despacho: era *Fils du peuple* de Maurice Thorez. Me dijo:

Es una curiosidad, pues no es Maurice el autor: el verdadero es Jean Treuille, periodista de L'Humanité.

Me lo regaló. Nos separamos y no volvimos a vernos hasta pasados veinte años.

Una velada, en un restaurante, justo antes de irme a Cerbère, tuve un breve encuentro con Kaplan. Me habló de

su decepción cuando la liberación y, sobre todo, de algunos resistentes. Guardaba un recuerdo inolvidable de Córdoba, el maquis de Salvezines que le había hablado de Stirner.

Me aconsejó la lectura de un libro que acababa de salir, *Sans patrie ni frontières*, de Jan Valtin. Lo que me sorprendió fue que me hablara también de Romain Rolland, de Louis Aragon y de otros escritores cuyos nombres he olvidado. Según Kaplan, todos estaban manipulados por sus mujeres. El matrimonio de Romain Rolland y María Pavlova Koudatchova había sido premeditado y orquestado desde Moscú, así como el de Elsa Triolet y Louis Aragon.

Yo no podía creer tal cosa, sobre todo del autor de *Jean Christophe*, y sin embargo esto y más cosas se confirmaron después.

Instalado en Cerbère, mi primer empleo fue de lavaplatos en el restaurante Central Hôtel, cuyo propietario era un catalán llamado Gil.

Comida, alojamiento y un salario razonable para la época. Pero sólo tenía un día de descanso a la semana, lo que no me dejaba tiempo para los pasos de frontera.

Después me fui a trabajar con un transportista, llamado monsieur Soler, unas veces en Port-Vendres como estibador, otras en Cerbère en el transbordo de naranjas de los vagones españoles a los franceses.

Me pagaban mejor y no estaba obligado a justificar mis numerosas ausencias. El paso de periódicos y otros materiales de propaganda se efectuaba cada dos semanas.

Todo nos llegaba a través de Gil (no hay que confundirlo con el patrón del Central Hôtel de Cerbère), de Perpignan. El paso de clandestinos era bastante irregular.

Soto, contrabandista y pasador que quería dejarlo para irse a América, estaba dispuesto a enseñarme algunos lugares de cruce.

En nuestro primer viaje, fuimos a ver a un viejecito que vivía solo en la montaña en un pequeño abrigo. Era una

especie de barraca construida con materiales improvisados no lejos de la Cova d'en Rafel. Era un insumiso, un desertor de la década de 1930. Vivía allí como un verdadero Robinson, casi sin medios de subsistencia. Para él, la montaña no tenía secretos. Me fue de mucha ayuda. Era originario de Cornellà de Llobregat. Nunca supe su verdadero nombre. Soto me había puesto en guardia acerca de un punto de paso cerca del Col de Banyuls; era demasiado conocido y por consiguiente peligroso. Debía desconfiar de los pasos más fáciles. Nos dedicamos a sacar fugitivos de España o a facilitar la entrada a quienes iban a España con alguna misión que cumplir.

Un día, tuve la sorpresa de pasar a un antiguo maquis de Picaussel, Germain. Nos habíamos conocido en el campo de formación de Camurac. También había penetrado en territorio español por Valcebollère en 1944, pero días más tarde que nosotros. Había conseguido llegar hasta las montañas de Levante, donde permaneció mucho tiempo, a veces sin contacto ni alimentos. Logró reunirse con un importante grupo de guerrilleros.

Le ayudé a llegar a Toulouse, donde tenía familia. Después pensaba ir a Nîmes a reunirse con sus padres. No volví a saber de él.

El trabajo de pasador era peligroso pero emocionante. Además, para nosotros se había convertido en un juego o en una especie de desafío. Después del cruce, cuando volvíamos por las cumbres, se nos ofrecía un paisaje magnífico, con el Mediterráneo al fondo. Me hacía pensar en Blaise Pascal: cuando el hombre contempla la naturaleza a su alrededor, golpeado por su inmensidad, se siente rico en su pequeño mundo.

Hacía casi diez años que Walter Benjamin había pasado por allí huyendo de la Gestapo, con su misterioso manuscrito. Sería su último viaje. Prefirió darse la muerte antes que ser extraditado a Francia. Se han planteado y aún se plantean muchas preguntas sobre el destino de aquel manuscrito.

Nuestras expediciones duraban a veces cinco o seis horas. Me es imposible calcular las distancias recorridas. Sabía que eran necesarias cuatro horas para recorrer 25 kilómetros en terreno llano, pero en montaña era mucho más difícil: los caminos eran muy accidentados. Además, prefería ir con tiempo de sobra.

Siempre llevaba un libro conmigo y esperaba. Así, en plena naturaleza, leí *Le zéro et l'infini*, de Koestler, y *Le nouvel âge littéraire*, de Henry Poulaille, facilitados por el viejo Mora. Teníamos largas charlas sobre la lectura, que él amaba por encima de todo. Era un antiguo ferroviario, militante sindicalista, con una gran cultura; recuerdo en especial dos libros que me dio a conocer: *Mon oncle Benjamin* y *Belle-plante et Cornélius*, de Claude Tillier.

Le contaba mis dudas, mis problemas; por ejemplo, mi simpatía por el gesto de Garry Davis, el ex piloto americano que había roto su carné de identidad y se había declarado ciudadano del mundo.

Pero mis sentimientos bien se inclinaban hacia el pacifismo, bien a las actividades de Sabaté,¹⁶ Facerías¹⁷ o Massana.¹⁸

¹⁶ Francisco Sabaté Llopart, *Quico*, fue armero en la 126.^a Brigada de la 28 División —antigua Columna Ascaso— y después en la 25.^a División —ex Columna Ortiz—. Pasado a Francia con la 26.^a División, en febrero de 1939, Quico Sabaté fue internado en el campo de Vernet. La Guardia Civil le abatió el 5 de enero de 1960.

¹⁷ José Luis Facerías, militante de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) y del sindicato CNT de la madera. En julio de 1936, se enroló en la Columna Ascaso y después hizo toda la guerra en la 28.^a División. Fue abatido por la policía el 30 de agosto de 1957 en el barrio de Sant Andreu, de Barcelona.

¹⁸ Marcelino Massana se afilió a la CNT en 1935. Al final de la guerra fue hecho prisionero en Alicante. En la primavera de 1941, fue trasladado a la cárcel Modelo de Barcelona y, meses más tarde, fue condenado a quince años de prisión por un tribunal militar. A finales de 1941, fue trasladado a Madrid para construir la cárcel de

Mora me desaconsejaba seguir por esa vía.

Mira —me decía—, Félix Perpiñán¹⁹ murió a los 22 años durante un interrogatorio y Amador Franco²⁰ fue ejecutado. Y todos esos jóvenes que han caído. Todos jóvenes de gran valor. Recientemente, como nos temíamos, José López ha sido condenado y ejecutado. Deja compañera y dos niñas de corta edad. Henri, créeme, aún eres joven, primero deberías estudiar; prepárate, y sólo después podrás juzgar y decidir.

El camarada que me había reemplazado fregando platos en el Central Hôtel era de Toulouse. Me presentó a la compañera y a la hija de Manuel Huet, que pasaban las vacaciones en Cerbère.

Había oído hablar del tal Manuel y de sus acciones durante la ocupación. Había pertenecido a la red Ponzán.²¹

Carabanchel. Liberado en 1942, entró en el maquis y, en 1952, se marchó al exilio. Murió en Mas Le Teillet, en Ariège, el 12 de febrero de 1981.

¹⁹ Félix Perpiñán había desertado del ejército franquista en 1946 y pasó a Francia donde se adhirió a las Juventudes Libertarias (FIJL). En diciembre de 1948, fue internado en la Modelo de Barcelona. Identificado como desertor, a petición de las autoridades militares fue transferido a Montjuic donde, el 9 de noviembre de 1948, murió en un calabozo a consecuencia de las torturas.

²⁰ Diego Franco Cazorla, *Amador Franco*, era miembro de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) desde los 13 años. En julio de 1936, luchó en las barricadas de Barcelona y estuvo en el asalto al cuartel de Pedralbes. Exiliado en Francia tras la retirada, fue internado, entre otros, en el campo de Gurs. Condenado a muerte con Antonio López, el 21 de abril de 1947 por la noche fueron ambos fusilados.

²¹ La red Ponzán era una importante red de información y de evasión que permitió pasar a España a unas mil quinientas personas —aviadores aliados, resistentes perseguidos, judíos,

Mora me contó muchas otras cosas de él; su historia merece un libro entero.

Le conocí poco tiempo después. Era un tipo bastante simpático. Hablamos mucho. Me animó a dejar mis montañas y me aconsejó que me reuniera con él en Toulouse. Allí vivían muchos jóvenes exiliados y tendría la posibilidad de seguir cursos nocturnos.

refugiados políticos—, continuando paralelamente la lucha antifranquista y la reorganización de la CNT. (*N. de los E.*)

LA MARCHA A TOULOUSE

Es más fácil dejarse llevar a merced del viento que tener una personalidad y conservarla.

JOSÉ PEIRATS¹

A finales de 1950, decidí finalmente irme a Toulouse y se lo comuniqué a mis padres.

—Pero ¿qué vas a hacer allí? ¿No estás bien aquí? —decía mi madre.

—Déjale —respondió mi padre—, es un culo de mal asiento. A su edad es normal, ha de encontrar su camino.

¹ José Peirats Valls fue un militante e historiador anarquista español. Estuvo en la 26.^a División, antigua Columna Durruti. Después de la victoria de las tropas fascistas del general Franco, marchó al exilio. Escribió una obra importante en tres volúmenes sobre el papel de la CNT durante la guerra civil. Murió el 20 de agosto de 1989 en Burriana (Castellón).

Me habían acompañado en Narbonne y Cerbère; un pequeño comercio de confitería les daba para vivir. Los habitantes de Cerbère les habían acogido bien y allí se iban a quedar, pero echándome de menos.

No os preocupéis; más tarde, cuando me haya instalado, os reuniréis conmigo en Toulouse.

Antes de marchar tuve que hacer gestiones en la inspección de trabajo a fin de que me modificaran la cartilla laboral. Solamente podía trabajar en la agricultura, fuera como leñador o como obrero, pero no en la industria. Pedí que el permiso abarcara todas las profesiones. ¡Habiendo hecho la guerra, el funcionario no comprendía por qué no tenía la nacionalidad francesa! El departamento limitaba con España, por lo cual no me lo podían conceder. Quizá sí lo hicieran en otro departamento más industrializado.

Tenía, además, otro problema que arreglar. Emilio Rodríguez, de Valencia, a quien había conocido en Narbonne, había venido a verme a Cerbère con un desconocido que iba a pasar la frontera. Este último me dio una llave y un *ticket* de consigna de la estación de Perpignan. En caso de no volver, tenía que retirar la maleta de la consigna.

El desconocido no dio señales de vida y, antes de abandonar la región, fui a recuperar la maleta. No sabía lo que contenía. Era de madera, sospechosamente pesada, y dentro había una metralleta Sten con cajas de cargadores, municiones y un par de botas nuevas, todo ello envuelto en un mono azul.

Como no podía guardar un paquete tan comprometedor en mi casa, tuve que confiárselo a Gil, un compañero de Perpignan.

No volví a ver a Emilio Rodríguez hasta mucho más tarde, en Toulouse.

Nos enteramos de la muerte de Denis Díez, más conocido por el nombre de *Denis Català*.² Se había suicidado con una cápsula de cianuro justo antes de ser interrogado por la Guardia Civil española.

Entretanto, mi hermana me envió desde Toulouse un anuncio de empleo en la fábrica de calzado La Chaussure d'Oc, en el número 11 de la calle Plaisance, solicitando un cortador-diseñador. Me presenté y fui contratado a prueba. Si aceptaba, allí se ocuparían de conseguirme la cartilla de trabajo para «todas las profesiones».

El trabajo iba de maravilla, pero un día el director me enseñó una foto de un modelo de calzado que había salido en una revista extranjera y me preguntó: «¿Serías capaz de reproducir este modelo?».

No podía decirle que me sentía incapaz, así que cogí la foto y esa misma tarde fui a casa de un diseñador en el centro de la ciudad. Al día siguiente, tenía mi modelo con las plantillas correspondientes a los números del 35 al 40. La broma me costó el jornal de tres días, pero no me importó porque salvé mi puesto y, de paso, mi reputación en la casa.

Casi al mismo tiempo, recibí la cartilla de trabajo para «todas las profesiones» junto con el carné de identidad de «residente privilegiado» válido para diez años. Me sentía a gusto. Pero vino un nuevo director —un militar de carrera— y se empeñó en reorganizar toda la cadena de producción. Lo hizo de tal manera que era casi imposible abandonar el puesto, ni siquiera para satisfacer una necesidad urgente. Se trataba del famoso taylorismo.

² Militante del sindicato de transportes de Barcelona, Francisco Denis Díez, *Denis Català*, fue comisario, durante la guerra civil, del 482.º Batallón de la 121.ª Brigada Mixta de la 26.ª División. Organizó los pasos a través de los Pirineos a partir de 1943 (los grupos de Francisco Sabaté Llopart, José Luis Facerías, Los Maños, etc. recurrieron a él a menudo).

Encima, Jean Dupin, que trabajaba en el corte, cogió la baja para operarse de apendicitis y lo reemplazaron; a la vuelta no lo admitieron.

Haciendo de justicieros, de acuerdo con el otro cortador, dijimos al capataz que si Jean Dupin no era readmitido, el corte se paralizaría. Y si el corte se paraba, se paraba todo el taller. Me miró fijo y me dijo: «De acuerdo, pero lo lamentareis».

Días después del incidente, por una minucia, me peleé con el capataz. Como el tono subía, acabé por responderle demasiado bruscamente a su parecer, lo que aprovechó para castigarme por «el asunto Dupin» con ocho días de suspensión de sueldo.

Como me pareció que la medida era excesiva e inaceptable, sin darle tiempo a terminar, le espeté:

¿Ocho días sin sueldo? Soy yo quien os da mis ocho días de preaviso.

Y así terminó nuestra corta colaboración, a pesar de que había empezado bien.

Inmediatamente, encontré trabajo de excavador en la construcción. Era una gran obra, la residencia de los ferroviarios detrás de la estación. Cuando no estaba con la excavadora, me ponía con la hormigonera. A veces me paseaba con una plancha al hombro haciendo como que trabajaba, empleando el tiempo en estudiar esperanto a costa de la empresa Marion.

Poco tiempo después, fui citado a la comisaría de la plaza St. Étienne. Un tal Tataro me recibió.

¿Viene de los Pirineos Orientales? ¿Piensa quedarse mucho tiempo en Toulouse? ¿Conoce a Gil?

Y siguió con muchas otras preguntas.

Comprendí adónde quería llegar. Claro que conocía a Gil, incluso conocía a dos Giles. Uno era un libertario de Perpignan y el otro el propietario del Central Hôtel de Cerbère, donde yo había lavado platos. Quería información sobre Gil, el libertario de Perpignan, en cambio, yo le hablaba del otro, de mi antiguo patrón. Entendió que no hablábamos de la misma persona y lo dejó ahí.

Me preguntó si conocía a D. Ibárruri, F. Montseny y otros personajes políticos. Por supuesto que había oído hablar de ellos. Al finalizar la entrevista, tuvo que forjarse una opinión de mí. ¿Cuál fue realmente? ¿Que era un buen muchacho? ¿Ingenuo o peligroso? Con toda probabilidad, intentaba situarme políticamente. Debí de darle una buena impresión puesto que me cogió por el hombro. Me acompañó a la puerta deseándome una buena estancia en Toulouse y me dijo que no dudara en acudir a él si un día necesitaba sus servicios.

Quizá se tratase de un socialista, pero no dejaba de ser un funcionario de policía.

Poco tiempo después de mi llegada a Toulouse, me afilié a las Juventudes Libertarias y a la Federación Anarquista.

El trabajo en la construcción se acabó y tenía que encontrar otro. Un amigo vendedor de confección que trabajaba con un forastero iba a dejar su puesto. Étienne, que conocía muy bien al comerciante, me lo presentó; era un tal señor Miednik, un judío de origen ruso con una cultura muy por encima de la media y, según él, con mi apellido había muchas posibilidades de que fuéramos correligionarios. Aunque esa probabilidad me sorprendió, no me molestó.

El más asombrado iba a ser mi padre, al saber que éramos de origen judío.

El trabajo no era demasiado ingrato, teniendo en cuenta que para ser un vendedor hay que mentir con frecuencia, o

incluso con mucha frecuencia. A veces, cuando el patrón no estaba, dejaba marchar al cliente.

Hubiera podido quedarme de vendedor todo el tiempo que hubiese querido, porque el trabajo estaba bien pagado y tenía dos o tres días de fiesta a la semana, pero se me presentó la oportunidad de entrar en una librería. Era una ocasión inesperada que no quería dejar pasar. Para apoyarme, Maurice Legagneur, un compañero esperantista que trabajaba en las ediciones Hachette, me escribió una carta de recomendación, convirtiéndome así en empleado de Vives, una de las más antiguas librerías clásicas de Toulouse.

Ganaba menos, pero el empleo era mucho más interesante. Iba a trabajar y vivir entre libros, lo que para mí era una suerte. Mi vida tendría más sentido.

Por la mañana —me había dicho la dueña—, ordenas, clasificas los libros, quitas el polvo. Después, mientras esperas a los clientes, ahí tienes una silla y lees. No olvides que un buen librero debe leer. Dices que te gusta la lectura, no será pues una carga para ti. No dudes en llevarte un libro si es preciso.

Yo no salía de mi asombro. Por fin iba a poder saciar mi sed de lecturas; era un hombre feliz.

Viendo a los niños pedirme títulos como *L'avare* o *Tartuffe* de Molière en «Petits classiques Larousse», tomé conciencia de la amplitud de mi ignorancia. Entonces leí gran cantidad de esos libritos de clásicos a cincuenta céntimos.

La relación con mi hermana era buena, aunque lo era menos con su compañero. Había un tema punzante que no se me iba de la cabeza. Hablábamos de todo y de nada, pero nunca de la cuestión de su expedición punitiva a Belvianes, durante el otoño de 1944, a mi vuelta de España.

Llegó un día en que me contó una experiencia suya que, de forma un tanto enigmática, respondía al tema que me desasosegaba.

Sucedió que, días antes de la liberación, cuando estaba en la Compañía de Trabajo, fue solicitado por los guerrilleros, con una decena de camaradas, para transportar armas de un lanzamiento en paracaídas a un lugar seguro.

Acabado el transporte, temimos por nuestras vidas.

Yo encontré la historia aberrante e increíble.

—Pero, ¿por qué?

—Era normal —añadió—, había que tomar todas las medidas de seguridad, la causa lo exigía.

No fui más lejos. Estaba atónito, estupefacto. ¿Adónde quería llegar? ¿Era una respuesta, una justificación de sus correrías en Belvianes?

Nunca volvimos a hablar de ese pasado. Sin embargo, tengo la firme convicción de que en el fondo algo le corroía.

Todo eso me hizo volver a lo que decía Koestler en *Le zéro et l'infini* de «sacrificar una patrulla para salvar el regimiento» —que el individuo esté subordinado y, si es preciso, sea sacrificado por la comunidad—, es decir, aquello de que el fin justifica los medios.

La vida cultural y artística en Toulouse ofrecía grandes posibilidades a los refugiados.

Había en la ciudad un gran número de refugiados españoles. Ya en 1940, los discípulos de George Fox, los

cuáqueros,³ estaban presentes; estos pacifistas y filántropos fueron los primeros, entre los no religiosos, que ayudaron a los refugiados de toda clase, en particular a los niños. Tenían almacenes y depósitos, concretamente uno en el número 16 del bulevar Bonrepos, justo enfrente de la estación Matabiau.

Poseían también una colonia situada al final de la avenida de los Minimes, el Château de Larade, donde daban cobijo a niños, a algunos judíos y a muchos refugiados españoles, como a monsieur Turtos, entre los años 1940-1943, y a Lucien, hijo de May Picqueray,⁴ *la Refractaria*, persona muy popular.

Nosotros teníamos un inmenso local en el paseo Dillon con una gran sala de recreo, la sala Fernand Pelloutier, donde el conjunto artístico Iberia y el grupo de las Juventudes Libertarias daban periódicamente representaciones de teatro. Recuerdo las de *Marianela*, *Los árboles mueren de pie*, de Alejandro Casona, y también las de *Abajo las armas*, *Nuestra Natacha*, *Morena clara...* El grupo juvenil presentó incluso obras de Camus. El grupo Terra Lliure también puso en escena numerosas operetas y veladas de variedades.

Entre semana, asistíamos a charlas, conferencias, cursos de español, de dibujo industrial y clases de francés con el profesor Larroche.

En un local de la calle Remusat, seguíamos cursos de esperanto dos veces por semana. Étienne Guillemau era nuestro *instruante*.⁵ Conocí a Antonio Codina, Luis Trenc,

³ En su origen, rehusaban quitarse el sombrero delante de nadie y de cualquier poder de este mundo.

⁴ Marie Jeanne Picqueray, llamada *May Picqueray* o *May la Refractaria*, nacida el 8 de julio de 1898 en Savenay. Era una militante anarcosindicalista y antimilitarista libertaria. Murió en París el 2 de noviembre de 1983.

⁵ «Profesor» en esperanto.

Luis Sos,⁶ Floréal Buil, Hélios Guinart... Todos acabaron siendo íntimos amigos míos, particularmente Hélios, con quien mantenía discusiones que podían durar horas sobre temas tan variados como profundos. La soledad le atormentaba; decía que se sentía más solo en una sala de cine llena.

Trabé amistad con Jean Cau, un librero de viejo excepcional, al que le hacía las veces de intermediario con Étienne. Aún tengo en la biblioteca libros que él me proporcionó: la edición de 1792 de *Les Ruines*, de Volney —encuadernado en piel—; *L'origine de tous les cultes*, de Dupuis; la trilogía de Jules Vallès, *L'enfant*, *Le bachelier* y *L'insurgé*; *Les contes drolatiques*, de Balzac, ilustrado por Gustave Doré; y muchos otros.

Jean Cau era muy conocido fuera de la ciudad. Muchos años más tarde, los libreros de viejo de Barcelona me hablaron elogiosamente de él. Fue autor de una excelente obra: *Toulouse, marché aux puces*.

Étienne era un personaje de lo más atractivo: esperantista, vegetariano, naturista, pacifista. A ejemplo de Garry Davis, quería quemar sus documentos de identidad en la plaza del capitolio y declararse ciudadano del mundo.

Recuerdo que en la época en que me alojaba en su casa dos agentes de policía se presentaron con una bicicleta:

*Aquí tiene su bici. Se la habían robado.
La hemos encontrado delante de la estación.*

En lugar de darles las gracias, les respondió:

⁶ José Luis Sos Yagüe (1928-1971). De la misma generación que Mèlich y con una trayectoria muy parecida, militó en las Juventudes Libertarias y participó en el intento de construcción del MRP y posteriormente en las actividades de Defensa Interior (DI), el organismo armado del exilio libertario, creado en la década de 1960. (*N. de los E.*)



Luis Sos, Enric Mèlich, Luis Trenc y Antonio Codina

¿Quién les ha dicho que me habían robado la bici? Probablemente la cogió alguien que la necesitaba para ir a coger el tren. ¡Con qué facilidad acusáis a la gente de ladrón!

A Étienne no le gustaban los militares ni la policía.

Además de los cursos de francés que nos daba monsieur Larroche en el paseo Dillon, algunos de nosotros asistíamos a otros cursos nocturnos. Entre otros, con Sos, Buil, Trenc y José Borrás, iba al curso del profesor Delavaud, hombre infatigable y muy activo. Daba también cursos a estudiantes argelinos, muchos de los cuales han de agradecerle el éxito en los estudios. Nosotros les ayudábamos enseñándoles a leer. Entre los «voluntarios» estaban Hélios, Buil y Górriz.

Una profesora, cliente de la librería y a quien yo había hablado de nuestros cursos, me aconsejó un libro nuevo

para la época: *La méthode Boscher*. Era un método directo de aprendizaje que se reveló excelente.

No hay que creer que en nuestro exilio dorado nos olvidábamos de que en España reinaba la represión franquista y que, a menudo, había militantes que pagaban caro, muy caro, sus valientes acciones.

Estos hechos, junto con la lectura de un libro de reciente aparición en ese momento, *La fin de l'espoir*, de *Juan Hermanos* (pseudónimo de Marc Saporta), alteraron nuestra aparente tranquilidad, agitando nuestra conciencia. Teníamos que hacer algo.

En España, por haber montado una huelga o simplemente por haber participado en la organización de un sindicato, te podían caer diez o quince años de cárcel.

El 14 de diciembre de 1951, tuvo lugar en Sevilla el consejo de guerra contra unos militantes de Ubrique. Francisco Valderrama fue condenado a veinte años de cárcel y Policarpo Medina, secretario de la CNT en Sevilla, a otros veinte, mientras que Dionisio Rueda y Antonio Pérez lo fueron a muerte. Los ejecutaron el 28 de febrero de 1952.

Treinta compañeros fueron juzgados en Barcelona; de ellos, nueve fueron condenados a muerte. En Francia, los intelectuales se movilizaron: J.P. Sartre, Albert Camus, Georges Altman, André Breton, Ignazio Silone y muchos otros protestaron desde la sala Wagram de París. En otras ciudades, también hubo voces que se levantaron contra las ejecuciones.

A pesar de todas las protestas, Pedro Adrover Font, J. Pérez Pedrero, J. Pons Argelés, S. Amir Gruañas y G. Urrea Piña fueron ejecutados en 1952. Miguel García, Antonio Moreno, Domingo Ibars y José Martín tuvieron más suerte y sus sentencias fueron conmutadas por largas penas de prisión. Mi amigo Juan Busquets pasó en la cárcel dos largas décadas; cuando lo arrestaron no había cumplido todavía los veinte años.

Ante estos hechos, no podíamos permanecer inactivos. Nuestro grupo planeaba los proyectos más descabellados. Teníamos que hacer lo que fuera, pero ya; no nos podíamos quedar de brazos cruzados.

Una de las ideas más osadas fue la de raptar al cónsul de España. Étienne tenía un amigo, M., que poseía un apartamento en la calle Saint-Pantaléon y otro en el barrio de la Roseraie, ambos desocupados. Pensamos en utilizarlos para «alojar» al cónsul y utilizarlo como moneda de cambio.

Poco a poco, la idea se abría paso. Si unos creían que era ilusoria y peligrosa, otros la veían realizable y justificada. En lo que a mí respecta, sólo estaba convencido a medias.

Lo que no sabíamos en ese momento era que el grupo de Negro, Blanca y Cuartiella acariciaban también la misma idea.

Habíamos empezado a seguir al cónsul, a informarnos de sus costumbres, cuando una noche, R. —un desertor— vio que el cónsul entraba, con galante compañía, en un hotel de la calle de la Colombette, esquina con el bulevar Carnot. La ocasión era demasiado tentadora y se decidió a actuar solo. Fue a buscar una granada y esperó a que apareciera el cónsul. Pero, al entrar en el coche, el diplomático cerró tan rápido la puerta que R. no tuvo tiempo más que de lanzar la granada por el vidrio de la puerta trasera, el único medio bajado. La granada cayó sobre el asiento trasero y destrozó el techo del vehículo. El sombrero del cónsul voló llevado por la metralla, pero él resultó indemne, protegido por el respaldo del asiento delantero.⁷

El compañero empezó a correr, perseguido por alguno de los testigos presentes. Viendo que le seguían, enrolló su chaqueta militar y la tiró al suelo. Los perseguidores,

asustados, pensaron que era una bomba y se detuvieron en seco, lo que le permitió zafarse. Corrió en zigzag desde la calle de la Colombette hasta la plaza Wilson; después tomó una calle a la izquierda y enfíló hacia mi casa. Yo estaba en el curso de esperanto. Cuando regresé, le encontré en el sillón, descalzo.

—¿Qué haces aquí?

—Acabo de arrojar una granada en el coche de un cónsul y, al llegar aquí, me he descalzado para hacer creer que me levantaba si alguien venía a llamar a la puerta.

—¿Y qué ha pasado?

—No lo sé.

—Voy a ver qué hay —dije.

—Espera, te acompaño.

—No digas tonterías, puede que alguien te haya visto y te reconozca.

Su reacción me pareció a la vez atrevida y valiente. Fui a ver qué pasaba. En el lugar, estaba el coche del cónsul, gente alrededor y dos policías pidiendo que se circulase. No se supo qué había ocurrido hasta el día siguiente.

Los testigos afirmaron haber visto a un hombre huir hacia la plaza Wilson. Los que se lanzaron en su persecución lo describieron como un moreno grande, de tipo español (en realidad, R. era todo lo contrario; se parecía más a un sueco).

Al día siguiente, me dirigí a la sede del CN (Comité Nacional) para conocer las distintas reacciones al suceso y enterarme de las últimas noticias. Había allí una gran efervescencia. Los viejos no veían la acción con buenos ojos. Según ellos, no podía tratarse más que de una provocación.

⁷. Véase Anexo 3.

J. J. Domènech, que era de la «acera de enfrente», es decir, de la fracción escindida,⁸ me dijo:

Es normal, esto perturba su pequeña rutina cotidiana. No les gustan las complicaciones.

La policía, investigó por su parte, pero sin resultado.

Y, como siempre hay un antes y un después, el antes era el estado de tensión mezclado con el temor y la incertidumbre, y el después era la reflexión y un análisis más lúcido del atentado. La acción nos pareció aventurera y los resultados, aleatorios, por no decir nulos.

Después vino la calma. Poco a poco, nos olvidamos de la represión en España, aunque no dejaba de haberla.

Un conocido de mi patrona que estaba en la DST (Direction de la Surveillance du Territoire) pasaba de vez en cuando por la librería. Un día, aproveché para preguntarle qué pensaba del asunto del cónsul:

¡Bah! —me respondió—, no tenía importancia, como el cónsul era un mujeriego, seguramente un marido celoso quiso ajustarle las cuentas.

Confieso que la respuesta me dejó tan sorprendido como decepcionado.

Mientras tanto, la vida del exilio tolosano continuaba su curso. En resumidas cuentas, era como si hubiéramos vuelto a la casilla de salida. Siguió un período activo de charlas y conferencias. Unas estaban organizadas por la Libre Pensée Toulousaine y las otras por nuestro Círculo de Estudios Sociales. Recibimos a André Lorulot, autor de *Chez les loups*, el testimonio de su paso por la banda Bonnot, así

⁸. Referencia a la rama reformista de la CNT.

como de una obra de referencia: *Crime et société*. Recibimos también a Georges Las Vergnas, sacerdote secularizado, autor de un ensayo sobre François Villon y de un estudio titulado *Jésus Christ a-t-il existé?* También nos visitó Paul Rassinier, el autor de una obra polémica que causó escándalo: *Le mensonge d'Ulysse*. En ella hablaba de su deportación a Buchenwald y Dora, de donde volvió inválido. Esta obra sería el punto de partida del negacionismo. Rassinier acabó colaborando con la prensa de derechas y, principalmente, con la prensa franquista. Escribió también una apología de Pío XII titulada *L'opération Vicaire*.

Los hermanos Lapeyre de Burdeos, Paul y Aristide, que eran brillantes oradores, vinieron a vernos varias veces. Aristide me inició en la obra de Malthus, que me empujó después a hacerme la vasectomía (operación que en la época estaba prohibida y castigada con prisión por mutilación voluntaria). No se puede negar que, aunque casi nunca se hiciese referencia a la contracepción masculina, ésta era mucho más sencilla y eficaz que la femenina. Estaba decidido, cuando mis medios financieros me lo permitieran, a irme a Suiza y operarme. Me había resuelto a no dejar descendencia a esta sociedad.

Entre los camaradas franceses de Toulouse, estaban Jammes y Nan y sobre todo Jean Galy,⁹ más conocido como *Lyg*. Era el autor de un libro, *L'obligation militaire, l'esclavage sanglant*, editado antes de la guerra por Lion e hijos, en la calle Romiguiere (edición totalmente destruida por la policía de Vichy durante la ocupación e inencontrable hoy en día). Escribió también un folleto titulado *Vers un monde libertaire* y dio una conferencia sobre «la gran pirámide»,

⁹. Jean Galy era un insumiso de la Primera Guerra Mundial, por eso tuvo que huir a España, donde entabló amistad con Gastón Leval. Su desertión le valió la pérdida de sus derechos cívicos y nunca pudo ejercer de profesor en la Administración.

que reunió a un amplio público tolosano y cuyo texto se editó como folleto.

Me hablaba de su proyecto de escribir una «Historia libertaria de la Revolución española» la cual, decía, en realizaciones sociales había sobrepasado a muchas otras revoluciones, incluida la rusa. Solamente publicó un esbozo para la revista *La défense de l'homme*, pero jamás la terminó.

En la librería, respirábamos una atmósfera intelectual sin florituras. Madame Dubie, la patrona, me hablaba de literatura durante el día. Tenía notables competencias en la materia. Dirigía y animaba al autodidacta que yo era.

Debes salir de tu torre de marfil, sin descuidar por eso tu mundo interior, sin el cual no podrás aumentar y profundizar tus conocimientos.

Me habló de Jules Romains¹⁰ y me aconsejó la lectura de *Hommes de bonne volonté* —27 tomos—. Para eso, encargó los volúmenes que faltaban en el almacén, gesto por el cual siempre le he estado agradecido. Es su obra maestra, describe un fresco en movimiento, ideas de evolución social con un cambio radical de la época; lo mejor que me convenía leer en aquel entonces.

Pasé de Jules Romains a Romain Rolland¹¹ con *Jean-Christophe* y *L'âme enchantée*, que acababa de salir en Albin

Michel, en una edición cuidada. No podía olvidar que mi padre se la había leído a mi madre, por las noches, en Belvianes.

En la librería, había una trastienda a la que llamábamos el depósito. En los estantes superiores, dormían tesoros tales como libros de la serie de *Lanny Budd*, de Upton Sinclair, descansando bajo una espesa capa de polvo. La colección se componía de siete volúmenes hoy ilocalizables. A pesar del valor innegable de éste, continuó guardando predilección por la obra de Sinclair previa a la guerra, que había leído en parte en español gracias a la excelente traducción de Felipe Alaiz:¹² *Samuel busca la Verdad y Las envenenadoras de Chicago*.

Los sábados normalmente íbamos al Comité Nacional (de la CNT) para plegar y hacer envíos de nuestro semanario *Ruta*. Era de los más asiduos. A veces, sólo discutíamos e intercambiábamos opiniones.

Nos tropezábamos allí con Peirats o Mejías Peña.¹³ Este último, joven de gran valía, era el director de nuestra publicación. Las crónicas bibliográficas que escribía eran admirables. Peirats decía que merecían ser reunidas en un volumen. También andaba por el CN Boti, un joven vasco que ejercía gran influencia sobre nosotros, aunque él no lo supiera. Sin haber sido muy íntimos, sentía afecto por él.

Me hice íntimo de Sos, un chico muy amable y apreciado por todos debido a su conducta ejemplar y a su lealtad. Murió unos años más tarde, a los 46 años. Conocí también a Antonio Codina, un buen fotógrafo muy cultivado que se marcharía a conquistar París. Otro del grupo, Luis Trenc,

¹⁰ Louis Henri Jean Farigoule (1885-1972). Escritor, filósofo, dramaturgo y poeta, autor de más de cincuenta obras, teniendo en cuenta los veintisiete tomos de que consta la obra a la que Melich se refiere. (*N. de los E.*)

¹¹ Romain Rolland (1866-1944). Escritor, premio Nobel de literatura en 1915 y militante pacifista, además de sus obras literarias escribió sendas biografías de León Tolstói y Mahatma Gandhi. (*N. de los E.*)

¹² Felipe Alaiz (1887-1959). Escritor, periodista y traductor, reconocido como una de las mejores plumas del mundo libertario de la época.

¹³ Mejías Peña, de origen argentino, era entonces el director de la revista *Ruta*.

también se fue a París y no volví a verle. Murió en el curso de su traslado a Istres. Dejó compañera y un hijo de corta edad. Era un gran lector y un ferviente esperantista. Decía que «leer es retrasar el envejecimiento del individuo».

Juanito Alcácer nos dejó para irse a Caracas. Antes de partir, me regaló *La corde raide*, de Arthur Koestler. Con Hélios entablé una larga amistad, y juntos descubrimos a Stefan Zweig.

Le contaba a Peirats todos los descubrimientos que hacía en mi librería y él me decía:

En resumidas cuentas, estudias humanidades. Aprovéchalo; serán seguramente los mejores años de tu vida.

Entonces no podía saberlo, pero Peirats en ese punto tenía razón. Me pidió que le encontrara un libro raro de J. W. Draper,¹⁴ *Les conflits de la science et la religion*, que, según decía, era un libro importante, muy superior al de Ibarreta,¹⁵ *La religión al alcance de todos*. Gracias a madame Dubie me hice con un ejemplar de la edición encuadrada de 1875.

Fue una época rica en actividades. Con el objeto de dar más difusión a las charlas y conferencias, nos pasábamos las horas pegando carteles por Toulouse, a veces hasta avanzada la noche. Antes de despedirnos, acompañábamos a Étienne a casa, pues nos servía un chocolate caliente estupendo. Todavía no era crudívoro. Por influencia suya, me hice vegetariano, quizá porque así las comidas eran más

fáciles de preparar. Y, como él decía, no tenemos derecho a matar para alimentarnos.

Un sábado, mi día de descanso, me causó sorpresa encontrarme con Emilio Rodríguez, de Valencia. Le conocía de Narbonne, cuando había llegado de España. Como estaba sin recursos y buscando trabajo, la SIA le entregó una pequeña suma de dinero. Al cabo de una semana, quiso volver porque echaba de menos a su mujer y a su hijo de corta edad y no le gustaba recordar que estaban solos. Vino a visitarme por tercera vez con la intención de ver a Federica Montseny, lo que me pareció un poco raro. ¿Para qué quería ver a Federica? Insistía diciendo que era importante para él.

Como yo no sabía si Federica andaba por allí, ni si estaría de acuerdo en encontrarse con un desconocido que quería encontrarse con ella sin precisar el motivo, propuse a Emilio que esperara en casa mientras me informaba.

Fui a ver a Vilarrupla al CN y le expuse la delicada y enigmática situación. Consultó con Roque Santamaría, quien decidió acompañarme para intentar ver más claro.

El hecho es que, como yo vivía cerca de la plaza St. Georges y el CN se encontraba cerca de la estación, el trayecto nos llevó bastante rato. Cuando regresamos a mi casa, Emilio ya no estaba; había desaparecido sin dar ninguna explicación. ¿Qué había pasado? ¿Qué había pensado de mi larga ausencia? ¿Susplicacia? ¿Temor? Vilarrupla, desconfiado, encontró el asunto sospechoso. Como si me adivinara el pensamiento, me dijo: «Hay que estar en guardia, contemporizar».

Personalmente, tenía mis dudas. Si hubiera sido un infiltrado, ¿me hubiera dado su foto? ¿Era un artificio para esconder mejor su juego? Me faltaban elementos para pronunciarlo con exactitud.

No volví a oír hablar de él, pero eso no significa que olvidara el caso. Le he dado vueltas pero la duda sigue sin dilucidarse. Me quedé como el asno de Buridán.

¹⁴ John William Draper (1811-1882). Químico e historiador estadounidense.

¹⁵ Rogelio Herques de Ibarreta (1843-1888). De familia burguesa de la localidad de Sahagún (León), Ibarreta fue excomulgado por el libro al que hace referencia Mèlich. (*N. de los E.*)

Uno de los cursos del profesor Delavaud fue sobre Franz Kafka. Unos cuantos conocíamos el adjetivo kafkiano, pero ninguno había leído a Kafka. Nos habló de sus dos libros principales: *El proceso* y *El castillo*, dos de las obras más importantes del siglo xx. Describen al individuo solo, aplastado por el Estado y la sociedad. Nadie escribió antes de esa forma, salvo quizás Étienne de la Boétie, en *Discours de la servitude volontaire*. Nos habló de la sensibilidad libertaria de su autor, de su individualismo stirneriano, de sus relaciones con los anarquistas de Praga, Michel Mares y Michel Kacha. Para el profesor era indispensable que lo leyéramos, que lo conociéramos. El curso nos entusiasmó hasta tal punto que al día siguiente, con Trenc, nos precipitamos en busca de la obra de Kafka. Para nosotros fue todo un descubrimiento. El compromiso con la lectura nos hizo apreciarlo mejor.

Hasta aquí, si no he mencionado mi vida sentimental es porque no consistía sino en una serie de engaños, fracasos y continuas decepciones. Era preferible pasar de largo, no entristecer a otros con lamentos. Y, además, ¿a quién le importaba?

Todo marcharía a la perfección si las mujeres pudieran parecerse a la Amalia de *El castillo* de Kafka, y si hubiese menos funcionarios parecidos a Sortini.

Lamentar haberse equivocado de camino no es una solución y no resuelve nada. Por otra parte, ¿cómo saber de antemano si emprendimos el camino correcto?

Sin embargo, llegó el momento de hablar de Herminia, la que será mi compañera y con la que he caminado mucho trecho. Apareció en el momento adecuado, a tiempo. Si lo hubiera hecho unos meses más tarde no hubiéramos podido tener a nuestros hijos Ariel y Alain. Mi vasectomía sólo era cuestión de tiempo.

Herminia llegó en 1939 a Francia como refugiada, con su madre y su hermana mayor, Nati. Salieron de Reus con otras familias, entre ellas la familia Bañeras, compuesta por María y sus dos hijos José y Pedro. Juntos se dirigieron hacia Serres, en los Altos Alpes, y se alojaron en un antiguo hotel. Tuvieron suerte de dar con una mujer de buen corazón, madame Richaud —mujer del alcalde de entonces—, que vistió y calzó con botas a los niños, botas de caucho... La misma señora hacía la compra en la cantina. A un comerciante que le ofrecía productos a bajo precio le respondió:

Mis refugiados son seres humanos como nosotros y, cuando pago, quiero que me den productos de buena calidad.

Ayudó a las mujeres de los refugiados a confeccionar paquetes para sus maridos que estaban en los campos de internamiento. Las personas como ella jamás se olvidan. Aquello no podía durar, era demasiado bueno. Al cabo de unos meses, los refugiados fueron conducidos a un campo en Pont-la-Dame, donde pasaron frío, vigilados por gendarmes. Después, se reunieron con el padre, que se encontraba en una compañía de trabajo en Château-la-Vallière (Indre et Loire). Según un documento de la época, le pagaban la hora a 5 francos.

Más tarde, se encontraron con la familia Bañeras en Roussillon, Isère. El padre de Herminia fue perdiendo la vista hasta quedarse ciego del todo.

Nati, la hermana mayor, regresó a España. Al final, la familia se sustentaba con lo que aportaban madre e hija, desempeñando labores de limpieza o costura y tareas del campo.

Tras la liberación, se acercaron a Toulouse y allí nos conocimos. El padre, Buenaventura, cantero de oficio, era

un autodidacta, igual que muchos de sus compañeros. Se había forjado una cultura frecuentando la escuela nocturna después del trabajo, alternando éste con su vida de militante sindicalista en la CNT.

Sus conocimientos literarios o de historia social estaban por encima de la media. Me hablaba tanto de Fourier como de Tomás Moro, leídos hacía tiempo, autores que se sabía de carrerilla.

Me embobaba escucharle citar pasajes enteros de *Voyage en Icarie*, de Cabet. Me pregunto si hoy existe un obrero que sepa tanto.



Abel Paz, Enric Mèlich y Luis Sos

El año 1953 fue el de mi encuentro con Diego Camacho, conocido algunos años más tarde como *Abel Paz*, autor de *Durruti, le peuple en armes* —primera edición en La Tête de Feuilles—. Llegó a Toulouse el 24 de junio de 1953. Hacía sólo dos meses que había salido de la cárcel de Segovia, tras cumplir una pena de prisión de casi nueve años.

Su arribo daría a todos un nuevo impulso. Para nosotros —Luis Sos, Trenc, Antonio Codina y yo mismo—, representaba a la generación anterior, la que había vivido en Barcelona en la clandestinidad. Cuando nos hablaba de la militancia clandestina, de las reuniones, de las acciones, etc., despertaba en nosotros sentimientos vivos y contradictorios. El deseo de lucha nos producía nostalgia pero también una sensación de culpabilidad por llevar una vida apacible y sin historias en esta ciudad rosada, tierra de exiliados.

Casi al mismo tiempo, llegó a Toulouse Manuel Llatser,¹⁶ también proveniente de la cárcel. Este tipo de llegadas sucesivas cambiaban radicalmente la atmósfera de Toulouse.

Habíamos proyectado crear unas Ediciones Juveniles y queríamos editar algunos capítulos de Sébastien Faure. Traducir esos textos nos asustaba un poco, pero Diego Camacho nos dijo:

No os empeñéis en traducirlos, estos textos existen en español. Debo salir para Barcelona y a mi vuelta os traeré Les propos subversifs de Sébastien Faure.

¹⁶. Manuel Llatser Tomás se afilió a la CNT y a las Juventudes Libertarias en 1935. En abril de 1938, se enroló en la 26.ª División (ex Columna Durruti) con, entre otros, Raúl Carballeira, Liberto Sarrau, J. Amorós y Germinal Gracia. Manuel Llatser Tomás murió en Toulouse, el 10 de octubre de 2008.

Diego se ausentó durante una temporada, enviado a Barcelona con el encargo de la Organización de poner en marcha una imprenta para editar *Ruta*, órgano de propaganda de las Juventudes Libertarias. Regresó a Toulouse con el deber cumplido y nos trajo *Temas subversivos*. De ese libro sacamos los capítulos de *El niño y La mujer*.

No sé por qué a su vuelta cundió un cierto malestar. Las relaciones entre él y Estallo, pero también con la Comisión de Defensa, no pasaban por su mejor momento. Se le notaba nervioso y frecuentaba cada vez menos el Comité Nacional, aproximándose más a la FIJL. Acabó por instalarse en mi casa y en una máquina de escribir de teclado español escribió las primeras páginas de su libro sobre Duruti. Creo que con eso se le olvidaban las desavenencias con el comité.

Probablemente, Diego no sospechara la influencia que ejercía sobre nosotros. Todos sus relatos nos habían levantado el ánimo y la idea de volver a España a luchar comenzaba a germinar tanto en mi interior como en el de Sos. Él me buscaría alojamiento y Llatser un trabajo. Todo parecía encajar. Luis, al tener a su compañera y un niña de corta edad, fue el primero en echarse atrás. Yo fui el segundo. Varias cosas me desanimaron. Los documentos de identidad que debía procurarme Estallo no eran de buena calidad, pero, sobre todo, pesaba mucho mi relación con Herminia. Le hablé de mi intención de irme, pensando que eso podría reforzar nuestros sentimientos. Para apoyar esta teoría, le cité a Stendhal y la cristalización de los sentimientos.

Cuando ella me contestó: «¿Crees de verdad lo que dices?», me rendí a la evidencia y decidí renunciar. En resumen, el objetivo de viajar a Barcelona se quedó sólo en eso.

Me casé con Herminia para dejar el apartamento a mis padres, que aún vivían en Cerbère.

Cuando estaba en las Juventudes, me nombraron secretario de cultura y propaganda. Cuando prohibieron

nuestro periódico *Ruta*, salió la revista *Nueva Senda*. Colaboraba en esta publicación con un artículo mensual. Nuestra actividad era sobre todo cultural. Como secretario, intenté motivar a los demás para montar una pequeña editorial. Finalmente, salió la colección de las Juventudes Libertarias, que constaría de cinco o seis libritos, siendo los principales *Aguas del Atlántico* y *Vidas cortas pero llenas* —sobre la vida de Raúl Carballeira y Amador Franco—. Para este último, Felipe Alaiz me dijo que esperaba una buena introducción y, como secretario, la tarea me incumbía. Al decírmelo, me puso nervioso. Por temor de no estar a la altura, le pedí a un amigo, José Peirats, que me la escribiera. Peirats aceptó sin pestañear, pero no quería que se supiera que él era el autor, pues no se llevaba bien con Alaiz. Cuando apareció el libro, Felipe Alaiz vino a felicitarme. Me faltó valor para decirle que yo no era el autor de la introducción. Cuando se fue, me dije que se lo diría en otro momento. Desgraciadamente, Felipe Alaiz murió poco tiempo después y nunca lo supo.

También editamos libros, a saber, uno de 32 páginas de Gastón Leval y otro de Pierre Valentin Bertier. Sin embargo, el dedicarse sólo a actividades culturales causaba mala conciencia entre algunos de nosotros, a mí en particular. Nuestro estado de ánimo era tal que cuando nos hablaban por ejemplo de los maquis en la sierra de Cuba, al pronto queríamos ir para allá.

El 26 de febrero de 1957, nació mi primer hijo, Ariel. En esa ocasión, Peirats me hizo la siguiente reflexión:

Un proverbio chino dice que el hombre en su vida debe tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro. Tú has empezado por lo más fácil, el resto llegará a su tiempo.

El año 1958 quedó marcado por la muerte de mi padre. Estaba en cama desde hacía varios meses. El doctor me

había confesado que no le quedaban más que cinco o seis meses de vida, pero que no sufriría al irse consumiendo. Creo que lo más duro para mi padre era ser consciente de lo que iba a pasar y de lo que tenía: un cáncer de estómago.

Al final de su vida, no podía ni orinar. Yo mismo debía ponerle una sonda dos veces al día. No lejos de su casa vivía Luis Sos. Me ayudaba a ocuparme de él y pasaba a menudo a verle.

Recuerdo que fue un fin de semana. Llegué y mi madre me dijo que dormía desde el día anterior. Me acerqué a él y, en efecto, se podía sentir su débil respiración. Hablábamos en voz baja, lo que era inútil ya que no podía oírnos. Observaba su rostro ajado, el de un hombre que siempre ha trabajado a la intemperie. Dio un último bostezo y dejó de respirar. Me volví hacia mi madre y le dije que se había acabado.

Me dio la impresión de que no comprendía lo que pasaba. Al cabo de un momento, me dijo que había que avisar a mi hermana y a mi hermano François. No sé si le respondí. Fui a casa de Sos, Llatser estaba allí también, y les di la triste noticia.

Sos me contestó que había que ir a vestirlo. Mientras Sos y yo vestíamos a mi padre, Llatser le hacía compañía a mi madre. Todo se desarrolló en el silencio más absoluto.

Después, poco a poco, empecé a darme cuenta de lo que pasaba y los recuerdos comenzaron a aflorar. Entre otros, me vino a la mente aquel en que me dijo:

Sabes, Enric, los momentos más felices de mi vida fueron los dos años que viví en la colectividad. Poder trabajar sin un patrón detrás de ti que te observe cuando estás holgazaneando.

El otro recuerdo que me vino a la memoria es más sentimental. En 1938, cuando los bombardeos se intensificaban, mi padre decidió enviarnos a mi madre y a mí a casa

de mi hermano y mi hermana en Francia. Nos quedamos un mes escaso en el país vecino. Yo añoraba a mi padre y a mis amigos, Juan, Ramón, Otilia e Ismael. Además, el ambiente entre hermanos no era muy fluido. Mi cuñado, que era francés, se burlaba a menudo de nosotros; decía que éramos un ejército andrajoso, que perderíamos la guerra y que mi padre era un iluminado. Una noche, cuando estábamos todos reunidos, pronunció una simple frase que fue la gota que colmó el vaso. Monté en cólera, a punto de llorar. Acto seguido, me levanté y dejé que la rabia se desbordara tratando a mi cuñado de fascista y de muchas más cosas. Dije también que quería volver a España para estar con mi padre. Mi hermano me sacó fuera e intentó calmarme. Al día siguiente, mi madre y yo nos fuimos. Le pedí dinero a mi hermano para comprarle tabaco a nuestro padre y nos pusimos en camino.

Al llegar a Sant Joan Despí, mi madre le contó a mi padre lo que había pasado. Y entonces, éste, que de ordinario no tenía un gesto de ternura o cariño por mí, me cogió y me abrazó. Ese momento jamás se me borrará de la memoria.

Antes de dejar a mi madre, tomé de la mesilla de noche de mi padre el libro que no había podido terminar: *Le baiser au néant*, de Mijail Artsibatchev. Sentí la necesidad de volver a leerlo.

En agosto de 1959, en el campamento de St.-Ferréol, conocí a un joven militante venido de la región de Lyon, que se llamaba Martín Ruiz. Era el primer encuentro libertario al que asistía.

Martín se entusiasmó con nuestro sistema de economato. Había una caseta de tablonos donde habíamos instalado dos o tres hornos a gas para los que quisieran cocinar. Había también latas de conservas, chocolate, así como otros productos alimentarios. Todo se vendía a precio de coste. Como nos fastidiaba hacer de cobradores, decidimos dejar que la gente abonara sus compras sin tener delante a ninguno de nosotros.



Pasquín para la concentración de St.-Ferréol

Algunos nos trataron de ilusos; decían que al final lo que faltase saldría de nuestro bolsillo. Cuando llegó la hora de hacer cuentas, cuál fue nuestra sorpresa al ver que no sólo no faltaba dinero, sino que, por el contrario, había de más. Todavía veo la sonrisa dibujada en los rostros de Martín y de José Bañeras, regocijándose con ese pequeño triunfo. La sobrina de Paul y de Aristide Lapeyre exclamó: «es el principio de una sociedad nueva».

Tengo aún en mi poder la primera carta que me envió Martín, en la que me hablaba de su entusiasmo, del gran descubrimiento que constituyó el encuentro y me pedía un

pequeño favor. Al principio pensé que se trataba de una tontería, pero lo que vino luego me hizo comprender claramente su alcance.

Meses más tarde, en enero de 1960, los periódicos anunciaron la muerte de Sabaté y de su grupo. Además de Miracle y Madrigal, a quienes conocía, salió el nombre de Martín Ruiz. El favor que me había pedido era procurarle un Holster¹⁷ para un Colt 45. En su carta, nada dejaba traslucir una acción de ese tipo.

La muerte de Sabaté ocurrió pocos días después de la de Camus, fallecido en un accidente de coche. René Mau-riés, de *La Dépêche* de Toulouse, publicó entonces un artículo titulado: «De l'homme revolté d'Albert Camus, au dernier *guérillero catalan* Francisco Sabaté».

Cincuenta años después, recorrí el itinerario que habían seguido para ir a la granja donde los mataron. Durante el cerco, Sabaté realizó una maniobra de distracción dejando salir el ganado que había en el interior. Poco a poco, el cordón de la guardia civil fue estrechándose hasta conseguir entrar en la granja. A todos los mataron a quemarropa; las consignas debían de ser claras. El joven Martín Ruiz, que se había refugiado en el conducto de la chimenea, tampoco se salvó. Durante el recorrido, José Bañeras iba a mi lado. También había conocido a Martín y no pudo evitar un sollozo al ver una foto suya.

Lo recuerdo con gran emoción, pues fue el último viaje que hice con José, fulminado meses más tarde por un cáncer de pulmón. Con él, desapareció un compañero y un testigo de nuestras acciones comunes.

Al salir de la cárcel a principios de 1959, Liberto Sarrau¹⁸

¹⁷. Estuche ligero que se lleva bajo el hombro, destinado a contener una pistola o un revólver.

¹⁸. Liberto Sarrau Royes (1920-2001). Militante de las Juventudes Libertarias en los años treinta del siglo xx, ingresó en la 26.ª División

*José Bañeras**Martín Ruiz Montoya*

vino a Francia con una sola idea en la cabeza, la de crear un movimiento de resistencia en España. Se iba a llamar MPR. A tal fin, contactó con el medio libertario, pero éste se mostraba reticente. Para los libertarios no era el momento de acciones violentas. Liberto intentó convencer a algunos compañeros. Recuerdo a uno que se oponía vivamente a la entrada de organizaciones libertarias en ese movimiento, pero que no tenía inconveniente en participar a título individual.

La primera reunión del MPR tuvo lugar en el borde del Canal, cerca de la estación Matabiau. Asistimos Liberto,

(la que había sido la Columna Durruti). Finalizada la guerra, pasó por varios campos de concentración y posteriormente fue obligado a realizar trabajos forzados para la organización Todt, de la que consiguió huir. Tras escapar de Francia y llegar a Marruecos, volvió a España con la idea de reconstruir la resistencia libertaria. Detenido en 1948, pasó diez años en la cárcel y, a su salida, intentó organizar el Movimiento Popular de Resistencia (MPR), con escaso éxito y apoyos en el seno del exilio libertario. (*N. de los E.*)

Salvador —su tío—, César, Sos, yo mismo y el apodado como *Attentiste*,¹⁹ que se sorprendió por mi presencia y la de Sos. No quería que nadie se enterase de que había estado en la reunión. Dos compañeros de Perpignan se nos unieron y también querían que su participación se mantuviera en secreto. Pasado el momento de sorpresa, entramos en el meollo del asunto.

Nos repartimos las tareas; Sos sería una especie de administrador, César se ocuparía de las relaciones y yo me ocuparía del material que serviría para la formación de los jóvenes. El *Attentiste* asumiría la dirección del boletín de enlace, que tendría que transformarse luego en un órgano de propaganda.

Habíamos decidido procurarnos efectos militares, mochilas, cinturones, estuches de revólver, calzado... Yo conocía a un comerciante que vendía excedentes del ejército americano. También teníamos que recuperar el material que quedaba de antiguos lanzamientos en paracaídas de los que se tenía conocimiento. La operación se pondría en marcha cuando Sos recibiera los fondos necesarios. El dinero nos facilitó el arranque, con la salvedad del boletín de enlace que nunca vio la luz.

Mientras tanto, un compañero del Alto Valle del Aude se unió a nosotros, convirtiéndose en el responsable de poner en lugar seguro el material comprometedor. Unos cuantos meses más tarde, habiéndose producido una filtración, hubo que cambiar el material de lugar, vía Perpignan.

Me relacioné con Liberto hasta principios de la década de 1960. En realidad, mi colaboración se redujo a recibir algunas circulares y a recuperar algunas armas cortas.

En 1960, cuando José Bañeras estaba de paso por mi casa, se presentó Ouali, otro compañero, con la misión de

¹⁹. «Expectante, partidario de mantenerse a la espera.» (*N. de los T.*)



Carta del MPR

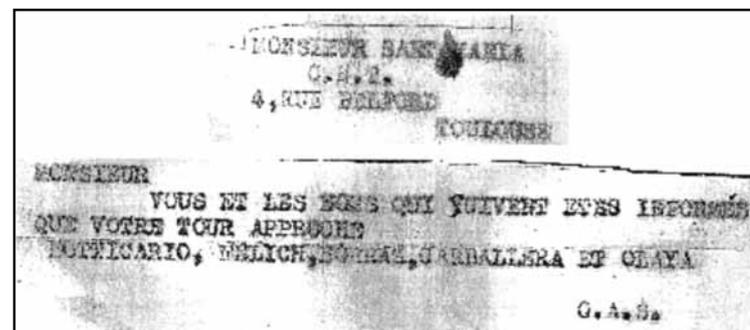
transportar una maleta en nombre del FLN.²⁰ Al no poder realizar la tarea por falta de medios de transporte, José se encargó de remitir la maleta, que contenía fondos del FLN, al intermediario de Carpentras con destino a Suiza.

Al cabo de un tiempo, recibimos una carta dirigida a nombre del secretario general, Roque Santamaría. En el sobre, estaba indicado «A monsieur Roque... secretario general de la CNT, 4 rue de Belfort, Toulouse». En el interior, había una nota que decía: «Señor, usted y los nombres a continuación quedan informados de que su turno se acerca». Aparecían allí los nombres de Carballeira, Boticario, Borrás, Olaya y Mèlich. La carta estaba firmada por la OAS.²¹ La habían echado al correo en la estación de Toulouse. Debía de tratarse de un favor al régimen de Franco a cambio de la ayuda prestada a la OAS en Madrid. La

²⁰ Frente de Liberación Nacional, partido argelino creado en 1954 para conseguir la independencia de Argelia respecto a Francia. (*N. de los T.*)

²¹ La *Organisation de l'Armée Secrète* (Organización del Ejército Secreto) era una estructura político-militar francesa, clandestina, que luchaba contra la independencia de Argelia.

carta hizo cundir la alarma, y hubo uno que fue a buscar a otro compañero para que le sirviera de guardaespaldas en el trayecto que iba desde el Comité Nacional hasta su casa. Nos reímos de él, pero cada cual había tomado ya sus pre-



La carta de amenaza emitida por la OAS

cauciones. Íbamos a trabajar todos los días como siempre, pero con un Colt o una Parabellum. Las amenazas no pasaron de ahí, pero nos dieron qué pensar durante algún tiempo.

Un mes más tarde, o tal vez dos, un compañero de la región de Brive vino a vernos y nos dijo:

Si queréis coger a Lagaille,²² está en casa de sus padres —entonces era buscado en Francia—. Lo sé de fuente segura, trabaja allí.

Recuerdo que Carballeira contestó que teníamos otras cosas que hacer en ese momento. Insinuó entonces que, si no queríamos intervenir, podíamos informar a la policía. Carballeira saltó de la silla y dijo:

²² Pierre Lagaille, antiguo abogado y diputado, fue el cofundador de la OAS en su exilio clandestino en Madrid.

¡Ah no!, eso jamás, sería la primera vez que los anarquistas entregan a alguien a la policía; no acostumbramos a obrar así.

Me reconfortó escuchar tal argumento porque había un compañero, el que se hacía acompañar por el guardaespaldas, que era más bien partidario de avisar a la policía.

En Toulouse, la brecha abierta entre los jóvenes y los viejos iba aumentando. Personalmente, sentía un cierto malestar cuando me cruzaba con determinadas personas en los pasillos del Comité Nacional. Sin embargo, mantenía cordiales relaciones con todos, especialmente con Samitier. Cuando volvió a Toulouse desde España, Samitier me pidió que le pusiera en contacto con Liberto Sarrau, pues deseaba militar en el seno del MPR. Su petición llegaba en el momento en que yo empezaba a dudar de la capacidad de ese movimiento, y no quería embarcarlo en una mala historia. ¿Se enfadó conmigo por no haber hablado con Liberto? Ni siquiera hoy sabría responder a esta pregunta. Jamás abordamos el tema, aunque no faltaran ocasiones.

La llegada a Toulouse de tres jóvenes procedentes de Madrid suscitó cierta desconfianza en algunos de nosotros.

Carballeira fue el primero en manifestarse y nos puso en guardia a Boti y a mí. Recuerdo que Boti le preguntó qué motivos tenía para dudar de ellos. Si sabía cualquier cosa, debía contárnoslo. Él, con su sonrisa habitual respondió:

No, nada, simplemente es una intuición; quizá su estilo o su lenguaje no concuerden. Sobre todo el joven Hidalgo; parece muy astuto, incluso demasiado astuto.

Comenté el caso con Boti, manifestando mi escepticismo. Pero Carballeira era mayor que nosotros y tenía cierta experiencia; sería mejor no fiarse.

Boti me dijo:

Ya veo que te hace dudar, pero quédate tranquilo, Carballeira ve espías en todas partes.

Al salir del local, fui a ver a Sos. Le comenté la conversación y las dudas de Carballeira. Las encontraba razonables.

Mucho más tarde, demasiado tarde incluso, comprobamos que Carballeira estaba en lo cierto. El más joven de los tres, A., era cleptómano y le robó dinero a Sos. El dinero no era suyo, sino que provenía de la caja de nuestra revista *Nueva Senda*, de la que Sos era administrador. En lugar de denunciar al ladrón, Sos trabajó durante su mes de vacaciones para recuperar el dinero perdido. El segundo desapareció sin dejar rastro ni historia tras de sí. En cuanto al tercero, Hidalgo, también llamado *Peque*, se llamaba en realidad Jacinto Guerrero Lucas,²³ y se

²³. Numerosos aspectos del papel de Jacinto Guerrero Lucas son hoy un misterio. Acusado de ser el responsable de la captura de Francisco Granados y Joaquín Delgado, nunca ha quedado claro si, a su llegada desde Francia, ya era un infiltrado del gobierno franquista o si fue posteriormente cuando se convirtió en topo. En una entrevista con Xavier Montanyà, Octavio Alberola explica lo siguiente: «Es posible que los servicios franquistas lo reclutasen allí y al saber que se había creado DI, lo enviasen. Es posible, pero no se puede demostrar. Sí que sabemos que, en el 1962, los responsables de la CNT exiliada lo presentaron al jefe de los Renseignements Généraux de Toulouse, el comisario Tataro, para que le diera asilo político. Este comisario era el encargado de informar a las autoridades francesas sobre la CNT. Es posible que su carrera comenzara a partir de entonces» (www.vilaweb.cat/noticia/3899386/20110617/jacinto-guerrero-lucas-lagent-trifasic.html). (N. de los E.)

convertiría en consejero antiterrorista del gobierno socialista de Felipe González. También le acusaron de ser un agente de Franco, pero eso es otra historia que todo el mundo conoce.

Poco a poco el MPR fue declinando, pero DI (Defensa Interior) tomó el relevo.

En un primer momento, la CNT debía suministrarnos ayuda financiera y hacer públicas nuestras acciones a través de su prensa. La FAI nos prestaba apoyo en la cuestión del armamento. Nos consiguieron una pequeña parte, que pusimos en lugar seguro. Empezamos el trabajo en España casi en el mismo momento que otro grupo llamado ETA. Hubimos de trabajar conjuntamente con ETA, porque nosotros necesitábamos pasar a España por el lado vasco y ellos, por su parte, necesitaban material, en concreto, cuatro Sten. Les suministramos lo que nos pidieron y esas fueron las primeras armas de la organización ETA.

Me sorprendí al ver llegar a los etarras, pues los tres eran muy jóvenes y llevaban colgantes con la cruz de Cristo. Aunque cristianos, eran antifranquistas y violentos. Participamos en una acción conjunta llevada a cabo con éxito. Después, cada cual por su lado.

Teníamos dos objetivos; primero, hacer propaganda antiterrorismo en España, cosa que se resumió en colocar una bomba en un barquito. El segundo no era otro que liquidar a Franco.

Octavio Alberola, que regresaba de México, fue uno de los animadores más entregados.

En 1962 estallaron bombas en España. Al principio, todo iba bien; los franquistas estaban desconcertados. Pronto las acciones se multiplicaron y fueron los jóvenes libertarios quienes las reivindicaron. Los atentados, que no apuntaban más que a bienes materiales y monumentos, no causaron víctimas. Hubo explosiones en Madrid, Barcelona, Valencia, el Vaticano, Nueva York, Roma, Londres y

Fráncfort. Sólo golpeábamos en lugares estratégicos y teníamos la moral alta.

Una de las acciones consistió en realizar tres explosiones el mismo día a lo largo de la frontera. Estaban previstas en Le Perthus, en el puente de Saur y en Hendaya. Como tenía un buen coche, me ofrecí para ir a esta última. Una vez allí, no encontramos el vehículo que buscábamos. Habíamos localizado uno en la aduana española pero, desgraciadamente, no podíamos acercarnos a él. Finalmente, nos conformamos con el coche de un turista belga. La explosión estaba prevista para las 14 horas.

Antes de marcharnos, paramos a tomar una copa. En el camino de vuelta, encendimos la radio pero no escuchamos nada al respecto. Al día siguiente, leímos en el periódico que un vehículo había estallado en Hendaya. Las otras explosiones no tuvieron lugar.

La acción más arriesgada fue la del Vaticano. Detrás de un tapiz púrpura de la Capilla Sixtina, un compañero había colocado una bomba incendiaria, pero por desgracia no funcionó. Al día siguiente, regresó con otro plan: había preparado un frasquito con ácido sulfúrico para facilitar la detonación. Cuando la bomba estalló y las llamas prendieron el tapiz, la gente gritó «fuego» y los guardias se precipitaron a apagarlo. Si el primer intento hubiera salido bien, la destrucción hubiera sido completa, pues estaba calculado que no hubiera nadie a la hora prevista.²⁴

Recuerdo haber oído una conversación entre dos viejos militantes en la sede del Comité Nacional de nuestro movimiento. Estaban asustados, pensaban que íbamos demasiado lejos y que acabaríamos por comprometerlos. Debo confesar que sus palabras me decepcionaron mucho y hablé de ello con Sos.

²⁴. Véase Anexo 5.

La represión no tardó en llegar. Tres jóvenes fueron arrestados: Alain Pécuria, estudiante de 17 años que sería condenado a 24 años de cárcel por un consejo de guerra español; Bernard Ferry, de 21 años, condenado a 30 años de prisión, y Guy Bataux, otro estudiante de 22 años, condenado a 15 años. Alain Pécuria fue indultado al cabo de dos años debido a su temprana edad.

El campamento anual de la FIJL en Istres había terminado. Unos cuantos nos quedamos para acabar de recoger el material cuando de pronto se presentó Jordi Conill, un compañero que iba a Barcelona. Jordi formaba parte de un grupo en la capital y, durante su estancia en Francia, varios compañeros suyos habían sido arrestados, así como su hermana. No pudiendo aguantarse, decidió volver a Barcelona y entregarse para asumir sus responsabilidades y no dejar que recayera la culpa solamente en sus compañeros. Intentamos disuadirle pero fue en vano, pues estaba empeñado en hacer lo que tenía planeado.

Esa noche, otros compañeros y yo organizamos una cena para hablar del asunto. Jordi fue arrestado al llegar a Barcelona. En los días siguientes, los periódicos españoles airearon la detención del grupo con grandes titulares. Estábamos preocupados, no sólo por la treintena de capturados, sino porque a Jordi le podía caer la pena de muerte.

En respuesta a su arresto, unos jóvenes anarquistas italianos, en septiembre de 1962, secuestraron al vicescánsul español en Milán con vistas a un intercambio. Gracias a la presión que desencadenó esta acción, le conmutaron a Jordi la pena capital.

Por desgracia, la represión contra nuestro movimiento se hizo cada vez más dura y muchos otros vivieron situaciones similares a las de Jordi. Pienso, sobre todo, en el caso de Delgado y Granados, cuyo desenlace fue mucho más trágico.

Granados estaba en Madrid desde hacía pocas semanas. Preparó material explosivo para un atentado contra la persona de Franco. Delgado se le unió más tarde, supuestamente para planificar y organizar el retorno a Francia.

Desconociendo la existencia de ese plan, casi simultáneamente, Sergio y Antonio colocaron dos cargas explosivas, una en la Dirección General de Seguridad y la otra en la Delegación Nacional de Sindicatos. Los estallidos causaron heridos. En la época, se usaban unos detonadores llamados *crayon*, que no funcionaban como debían y podían no activarse a la hora prevista. En aquella ocasión, las consecuencias fueron desastrosas.

Sabíamos a ciencia cierta que Delgado y Granados no tenían nada que ver con el atentado y la policía también era consciente de ello. Pero, al no poder coger a los verdaderos autores, la policía les detuvo. Ambos fueron condenados a pena de muerte y, sin más preámbulos, ejecutados con garrote vil. Poco antes de su arresto, estaba con ellos Ariño, asimismo reclamado por la policía. Se marchó unos minutos antes y, gracias a eso, se salvó.

La noche de 1 de agosto de 1963, una bomba explotó en el número 4 de la calle Belfort, en Toulouse, la sede de la CNT y de la FIJL. La explosión causó daños en la puerta pero no hizo grandes destrozos, aunque bastó para sembrar el pánico entre determinadas personas próximas al Comité Nacional.

En ese período, empezó a haber tensiones entre los adultos de la CNT y los jóvenes de la FIJL. Los primeros pensaban que éramos demasiado violentos, y que, por consiguiente, comprometíamos la situación de muchas personas. Dicho de otra manera, temían una represión que no se hizo esperar.

En septiembre de 1963, hice una gira de recuperación de material con José Bañeras. Hicimos primero una visita a Dot, un compañero andorrano. Durante el regreso, nos

detuvimos en Ax-les-Thermes para recuperar «cajas de naranjas».

Al llegar a Toulouse nos enteramos, no sin sorpresa, de los arrestos de Sos, Ferrer y muchos otros. Con José, fuimos enseguida al Comité Nacional para saber de qué se trataba exactamente. Santamaría me aconsejó no dejarme ver demasiado. Me sorprendía que tanto Samitier como yo nos hubiésemos librado. Boras dijo que eso tenía fácil explicación. Samitier, como era partidario de la tendencia inmovilista, no estaba afectado por dichos arrestos. En cuanto a mí, debía mi salvación a Trenc, pues cuando yo le había sustituido como secretario de cultura y propaganda en el Comité Nacional, dejó que su nombre siguiera figurando en los estatutos para que las autoridades no tuvieran más nombres de los necesarios. Santamaría desaconsejó también a José que se quedara en Toulouse. Sin embargo, antes de que él se quitara de en medio, teníamos que ocuparnos de trasladar material y poner en orden el despacho de Gurucharri,²⁵ de cara a un posible registro por parte de las autoridades.

²⁵ Salvador Gurucharri Ochoa (1936-2014) ingresó en la sección londinense de la CNT y la FIJL en 1956, desde donde estableció lazos con las Juventudes Libertarias de París. Participó en el proceso de reunificación de la CNT en 1960 y en las fases preparatorias de Defensa Interior. Fue detenido en 1963, en una macrorredada de las autoridades francesas contra medios libertarios, y asignado a vigilancia en París. En 1965, marchó a Bruselas para constituir la Delegación Exterior de la FIJL. Tras su regreso a España en 1976, se situó en la corriente oficial sin participar en el desgarrador V.º Congreso. En los años noventa, milita en la CNT de Cataluña desconfederada. Dirigió *Solidaridad Obrera* hasta 1999 y es autor de *Bibliografía del anarquismo español 1869-1975. Anotaciones para una bibliografía razonada* (Barcelona, 2004) y de *Insurgencia libertaria. Las Juventudes Libertarias en la lucha contra el franquismo* (Virus editorial, Barcelona, 2010).

Todo el asunto había debutado con el arresto de Gonzalvo y de *Salva* (pseudónimo de Gurucharri) en Perpignan. Después, una verdadera avalancha de detenciones se abatió sobre el movimiento juvenil libertario. En total hubo más de un centenar de interrogatorios, con el resultado final de una veintena de encarcelamientos. Se puso en marcha un secretariado de urgencia con Moisés Martín.

Al marchar José, un nuevo problema se me vino encima. El propietario del local donde almacenaba material quería echarme pretextando obras. El inconveniente era que sólo José tenía coche. Afortunadamente, Boti estaba cerca. Alquilamos una carretilla de mano, pusimos todo el material en botes de pintura y en dos días vaciamos el local. Hubiera podido llamar a V., propietario de un Peugeot 403, pero preferimos reservarlo para trayectos largos.

Pasado el episodio del traslado, Boti me remitió una suma de dinero para el comité de apoyo, encargado de pagar a los abogados. Moisés Martín, V. y yo mismo, subimos al 403 y salimos hacia la capital de Francia, a fin de llevar el dinero a su destino. Nuestra estancia en París debía de ser breve pero, durante el regreso, el motor del vehículo nos dejó tirados a la altura de la ciudad de Corbeil-Essonnes y perdimos dos días. V. corrió con todos los gastos.

Casi me pierdo el nacimiento de mi segundo hijo Alain por culpa de este lamentable imprevisto. En efecto, volví de París justo a tiempo, cuando Herminia se dirigía a la clínica en compañía de Paulette. Al nacer Alain, Boti me dijo:

*La vida continúa, un gran hombre muere
—Kennedy— y otro lo reemplaza: tu hijo.*

Unos meses más tarde fui a Suiza para hacerme la vasectomía, que nunca antes había podido consumir por falta de medios financieros.

De vuelta a Toulouse, fui invitado por la FAI a una entrevista en la sede de la calle Belfort. Querían saber si yo estaba todavía de acuerdo con DI o «los exaltados», como ellos les llamaban. Llansola me hizo las preguntas.

Mi respuesta fue clara:

He sido elegido por mis camaradas para ejercer determinadas responsabilidades, y mientras estas no prescriban me quedo con ellos.

Llansola pensaba, parece, confiarme un puesto y, por eso, quería asegurarse. Nunca he sabido de qué puesto se trataba, pero creo que tenía relación con el trabajo fronterizo. A partir de ese día, la situación se hizo más tensa, sobre todo porque Ventura, el padre de mi compañera, formaba parte de esa rama.

Una vez más, tuve que declinar su oferta. Después de mi rechazo, Estallo no me dirigió más la palabra. Hablé luego con Boti, que concluyó:

Puesto que ya no quieren hablarte, tu problema de conciencia queda resuelto.

Boti sabía que mi relación con Octavio Alberola no había cambiado. Tenía por Alberola sentimientos de afecto teñidos de admiración. Me sentía más cerca de él por haber sacrificado la vida que llevaba en México y haberse alejado de su familia para venir a combatir el franquismo en Europa; en fin, se había convertido en la pieza clave de nuestra causa. Boti compartía mi análisis y pensaba también que Octavio tenía mucho mérito.

Cuanto más tiempo pasaba, más se agrandaba el foso entre nosotros, los miembros de la FA de Toulouse y los compañeros de la calle Belfort.

El 12 de octubre de 1963, Francisco Abarca fue detenido en Bélgica a consecuencia de una orden de arresto internacional emitida por Suiza. Se le acusaba de ser el instigador del atentado del aeródromo de Ginebra. Una gran movilización se puso en marcha y, gracias a la presión desencadenada, las autoridades belgas rechazaron su extradición y fue liberado.

Pero, el 12 de febrero de 1964, fue arrestado por segunda vez, esta vez en Francia. La situación no era la misma puesto que podían extraditarle. Con Jean Claude Bruno —del grupo libertario de Toulouse— fuimos al periódico *La Dépêche* de Toulouse. En la redacción, un vigilante nos preguntó si teníamos cita. Le respondí que se trataba del asunto Abarca. El vigilante entendió que se trataba del «asunto Ben Barka»²⁶ —tema muy importante en la época— y nos dejó pasar.

René Mauries, el director del periódico, nos recibió y prometió hacer todo lo posible. Después de una larga charla, aproveché para agradecerle el artículo que había publicado sobre Sabaté seis años antes. También nos dijo que cuando se presentara un caso grave contáramos con su ayuda. Por fin, el 31 de marzo, *La Dépêche* publicó la noticia de la puesta en libertad de nuestro amigo Francisco Abarca.

Hubo otros arrestos, entre ellos, el de Stuart Christie, acusado de complicidad en una tentativa de atentado contra Franco.

En el año 1964, la proximidad de las vacaciones escolares era un verdadero quebradero de cabeza. Ventura, el padre de Herminia, estaba ciego, circunstancia que nos impedía irnos, ya que era imposible dejarle solo. Decidimos, pues,

²⁶. Se llama «asunto Ben Barka» al secuestro y asesinato en 1965 del dirigente opositor marroquí Mehdi Ben Barka, perpetrado, al parecer, por los servicios secretos marroquíes con el beneplácito de los franceses. (*N. de los E.*)

buscar una vieja casa para restaurar, concretamente en los Pirineos del Ariège. Me hablaron de una vivienda en la montaña, cerca de Massat, en la comuna del Port, en el pueblo de Carol. La primera vez, fuimos sólo Ariel y yo. Estábamos a mil metros sobre el nivel del mar, la casa estaba orientada hacia levante y, justo en frente, en la ladera, se encontraba el Pic des Trois Seigneurs. Incluso en verano se cubría con una capa de nieve. La casa me gustó nada más verla.

Pensé enseguida en Henry David Thoreau. Quizás iba a poder realizar un sueño de juventud, tener una cabaña en la soledad del bosque. A falta de una de madera, tendría una casa de piedra en la linde. Sólo estaba a unos pasos de la naturaleza plena, donde podría disfrutar de la soledad, mecido por los silencios y los sonidos del bosque.

Al domingo siguiente, volvimos a la casa con Herminia. Su precio era asequible, pero había mucho trabajo que hacer. El interior de piedra nunca había sido enlucido y estaba ennegrecido por el humo de la chimenea de la planta baja. El primer piso tenía dos ventanucos, idénticos al de abajo, y se podía acondicionar una habitación para los amigos en el desván. Los trabajos que realizar eran de consideración. Cuando hablo de ventanas, me refiero al hueco, no a los cerramientos, que no había.

Cada fin de semana, así como en vacaciones, subíamos a Carol para restaurar poco a poco la casa. Jean-Marie, un pastor del pueblo, nos enlució la planta baja y las escaleras. Vega, un compañero aprendiz de albañil, hizo todo el primer piso. Yo mismo me ocupé de remozar el desván. Y, antes de las vacaciones de verano, la casa estuvo lista.

Por la noche, como no había televisión en el lugar, pasábamos las veladas junto a la chimenea, en casa de los Piquemal, Jean y su mujer, Joséphine.

Durante el día, el padre de Herminia podía disfrutar del aire libre con nosotros, mientras los niños descubrían otro universo. Ariel, de apenas siete años, y su hermano

Alain, que acababa de aprender a andar, gozaban de una libertad inimaginable a su edad. Ariel se aficionó a la pesca de la trucha, pasión que conservará toda su vida. Sacaba pescado de charcas donde nadie hubiera sospechado que había algo; las montañas de alrededor no tenían secretos para él. Alain se divertía subiendo y bajando las escaleras sin caerse nunca, excepto la vez en que una niña le echó encima de unas ortigas.

Creo que de esta experiencia nació su amor por los grandes espacios.

Yo, que había sido influido por las lecturas de Thoreau, me encontraba en mi elemento allí en Carol. La vida era muy diferente de la que habíamos conocido hasta entonces. Existía una gran solidaridad entre los habitantes —una veintena en invierno, el doble en verano—. Muchas cosas se hacían en común; si un muro de un camino se desmoronaba, todos los hombres se juntaban para reconstruirlo. Recuerdo el que bordeaba el jardín de Jean. En dos días lo habíamos levantado con buen humor, sin pedir nada a nadie. Un día, organizamos una pequeña fiesta seguida de cordero asado. Al final, con los beneficios obtenidos, decidimos hacer algo por el pueblo. En efecto, para acceder a la villa había que dar un rodeo por una roca, pasando por un pequeño sendero, así que, para mayor comodidad, construimos una escalera en la roca. Sos fue el artífice de la obra.

Muchos años más tarde, volví a ver esas escaleras: habían cogido el color de la roca como si siempre hubieran estado allí.

En resumen, tanto los niños como los adultos estábamos enamorados del lugar. Debo confesar que me dejé arrastrar por el ambiente y, cuando Jean y Joséphine me ofrecieron su rebaño —un ganado de unas doscientas cabezas—, me sedujo la idea de convertirme en pastor. Tras discutirlo con Herminia, acordamos regresar a Toulouse. Ella no tenía alma de pastora.

Como los libros eran parte integrante de mi vida, no pude evitar construirme una pequeña biblioteca, justo a la izquierda, después de la puerta de entrada. José Bañeras me ayudó. Una vez montada, él me pasaba los libros mientras yo los iba colocando. Había escogido cuidadosamente los volúmenes que quería poner: sólo los favoritos, como *Un philosophe dans le bois*, de H. D. Thoreau, o *Les Essais*, de Montaigne. Cuando me pasó este último, le dije a José:

—¿Sabes que Montaigne y tú tenéis algo en común?

—¿Qué? Me preguntó.

—Su madre se llamaba López y era judía. Tu madre también se llama López.

—Pero no es judía.

—De todas formas, eso no tiene ninguna importancia —admití—. Mírame, según algunas fuentes yo mismo podría ser judío (entre los judíos deportados en 1942 cuando la Redada, había un Didier Mèlich), pero según otras descendería de Abdel Mèlich hijo de Abderrahman. Si escarbamos un poco, casi no quedarían galos.

En 1965, el movimiento libertario en el exilio se escindió. Por un lado, nosotros, los jóvenes, que queríamos continuar la lucha costara lo que costara; por el otro, los más viejos, que deseaban poner término a esas acciones. No sé si esa reacción era debida a una fatiga moral o, simplemente, al temor de poner en peligro su tranquilidad. Incluso con mis amigos cercanos, como Sos y Boti, iba a abrirse una brecha. Se habían vuelto indecisos.

En ese tiempo, Boti me pasó un libro diciéndome:

Léelo y ya me dirás qué te parece.

El título era *Habla mi conciencia*, de un tal José Francisco. El libro simulaba la autobiografía de un antiguo terrorista arrepentido.

Leí la obra con mucho interés porque conocía a casi todos los personajes. No pensaba quién podía esconderse tras ese nombre. ¿Quizás era un infiltrado? No lo sabía. Sin embargo, había detalles que me intrigaban. En un pasaje del libro, el autor habla de Sabaté y de Peirats. Aunque ambos se conocían, resulta difícil de creer, dado su desacuerdo, especialmente en lo que respecta a las actividades de Sabaté, que Peirats albergara a éste en sus viajes a Barcelona. Sabaté paraba en otros sitios. Era un detalle que hacía dudar del autor. Años más tarde descubrimos su verdadera identidad. Se trataba del comisario Llorens que, disponiendo de una gran cantidad de información, concibió la «novela» con la idea de meter cizaña en nuestras filas.

El 1 de abril de 1971, apenas despuntando el día, Ángel Fernández nos despertó con la noticia de la muerte de Sos. Nos quedamos atónitos y estupefactos; Sos no tenía más que 46 años. Para nosotros fue un golpe muy duro: perdíamos a un amigo muy querido y un compañero de gran valía.

Le había conocido a mi llegada a Toulouse, cuando los dos seguíamos cursos nocturnos de francés en el Cours Dillon. Nuestra amistad fue de las que nunca se olvidan. Dejó un vacío tanto entre sus amigos como también en la militancia.

Peirats pronunció un discurso en el entierro, terminando con una frase de Miguel de Unamuno que definía bien a Sos: «Nada menos que todo un hombre».

Un día, en una visita a casa de Peirats en Montady, tuve la sorpresa de ver encima de la mesa la última edición de su obra *La CNT en la revolución española*. Era la reedición de un libro que había escrito veinte años antes, un libro muy bueno, con una estupenda cubierta roja y negra. Entonces me dijo:



José Peirats, Engracia, Enric Mèlich, Pedro Moñino, Jordi y Aguayo

—¿Por qué no vendes mi libro?

—No puedo, tendría que ser representante de tu editorial y, desgraciadamente, no es el caso.

—¿Y si yo te introdujese?

—Entonces la cosa cambiaría.

Cuando era representante, trabajaba para una sola casa editorial. En ese oficio existen dos tipos, los representantes exclusivos, que trabajan sólo con una casa editorial, y los representantes múltiples, que lo hacen con varias. Yo era exclusivo. Por mi trabajo, viajaba mucho. Mi gira de representante abarcaba quince departamentos, lo que me permitía estar en contacto con numerosos conocidos y, sobre todo, con el grupo de Perpignan. Veía lo que pasaba: la acción de los anarquistas resultaba interesante y

atrayera debido a la frontera. Toulouse no me bastaba; desde que había vuelto allí me ahogaba. Así, la idea de trasladarme a Perpignan empezó a rondarme, en detrimento de Herminia, a quien no le entusiasmaba.

Así pues, Peirats escribió a José Martínez, director de Ruedo Ibérico: «Tengo un amigo que podría vender mi libro a condición de ser tu representante». Martínez respondió rápidamente diciendo estar muy interesado, pues no contaba con representante en el Sudeste de Francia. Fui a París a verle y simpatizamos. Me convertí en representante de la editorial Ruedo Ibérico, pero no sólo en calidad de simple representante, puesto que también me nombró depositario para todo el Sudoeste. Como en esa época no tenía la documentación requerida, trabajé un tiempo sin nómina esperando que mi situación se regularizara.

José Martínez era un hombre de estatura. Su perfil imponente y su mirada penetrante le conferían gran prestancia. Dirigía las ediciones de Ruedo Ibérico de forma magistral, a pesar de los escasos medios financieros de que disponía. Hay que reconocer que estaba bien respaldado por su secretaria, Marianne Brull, responsable de la parte comercial, función que desempeñaba con mano de hierro —como tuve ocasión de comprobar—. No nos olvidemos de Alejo, el encargado del almacén y también de los envíos. José Martínez quiso ponerme en guardia. Me dijo:

Debo ponerte al corriente de una cosa. Has de tomar conciencia de la génesis de esta obra. Le propuse a Peirats reeditar su libro. Me respondió que era bastante reticente, porque el libro no le pertenecía. La CNT poseía los derechos y no quería tener problemas con ella a causa de eso. Le recordé que, como autor, tenía derecho a disponer de su libro como le viniera en gana, desde el momento en que el propietario de los derechos

no pensaba reeditarlos. Le propuse ocuparme de todo y aceptó. Envié una carta a Esgleas y, entre otras cosas, le pregunté si pensaba reeditar el libro de Peirats. En la carta de respuesta, me dijo que no pensaba reeditarlos porque tenía otro a mano más completo. Con la carta en la mano, llamé a Peirats para hablar de nuevo de la reedición. Puso una condición: «Quiero reeditar el libro, pero quiero que todos los derechos de autor se abonen a una tercera persona, la cual transferirá el total al Comité Nacional de la CNT de España cuando llegue el momento».

Si bien recuerdo, la tercera persona era Josep Ester Borràs.²⁷

Unos años más tarde, tras la muerte de Franco, el dinero fue entregado al Comité Nacional de Madrid por Federico Arcos.

Mis relaciones con Ruedo Ibérico eran a veces tormentosas. Marianne me llamaba de vez en cuando al orden, ya fuera para reclamar dinero a los clientes retrasados, ya por el tema del retraso en mis inventarios. Era buena administradora y yo era todo lo contrario, un tanto desordenado. Nuestra mutua colaboración duró hasta 1976, año del atentado contra la librería de Perpignan.

José Martínez fue un editor importante en esa época.

Como me dijo un día Juan J. Raventós, director de las ediciones Ariel de Barcelona:

José Martínez fue un editor que llenó un gran vacío en la época del antifranquismo, y merecería algo más de reconocimiento, pues todos le debemos mucho.

En aquel tiempo, Dot, el camarada andorrano, se puso en contacto con la Editorial Andorra y con Mirador del Pirineu, casa que preparaba la salida del libro del cura Jesús Arnal: *Por qué fui secretario de Durruti*. Como me decía José Mestre, el autor del prefacio de este libro, Durruti había tomado a dicho cura bajo su protección. Como no quería combatir, lo nombró escribiente en su columna y allí estuvo durante toda la guerra. También dio su versión de la muerte de Durruti, versión que muchos comparten.

El libro de Abel Paz aún no había sido publicado y la muerte de Durruti estaba rodeada de un cierto misterio, lo que dio lugar a versiones tan distintas como fantásticas. Una de ellas la propagaron los comunistas. Decían que habrían sido los mismos anarquistas quienes habrían matado a Durruti, porque simpatizaba con ellos.

Existen otras versiones, la de que habría sido abatido por un disparo realizado desde una ventana; la de que había sido víctima de una ráfaga de naranjero —especie de metrallera— que también había alcanzado a dos de sus acompañantes... y muchas otras. Si la confusión sobre el desarrollo de este episodio es total, también lo es respecto a la marca del vehículo; alguien mencionó un Hispano; Ricardo Sanz, un Packard, y Jesús Arnal habla de un Buick. Este último nos precisa que su muerte fue accidental: su arma habría chocado contra el estribo del

²⁷. Josep Ester Borràs (1913-1980). Militante de Juventudes Libertarias y CNT, durante la guerra participó en la Columna Tierra y Libertad, pero tras la militarización es detenido y encarcelado, acusado de la muerte de un comisario político. Huido a Francia en los últimos días de la guerra, Borràs se integra en las redes de evasión Ponzán y Pat O'Leary. Capturado en 1941 y enviado al campo de Vernet d'Ariège, es liberado por Francisco Ponzán y Robert Terrés. En 1943, volvería a ser detenido y enviado a Mauthausen, de donde fue liberado en abril de 1945.

vehículo y el disparo habría salido solo. Aunque la historia parece traída por los pelos, es verdad que según el doctor Santamaría, que realizó la autopsia, el tiro fue efectuado a menos de cincuenta centímetros de la víctima.

Y también me parece importante citar unas líneas del *Pravda* de Moscú del 17 de diciembre de 1936:

En Cataluña, la depuración de los elementos trotskistas y anarcosindicalistas ha comenzado, y será dirigida con la misma energía que en la URSS.

Llegados a este punto, quisiera añadir una anécdota personal de gran importancia para mí: en 1950, a mi llegada a Toulouse, fui a visitar a mi hermana que vivía con su compañero en la calle de Blanchers —era un domingo por la tarde—. Junto a Eugène, el compañero de mi hermana, había tres personas: un antiguo jefe del Estado Mayor de la guerrilla —más tarde, diputado comunista en Sevilla—; Giménez, un antiguo comisario político guerrillero, y su compañera Fina, viuda de un antiguo miembro de la Columna Durruti. La conversación derivó hacia Durruti en Madrid. A Fina le salió del alma la frase:

Llegará el día en que se sabrá quién mató a Durruti...

Su compañero la interrumpió en el acto. Sin miramientos, le dijo:

Cállate, no sabes lo que dices, si no lo hubieran matado ellos lo hubiéramos tenido que hacer nosotros.

Mi hermana y Eugène se quedaron boquiabiertos, sin saber cómo reaccionar. El antiguo oficial del Estado Mayor sonrió irónicamente y añadió:

Hubiera sufrido la misma suerte que Nin y otros traidores.

Al parecer, debían de creer que yo era comunista. Finalmente, la conversación se orientó hacia otro tema pero ya había oído lo suficiente como para formarme una opinión.

Pero volvamos al libro del famoso cura, que se vendió bien a pesar de la poca publicidad de la que fue objeto. José Mestre me había sugerido que hablara de él en París y en Toulouse, de cara a una campaña de prensa. Intenté hacerlo pero mis esfuerzos fueron vanos. Por fortuna, el boca a boca funcionó mucho mejor.

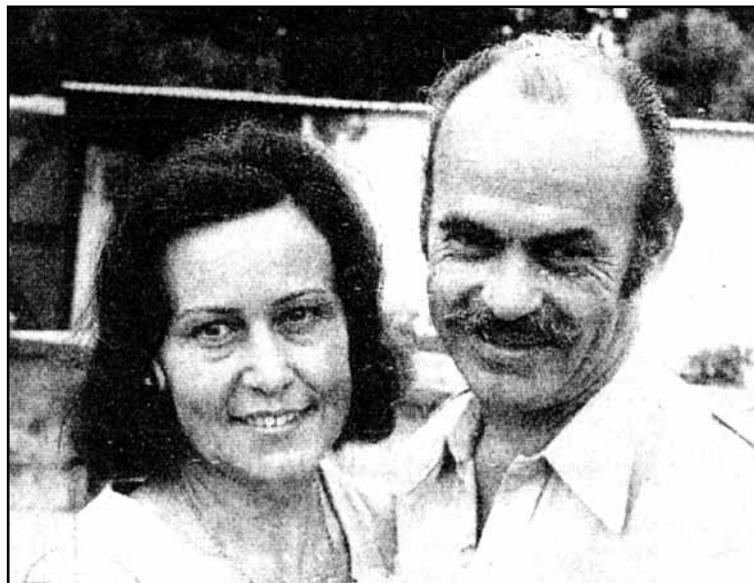
Finalmente, como el ambiente de Toulouse ya no me satisfacía, convencí a Herminia para hacer las maletas e instalarnos en Perpignan, más cerca de la frontera.

ACERCÁNDOME A LA FRONTERA

Llegamos a Perpignan en julio de 1974. El mismo día de la llegada, Pov' y Bernard, dos jóvenes de Perpignan, vinieron a vernos para llevarse el paquete que les traíamos expresamente. Eran panfletos y carteles de Oriol Solé Sugranyes. Ese mismo día, los dos se fueron con Ariel a distribuir los panfletos entre los españoles que pasaban el fin de semana en Perpignan.

El traslado y la instalación se desarrollaron bien, pero había un problema: el *stock* de libros de las ediciones Ruedo Ibérico era demasiado voluminoso para poderlo almacenarlo en casa. Al principio, los libros estaban apilados en el sótano, pero hacía falta un local más apropiado.

Tuvimos suerte. Cerca del café de la Poste, encontré a un compañero que se llamaba Manuel Huet. Conocía a gente y me presentó a un tal Carreño, un compañero español que, como antiguo artesano jubilado, tenía un local en pleno centro de la ciudad, en el número 6 de la calle Église La Real. Dos días después, con la ayuda de Ariel, llevamos el *stock*. Instalamos estanterías en toda la planta baja y un despacho en el piso. Los libros clasificados llenaban todas las estanterías. Muchos clientes no esperaban a que los visitase y venían directamente a abastecerse al almacén.



Herminia y yo en 1975

Aproveché la profesión para mantener y crear contactos en Barcelona. En los viajes de trabajo, desempeñaba tareas militantes. Tal vez no fuera demasiado prudente, pero tenía que limitar los gastos.

Algunos clientes introducían los libros, prohibidos en España, por cuenta propia; en cuanto a los demás, el paso corría de mi cuenta. Efectuaba las entregas con ayuda de los transportes por carretera, pero también por vía férrea, que eran un medio más seguro.

Entre tanto, mi antiguo empleador de Toulouse me puso en contacto con un amigo suyo que, además de una cadena de *sex shops*, tenía una tienda donde vendía libros de carácter político que él había bautizado como Librería Española. Cuando efectuaba mis entregas, siempre aprovechaba la ocasión para hablar con él, hasta el día en que le convencí de que me cediera la tienda. Una parte fue

arreglada al instante, pero aún así me faltaba la otra. Entonces, puse a la venta la casita del Alto Ariège, en el pueblo de Carol. Hablé de mis problemas a Serge Utgé-Royo,¹ que estaba de paso por Perpignan, y quiso ver la casa. Se enamoró del paraje y la compró. Así fue como acabé de pagar la librería.

Con el grupo de Perpignan, contribuí a la reconstrucción de la CNT de Barcelona. El secretario era un tal Alberto. Al principio, la CNT de Barcelona no tenía más de un centenar de afiliados. Se hacían pequeños carnés, en un lado anotado CNT y en el otro, el número de afiliado y un espacio para poner el nombre y la dirección de la persona, a rellenar por los afiliados. Mi número de carné era el 103.

Freddie Gómez, de París, tenía una imprenta —donde más tarde editaría la revista *À Contretemps*—. Nos imprimía los carnés y sacaba panfletos. Todo lo que hacía Freddie no se pagaba.

La librería era, al mismo tiempo, un lugar frecuentado por españoles ávidos de libros prohibidos en España y también por jóvenes que venían a buscar material de propaganda; en resumen, el espacio comenzaba a ser popular. No creo que las autoridades francesas ignoraran lo que allí pasaba; además, los teléfonos de la librería, del almacén y de la casa probablemente estuvieran pinchados. Un solo ejemplo corrobora tal suposición. Un buen día, una persona entró en la librería y me dijo:

—Buenos días, acabo de pasar la frontera y vengo a que me arregle los papeles.

¹ Serge Utgé-Royo es un autor, compositor e intérprete, hijo de exiliados republicanos de la guerra de España y de origen catalán. Actúa sobre los escenarios europeos desde hace una veintena de años. Sus canciones hablan de una realidad violenta, absurda, indignante; evocan la historia de los hombres y de las mujeres, sus utopías y también sus horrores.

—¿Arreglarte los papeles? ¿De dónde vienes tú?

—Vengo de España.

—Pero, entonces, ¿quién te ha dicho que vinieras a verme?

—La policía. Fui a ver a la policía, diciéndoles que acababa de salir de España, y me han contestado que viniera a la Librería Española, que allí podrían arreglarme los papeles.

La anécdota es de las más extrañas, pero no fue la única. Ocurrieron otras, más o menos chocantes. Me acuerdo de una. En esa época, la librería estaba abierta hasta la medianoche. Como justo delante estaba el cine Le Français, cada vez que cambiaban la bobina había un descanso de 20 minutos y la gente venía a comprar libros. Un día, hacia la medianoche, un hombre con aspecto de oso se apoyó en mi escritorio y comenzó a pronunciar palabras incoherentes sobre la pornografía, Franco, etc. Parecióme el hombre de lo más sospechoso, así que entreabrí un cajón donde había una pistola de alarma que podía servir de la-crimógeno. En caso de agresión, no dudaría en apretar el gatillo. En ese momento, entró otra persona en la librería y, al dejar de estar solo, el individuo moderó sus palabras. Aproveché para cerrar la tienda. Se fue y pensé que tal vez sólo era alguien que había empujado demasiado el codo.

Al día siguiente por la mañana, mientras comentaba el incidente a la gente de la librería, la persona que había entrado en último lugar el día anterior volvió y me enseñó un periódico con la foto del tipo en cuestión: era Gérard Depardieu. El actor estaba en Perpignan presentando una película. En mi opinión, quiso ponernos a prueba para ver si le reconocíamos. Mala suerte, no lo reconocí. Después nos reímos; hubiéramos saltado a la fama por disparar a Gérard Depardieu.



La Librería Española en Perpignan

Nuestro grupo, que se reunía en casa de Paco Soler, estaba compuesto por José Martínez, René Álvarez, Pep, Polonio, Gonzalvo y yo mismo. Nos reuníamos casi todas las semanas; las cotizaciones no eran fijas, cada uno daba lo que podía y cuando podía.

Había en Perpignan un jubilado llamado Carlos Manini —antiguo colaborador del grupo de Ponzán en Toulouse—, que nos daba cien francos todos los meses. Por eso, le apodamos *el Concreto*. Era una organización informal, no dependíamos ni de la calle Belfort ni de la calle Saint-Denis.²

² Calles en las que estaban los locales de las dos fracciones de la CNT en Toulouse.

Para mí, colaborar con ellos era algo nuevo. Teníamos contactos con otros grupos, sobre todo con los de Toulouse, Avignon, Burdeos y París. Este último nos procuraba bastante propaganda —folletos, panfletos...—, que introducíamos en España por diversos medios.

Pep hacía poco que se había refugiado en Perpignan. La mayor parte de nuestras relaciones con la Cataluña Sur se realizaron gracias a él. Montamos una red de paso para los que tenían necesidad de huir de la represión franquista.

El hecho de estar centrados en Barcelona no significaba que no actuáramos en otras partes. Contactamos con Zaragoza y Valencia para la revista *Anarcosindicalista*. Buscábamos los artículos en Barcelona, después los ilustrábamos y, finalmente, los imprimíamos. En los seis o siete números que hicimos, fui a buscar artículos a Barcelona tres veces. Todos los gastos de la revista corrían a cargo del grupo de Perpignan. Los dos primeros números fueron impresos en una máquina multicopista. Luego pasábamos la revista a distintos lugares.

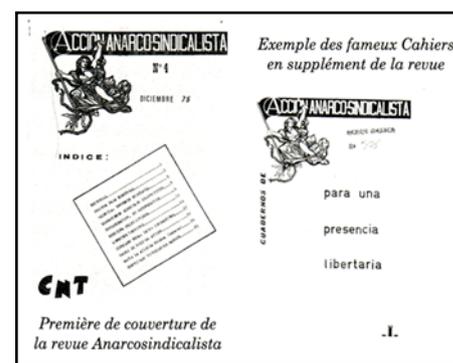
Celebramos una reunión en París con diversos grupos y expusimos el asunto de la revista. La multicopista no funcionaba bien. Entonces, un compañero alemán llamado Horst Stowasser propuso vendernos una Rotaprint. No era de primera mano pero estaba en buen estado. Pep, Herminia y yo viajamos a Alemania para recogerla. Vimos la máquina, nos explicaron su funcionamiento y nos quedamos allí cinco o seis días. Al final de la estancia, nos trajimos sólo una parte. Era demasiado grande como para trasladarla en coche en un solo viaje. Algún tiempo después, hubo un congreso en Marsella y un compañero que venía de Alemania trajo la parte que faltaba.

Se instaló la máquina en el número 6 de la calle Église La Real, en el almacén de libros. Una imprenta en un almacén de libros no desentonaba, ya que podía servir para hacer catálogos.

Un joven alemán enviado por Stowasser vino a poner en marcha la máquina. Pep y Ariel fueron quienes más la usaron. Imprimimos con ella los otros cinco números. El último no se llegó a confeccionar por la muerte de Franco.

La revista se llamaba *Anarcosindicalista* y el suplemento, *Cuadernos de acción anarcosindicalista*. Estos estaban muy bien hechos.

El primer número nos lo preparó Toni Álvarez. Todo el texto estaba teclado con una máquina de caracteres



Cubiertas de Acción Anarcosindicalista y su suplemento

españoles que yo le había procurado y había salido tan bien que parecía hecho por un profesional. La revista se repartía con folletos, como por ejemplo «Entre campesinos», editado por los compañeros de Burdeos. De París, recibíamos *Frente Libertario* gratuitamente, pero los gastos de envío a España corrían a cargo del grupo. Había un libro para cuya edición en Francia su autor, Ramón J. Sender, había dado permiso: *Réquiem por un campesino español*. Todos los beneficios obtenidos en su venta fueron destinados a ayudar a los presos políticos. No sé cuántos ejemplares se vendieron entonces, pero sé que personalmente

distribuí varios centenares. La edición del libro sobrepasaba el marco de nuestro movimiento, porque se vendía bajo mano incluso en las librerías de Barcelona. Toda esa actividad se entremezclaba con mi trabajo de librero.

Aparte de la revista, organizábamos también pasos de clandestinos por la frontera. En algún momento, tuve que dejar de lado la librería; me ocupaba más del aspecto militante que del comercial.

Hacer pasar a clandestinos o fugitivos no era cosa fácil; continuamente había que cambiar de plan para que no te cogieran. Un día, un miembro del grupo nos propuso una artimaña para pasar gente en las narices de la policía. Me ofrecí para el primer viaje, pero pedí que otro coche me siguiera para poder dar la alarma en caso de que me pillasen.

El primer viaje salió bien. Teníamos que recoger a un individuo en la estación de Figueras. Hubo un contratiempo al ir a buscarlo y llegamos tarde: no había nadie que nos esperara en la estación. Nos pusimos a buscar. El hombre en cuestión se había puesto a andar en dirección a Francia; lo encontramos deambulando ante el escaparate de una librería. Hicimos como nos habían indicado. El pasajero se sentó a mi lado para pasar por la aduana.

En la aduana, nunca pedían los papeles ni al chófer ni al pasajero, así que se limitaron a abrir el maletero y registrarlo. Pasamos y llegamos a la frontera donde se encuentran los puestos de policía español y francés. Entre la aduana y los puestos hay dos o tres kilómetros. Paramos y metí al pasajero en el maletero. Llegué solo al puesto de policía. La policía española me pidió los papeles y la policía francesa hizo lo mismo. Como el coche tenía buena pinta, me hicieron la señal de pasar y pasé. Cuando llegamos a Le Perthus, en el estacionamiento, puse el coche en un lugar oscuro y abrí el maletero; el pasajero se había dormido. Le desperté y se colocó nuevamente a mi lado. La aduana francesa no nos pidió los papeles pero registró el maletero.

No había nada comprometedor, así que pasamos. Como el viaje fue coronado con éxito, practicamos el mismo procedimiento en varias ocasiones. El sistema era de lo más simple pero no podíamos evitar el miedo cuando el pasajero estaba en el maletero, pues en cualquier momento las autoridades podían exigir que lo abriéramos. Afortunadamente, jamás hubo problemas.

Hicimos otro paso, pero esta vez por las montañas, en el que participaron Esteban Ballester, Bernard Pensirot y otros. Un buen día, recibimos una carta de remitente desconocido. Mencionaba a varias personas en peligro. A los dos o tres días, el nombre del remitente nos vino a la memoria y caímos en la cuenta de quién era: un muchacho de pelo largo llamado Calvo. No nos acordábamos de su verdadero nombre, sobre todo porque la dirección que había dado era ficticia: Avenida del Generalísimo. Comprendimos nuestra torpeza y, al domingo siguiente, alguien se me acercó y me preguntó: «¿Eres tú, Henri, el encargado de la librería?».

Como me había llamado por mi nombre, contesté que efectivamente era yo.

Mira, hay tres personas en Barcelona que están en peligro, escondidas en mi casa. Ahora estoy en París de vacaciones y, como tengo un piso en Barcelona, se los he prestado. Preferiría que se fueran lo más rápido posible pues los vecinos saben que no estoy y si, por un descuido, hacen ruido por la noche, estos, temiendo algo extraño, avisarán a la policía.

Me dio las coordenadas del piso. Se reunió el grupo y expuse la situación. Nadie podía ir a Barcelona y ponerse en contacto con esas tres personas. Como yo era el único que podía escaquearme del trabajo, me puse en marcha.

Limpié el coche de libros o propaganda comprometedor. Mientras preparaba el vehículo, José y Lola Bañeras llegaron a casa. Venían de España.

—¿Qué haces? —me preguntó José.

—Me preparo, tengo un contacto en Barcelona.

Después le expliqué toda la situación.

—¿Te vas solo?

—Sí.

—Voy contigo.

—Escucha, José, he de advertirte. En España se ha declarado el estado de excepción, y es una situación en la que, si te pillan ayudando a un terrorista, te puede caer la misma pena que a él.

—No importa, voy contigo.

Me acompañó a Barcelona. La cita era en la boca del metro, cerca de la calle de Sant Gervasi. Encontré, en efecto, al famoso Calvo, quien me indicó que el apartamento no paraba lejos.

Empezábamos a temer lo peor, hace tiempo que os esperamos.

Cuando llegamos al apartamento, José se quedó atrás para ver si nos habían seguido. Calvo y yo entramos, mientras José permanecía delante del inmueble fumando un cigarrillo. Al minuto, viendo que nadie nos había seguido, entró también. Calvo, cuyo nombre real era Gallego, me presentó a la pareja escondida, Bedel y su compañera. Los noté muy nerviosos; Bedel parecía completamente desmoralizado. Entonces les dije:

Barcelona, 9 de agosto 1975

Salud:

Hay 7 compañeros en condiciones de supervivencia límites. Varios de ellos están en busca y captura, evidentemente todos han tenido que abandonar sus casas por ciernas. La mayoría es conocida personalmente, y hace tiempo que no tienes noticias porque la situación que hoy atravesamos se olía desde hace meses.

Sabemos que el paso de frontera está muy mal, o al menos en lo que se cree por aquí. Pero estos compañeros no pueden quedarse en Barcelona, y no se pueden conectar con nadie, prácticamente, por la seguridad de todos. Sería necesario sacarlos de Barcelona, o bien a Francia, o bien a otro lugar en donde puedan pasar un par de meses tranquilos. Además se espera una oleada de reclusión, que ya se está produciendo en julio y agosto, que hace creer que las cosas no mejoraran.

Las caídas tienen dos causas diferentes, y no tienen relación "aparente" entre sí. Una de ellas está relacionada con unos intentos de visita a David Urbano (que se encuentra en Barcelona, actualmente, para visitar a su madre que falleció el sábado pasado), y que debido a las últimas caídas, relacionadas con Segovia, todavía no ha vuelto a ser trasladado. Esta gente está recluida por el Juzgado Militar nº 2 y algunos tienen condena pendiente (libertad provisional).

Hay que extemar las medidas de seguridad pues la policía sabe vide y allegros de cada tío, y lo que no sabe lo inventa.

Esperamos podéis ayudarnos lo antes posible, por las indicaciones que os dé este compañero que os trae la presente.

Salud,

Antonio G. CALVO (

P.S. Atended al compañero en lo que os pide. Gracias.

Carta enviada por Calvo

Tendréis que llegar hasta Puigcerdà y, desde allí, nosotros nos ocuparemos de todo.

Al domingo siguiente viajamos a Bourg-Madame, donde nos esperaba Bernard Pensiot. Otro compañero del grupo Puig Antich, refugiado en Perpignan, debía mostrarnos el paso. Yo me quedaría en la Tour de Carol y Bernard pasaría a España con su 2cv, por el camino que previamente nos habían indicado. Entró en contacto con los tres que lo esperaban y, como estaba previsto, tomaron el

camino forestal de la frontera, que parecía más seguro. Por desgracia, tropezaron con una patrulla militar.

—*¿Dónde van?*

—*Paseamos.*

—*Por aquí no pueden pasar, es zona fronteriza, está prohibido. Deben regresar.*

Bernard dio media vuelta con los tres y los dejó en Puigcerdà en un lugar convenido. Volvió solo a Francia y se reunió con nosotros.

—*No ha podido ser, y menos mal que topamos con militares y no con policías, pues éstos nos hubieran pedido los papeles. Los compañeros están desesperados.*

—*¿Dónde están?*

Me explicó dónde los había dejado. Fui a buscarlos. Los encontré aún más desmoralizados y abatidos que en la entrevista de Barcelona. Les acusaban de complicidad con ETA por haber albergado a Txiki y a Wilson. Wilson había participado en el atentado a Carrero Blanco.

Ya casi sentían la presión del garrote en la nuca.

No os desmoralicéis; subid al coche, vamos a pensar. Algo se me ocurrirá.

Tomamos la carretera paralela a la de Bourg-Madame, la de Llivia, un pequeño enclave español en Francia. Me decía que si les llevaba hasta allí, ya encontraríamos un bosquecillo donde pudieran esconderse. Llegamos al cruce de las carreteras de Llivia, Bourg-Madame y Andorra. Entonces podía irse directo a Llivia, pero estaba absolutamente prohibido tomar cualquier otra dirección. En una

pequeña garita, estaban apostados dos o tres guardias civiles. Les dije entonces:

Fingid que os besáis, relajaos. Y tú, Calvo, estate tranquilo, sonríe, habla.

Cuando llegamos a la altura de la garita, los guardias hablaban entre sí, nos miraron un instante e hicieron la señal de pasar. Superada la garita, volví a la velocidad normal como si continuase hacia Llivia pero, en el *stop*, di un volantazo a la derecha y enfilé directo hacia Bourg-Madame. Entonces les grité:

Ya está, estamos en Francia, hemos pasado la frontera.

No habían comprendido la maniobra, pero saltaron de alegría. Paramos entonces para tomar una copa en un café. Al llegar a Perpignan, cundió la alegría pues nadie sabía qué había sido de nosotros. Les encontramos comida y alojamiento, esperando que Sigüenza diera señales. Esa misma tarde, José Bañeras llamó preguntando por nosotros.

No volví a embarcarme en otra aventura igual; no convenía abusar. Después, ayudé en otros pasos por la montaña o por Le Perthus.

A finales de septiembre de 1975, circulaba en coche en dirección a Bourg-Madame. Como de costumbre escuchaba la radio cuando, de repente, calló la voz del locutor. Al cabo de un instante, volvió a hablar con voz grave y solemne: «Los cinco condenados españoles —José Luis Sánchez Bravo, Ramón García Sanz y Xosé Humberto Baena, del FRAP,³ y Txiki y Otaegi, de ETA— han sido ejecutados esta

³ Frente Revolucionario Antifascista y Patriota.

mañana» y sin ningún comentario sonó una marcha fúnebre.

Paré el coche al borde de la carretera; estaba anonadado. De modo que se habían atrevido; nunca creímos que fueran capaces de ejecutar a nadie. Me invadió el mismo sentimiento de rabia e impotencia que había experimentado cuando mataron a Delgado y Granados, o a Puig Antich.

Sin pérdida de tiempo, el gran Dalí envió un telegrama al Generalísimo Franco felicitándole por su valor al firmar las órdenes de ejecución, y animándole a continuar una acción encaminada a «despejar España de las fuerzas destructivas...». Ya nos había dejado sorprendidos en 1936 rindiendo homenaje a Hitler por tener «cuatro cojones».

Suponemos que ese gran extravagante, que ese narcisista, era un loco, lo que explicaría muchas cosas. El problema es que no estaba tan loco, aunque sí lo estuvo al final de su vida. Le gustaba codearse con los grandes, como Franco e, incluso, con el rey Juan Carlos, que lo hizo marqués de Púbol en 1982.

Y, si lo que sugiere Vicente Navarro es cierto, sería el colmo: Dalí habría saludado con un simple «Olé» la ejecución en 1936 de su antiguo amigo Federico García Lorca.⁴

Mi antiguo patrón de Toulouse tenía la intención de editar y difundir libros en español. Me preguntó si estaba dispuesto a colaborar con él. Me puse entonces en contacto con Luis Pasamar, un compañero de París, y él hizo lo mismo con algunos amigos, entre ellos Jesús Ynfante, autor del libro *La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y*

⁴ «En 1966 Dalí describió su reacción ante la muerte [sic] de su joven amigo: “Cuando me enteré de su muerte reaccioné como un bandido. Alguien me había traído el periódico, y al darme cuenta de que lo había ejecutado un pelotón de fusilamiento, exclamé: Olé [...] por Federico García Lorca. La consideré la muerte más hermosa: ser acribillado por la Guerra Civil» (Victoria Charles: *Dalí*, Panamericana editorial, Bogotá, 2008).

desarrollo de la Santa Mafía, editado por Ruedo Ibérico con gran éxito. Jesús se mostró dispuesto a escribir para nosotros uno o dos libros. En ese momento, había gran demanda de un libro del que muchos habían oído hablar pero nadie había visto: *Los negocios de Porcioles* (1974). Porcioles era entonces alcalde de Barcelona y tenía bastantes escándalos financieros bajo la alfombra. Dos meses más tarde, Jesús acabó el libro. Además de los negocios de Porcioles, el libro denunciaba los escándalos del antiguo alcalde, como los asuntos de Montserrat, las autopistas, el contrabando con Andorra e incluso las intrigas del Barça. Fue un gran éxito. Ante ese resultado, una segunda parte salió a la luz, *Los negocios ejemplares* (1975), donde el autor desvelaba otros negocios: Rumasa, Matesa, Sofico y los de la familia de Franco.

En 1976, salió un tercer libro del mismo autor titulado *Los negocios militares*. Los tres libros aparecieron en las ediciones Midi Livre, en la colección Monipodio.

Jesús Ynfante nos presentó al ilustrador del primer libro, un caricaturista de *Le Canard Enchaîné*: Vázquez de Sola. Este nos propuso dos álbumes de dibujos: *La vida sexual del General Franquísimo* y *La vida sexual de Jesús*. Si el primero tuvo un gran éxito, el segundo fue un fiasco total, pues con la religión habíamos topado.

Intentamos también sacar una revista, *Frontera*, en la que colaboraban Carlos Semprún Maura, Antonio López Campillo, Eugenio Domingo, Xavier Domingo y otros cuyos nombres he olvidado. Llevaba fotos de desnudos en la página central, como el de la hija del pintor cubista Pablo Picasso, Paloma Picasso. El primer número fue también un éxito; los clientes del otro lado de los Pirineos se los llevaban a puñados. Salieron otros dos números, con menos ilustraciones, que no interesaron a la clientela, y la publicación dejó de aparecer.

El 14 de julio de 1976, cerramos la librería hacia la medianoche, cuando lo hacían también los cines. A

continuación, bebimos algo en el bar Las Tortillas y allí estuvimos hasta las dos de la madrugada. Al día siguiente, hacia las siete de la mañana, San Genís se presentó en casa y, sin la menor formalidad, me dijo:

Tu librería acaba de volar por los aires... Sí, sí, te han puesto una bomba esta mañana hacia las cuatro; la calle está llena de libros destrozados.

Cuando llegamos a la calle Jean Paira, vimos a un genitío delante de la librería o, más bien, de lo que quedaba de ella. El tabique que separaba nuestro local de la tienda de al lado había saltado en pedazos. Hay que reconocer que así la librería parecía más grande. La calle estaba sembrada de trozos de vidrio y de cubiertas de libros. La gente que iba a trabajar se paraba para ver lo que quedaba de ella.

A menudo bromeábamos sobre el hecho de que nos hicieran saltar la librería. De cachondeo, había colocado en uno de los estantes un bidón negro, con una mecha, donde estaba escrito la palabra «BOMBA». Tal vez la broma dio ideas a alguien.

No fuimos los únicos en sufrir esa clase de incidente. En pocos días, un atentado tuvo lugar en Estrasburgo, otro en el País Vasco en la librería Zabal-Irati, y también estalló un artefacto en la sede de Ruedo Ibérico en París.

El atentado no había sido reivindicado, excepto por una ridícula nota en *L'Indépendant* firmada «AAA» (Asociación Anarquista Antiterrorista). Algunos hablaban de los Guerrilleros de Cristo Rey, incluso un amigo sospechaba del que se había ofrecido a comprarme el local.

El hecho es que el atentado nunca fue seriamente reivindicado. Ese mismo día, con cinco minutos de intervalo, el local libertario de Perpignan, Escletxa, también estalló. A pesar del desorden indescriptible que reinaba, vino

gente de Barcelona en busca de material. Recuerdo a José María (de Sants) y a Alfonso García, que regresaron sin poder llevarse nada. La cooperativa de construcción: Antonio, Ballester, René, Pobra... vino enseguida para retirar los escombros. Después, tuvimos visitas personales de solidaridad. Manuel, el padre de Amapola, fue el primero que me ofreció ayuda financiera, así como el viejo Manini. Paco Soler se ofreció a arreglarme las estanterías. Jaime Amorós me telefoneó desde Toulouse para decirme que si necesitaba libros podía enviarme una parte de su *stock* de reserva.

Aguayo tuvo la idea de hacer una suscripción, que por supuesto rechacé, aunque reconforta el ánimo al ver que no faltan los amigos en los momentos difíciles.

En esa época, los seguros no cubrían los daños causados por los atentados no reivindicados.

Algunas organizaciones de izquierda, dos o tres, vinieron a vernos para testimoniar su solidaridad. Apareció un artículo en *L'Indépendant*: «Para la Librería Española de nuestros amigos libertarios», firmado por Pierre Estève en nombre del Partido Socialista.

También un representante de la alcaldía vino a vernos para ofrecernos ayuda. Ingenuamente, la acepté. Consistía solamente en poner un garaje a nuestra disposición para almacenar las cosas que quedaban. Al final, apostaron a un guardia delante de la librería hasta que las puertas fueron reparadas.

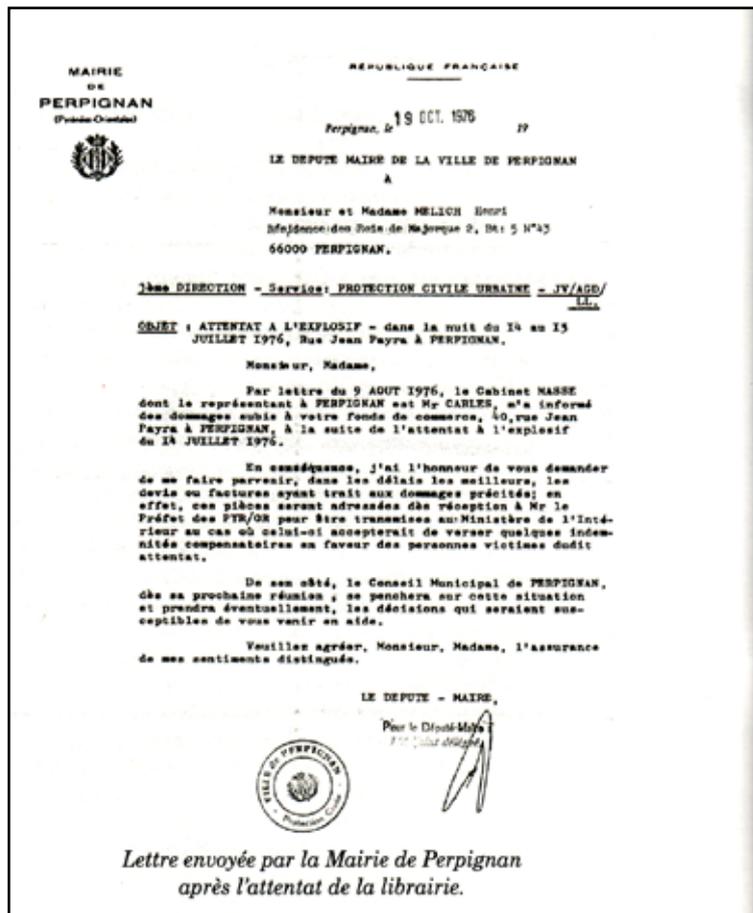
Por supuesto, tuvimos que presentar una denuncia para poder cobrar el seguro. Recuerdo algunas preguntas hechas por el comisario. Al despedirme, me dijo:

Si tiene algún indicio o alguna duda, comuníquenoslo.

Miré a mi interlocutor y le respondí:

Pienso que ustedes están en mejor posición que yo para encontrar a los culpables.

No creo que las investigaciones llegaran muy lejos, pues nunca oí hablar de resultado alguno. Lo único que sé es



Carta enviada por el Ayuntamiento de Perpignan después del atentado a la librería

que el alcalde de Perpignan llamó al ministro del Interior para pedirle refuerzos suplementarios en la ciudad.

El atentado a la librería del que habíamos sido víctimas fue seguido de otro suceso sospechoso: unos compañeros que pasaban la frontera por el Coll de Banyuls fueron inmediatamente apresados al llegar al otro lado. Eso significaba, ni más ni menos, que la persona que los había guiado hasta allí previamente los había vendido a la policía.

Aunque la explosión fuera un caso aislado, forzoso es reconocer que en el movimiento libertario había infiltraciones.

Un día que me hallaba en España, telefoneé a Herminia para decirle que no podría llegar por la noche. Entonces me puso en guardia. Más temprano, alrededor de las dos de la tarde, había recibido una llamada de Eduardo Soler para decirle que habían atrapado a Pep y Bernard en Barcelona. En compañía de René, me acerqué al local del sindicato de la construcción, de la CNT. Queríamos poner a Edo al corriente de la situación. Cuando le expliqué lo que me había contado Herminia, éste me interrumpió:

Pero no es posible. Herminia no ha podido recibir la llamada a las dos, porque los han detenido alrededor de las tres y media.

El asunto parecía sospechoso, pero no había que sacar conclusiones precipitadas. Debíamos volver a Perpignan para conocer los pormenores de la historia. Tras haberme informado bien, supe que la llamada se había producido hacia las 14h. Por lo tanto, sólo había dos conclusiones plausibles: o Eduardo Soler era un soplón y había vendido a Pep y a Bernard a la policía, o el chivato era la persona que había prevenido a Eduardo.

Dicha persona era un tal José Juan. Le conocía de la librería. Había venido a verme después de pasar la frontera.

Cuando le pedí que me contara el método empleado para pasar, no fue muy claro; su relato era demasiado vago como para ser creíble. Más tarde, supimos que había sido él quien estaba citado con Pep y Bernard el día que los detuvieron. De no haberse retrasado, nunca habiéramos sabido que era un soplón.

Tiempo después, recibí la visita de Eduardo Soler proponiéndome comprar la librería, o lo que quedaba de ella. Franco había muerto, la transición en España se había puesto en marcha y la venta de libros iba a menos, así que acepté la oferta y el asunto quedó zanjado de la siguiente manera: él me pagaría una parte en el momento de la venta y el resto mediante letras de cambio mensuales. Al vender la librería, me preocupó un detalle. El cheque que me entregó no era suyo, sino que estaba firmado por un director «del Banco de Bilbao». Supe después que la persona que declaraba ser director de banco era, en realidad, un agente de policía. La identidad del tal Eduardo Soler era fácilmente presumible.

Un día, al ir a cobrar una letra, Eduardo me dijo:

No te pagaré más, porque me han dicho que me acusan de ser un soplón.

En eso tenía razón. Varias personas, entre las que me encontraba, escribieron un artículo sobre el modo de fabricar delatores, y citábamos entre otros a Eduardo Soler, a José Juan y a Gambín.⁵ Había hablado del artículo a un compañero llamado Penian para ponerlo en guardia

⁵ Joaquín Gambín Hernández, infiltrado en los medios libertarios al principio del posfranquismo y parte fundamental del Caso Scala, un incendio en el que murieron cuatro trabajadores de la sala Scala y por el que padecieron condenas de varios años de cárcel cinco militantes del movimiento libertario de entonces, que fue profundamente criminalizado a raíz del montaje.

contra Eduardo, sin pensar que éste iría a contarle que yo propagaba esa clase de chismes sobre él.

Pasó el tiempo, y un día volvió a relucir el nombre de Eduardo Soler en el asalto al Banco Central de Barcelona. Decía la prensa que este banco había sido asaltado por delincuentes. Tras el atraco, varias personas fueron interrogadas, entre ellas José Juan. Para quitarse el muerto de encima, declaró que el cerebro de la operación estaba en Perpignan, pero sin dar nombres.

En España, el asalto causó un gran revuelo y un compañero periodista de Madrid vino a Perpignan para investigar. Pasó a verme para preguntarme acerca de esos dos personajes. Le contesté que, efectivamente, ambas personas se conocían, pero que de ningún modo Eduardo Soler, aunque era un cabrón, podía ser el cerebro de ese caso. Eduardo Soler no era un lumbreras y, para demostrarlo, le conté una anécdota al respecto. Un día que fui a verle a la librería, Eduardo me enseñó el libro que había escrito y del cual estaba orgulloso. Me explicó cómo había tenido la idea de redactar un libro de carácter pornográfico. Había cogido otro texto y lo había copiado cambiando los nombres. Si sus mañas literarias se correspondían con su talento conspirador, no cabía pensar en él como organizador del asalto. Rafael, el periodista, pensaba de diferente manera. No satisfecho con el contenido de nuestra entrevista, Rafael volvió de nuevo a Perpignan, esta vez para interrogar a Eduardo directamente.

Le dije a Rafael que no citara mi nombre durante la entrevista, y a éste no se le ocurrió otra cosa que decirle que yo creía que era él quien había puesto el petardo en la librería para comprarla a buen precio. Eduardo contraatacó diciendo que el autor del atentado era yo, pues los negocios no me iban bien.

Esa no fue la última vez que oí hablar de Eduardo. En efecto, unos años más tarde, dijo que había sido nombrado

embajador de Vietnam, cosa inmediatamente desmentida por la embajada de ese país. Le acusaron también de ser cómplice en un asunto de blanqueo de dinero que salpicaba al alcalde de La Junquera. Cuando cerró la librería, se convirtió en portero de noche del Regina. Al trabajar hasta muy tarde, nos llamaba a Paco Soler y a mí a altas horas de la noche. A Paco le ponía música y conmigo se quedaba mudo. Al cabo de dos o tres veces, Herminia descolgó el teléfono y gritó al auricular:

Bueno, Eduardo, ¿no crees que te estás pasando?

Colgó el teléfono y nunca más volvió a llamarnos.

MI ÚLTIMA RETIRADA

Tras el atentado, busqué trabajo y contacté con un tal Barcelon. Vino a lo que quedaba de la librería y me propuso un empleo.

Tengo una distribuidora, pero quisiera crear una casa editora. Tú, si he entendido bien, tienes algo de experiencia en este campo. ¿Querías ocuparte de ponerla en marcha? La condición es que te instales en Barcelona.

Para poner en marcha la editorial, le propuse publicar dos libros, uno de los cuales era el de Voline,¹ *La revolución*

¹ Vsévolod Mijáilovich Eichenbaum (1882-1945), más conocido como *Voline* fue un anarcocomunista ruso, inicialmente militante del Partido Social Revolucionario. Después de ser detenido en el transcurso de la revolución rusa de 1905, en 1907 escapó y huyó a París, donde contactó con los círculos anarquistas, optando por la militancia libertaria. Encarcelado en Francia en 1915 por actividades antimilitaristas, escapó del campo de concentración al que había sido destinado, y huyó a Estados Unidos, donde contactó con organizaciones obreras rusas para, en 1917, tras la revolución bolchevique, regresar al país eslavo. Tras intentar unir a las diferentes facciones del anarquismo ruso, en 1919 se incorporó al movimiento macknovista liderado por Néstor Mackno, que había retado las

desconocida, con prólogo de José Peirats. Una vez listo el primer libro, teníamos que sacar otro inmediatamente después. Me dio el equivalente a 50.000 pesetas para alquilar un apartamento en Barcelona. Un lunes, tras pasar el fin de semana en Perpignan, volví a la empresa y hallé hecho polvo a todo el mundo.

El patrón estaba ilocalizable: había abandonado la editorial, sus negocios, a su mujer y se había ido con el dinero a América del Sur.

Sospeché de que, por una parte, me hubiera animado a alquilar un apartamento y, al mismo tiempo, decidiera marcharse a Argentina. Su mujer tenía que estar al corriente del asunto, decían algunos. Al final, di con los libros en la imprenta, pero con la caja vacía no pude continuar. El linotipista me sugirió entonces que nos asociáramos y editáramos los libros por nuestra cuenta. Supongo que me hizo la propuesta porque pensaba que yo poseía los fondos necesarios. Desgraciadamente, como no era el caso, el proyecto no salió adelante.

Tuve contactos con las Ediciones Zeus. Dicha editorial publicaba sobre todo textos antiguos, como por ejemplo *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Avellaneda; *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán o *La Lozana Andaluza*, de Francisco Delicado. El director no estaba interesado en títulos de carácter social, más bien creo que tenía en mente libros eróticos. Le propuse dos textos: *Los diálogos putañescos*, de Aretino y un escrito con ilustraciones de Vázquez de Sola. El primero no le gustaba, y del segundo me dijo:

lógicas autoritarias del nuevo poder soviético. Detenido y encarcelado el 14 de enero de 1920, fue liberado tras un acuerdo entre el ejército de Mackno y Moscú para luchar contra los blancos. Él y otros volvieron a ser detenidos en diciembre de ese mismo año y, posteriormente liberados tras una campaña internacional impulsada por Alexander Berkman y Emma Goldman. (*N. de los E.*)

Cuidado, no mezcles el erotismo con la religión, que trae mala suerte.

Desde luego, el primer dibujo del libro representaba a una religiosa sobre una silla levantando la túnica de Cristo para ver lo que había entre las piernas. El pie de la viñeta decía: «La religión curiosa».

Me regaló algunos títulos clásicos y puso punto final a nuestra colaboración. Él mismo llamó a Picazo, otro editor, para que me entrevistara con él, y así fue como le conocí. Quería que me encargara de una colección que se llamaría *Nueva Senda* en recuerdo de nuestra antigua revista. Edité un libro de Peirats, *Figuras del movimiento libertario español*, que se vendió muy bien, y otro de José Borrás, *Le syndicalisme à la croisée des chemins*.

El libro apareció dos o tres meses después de las primeras elecciones sindicales habidas tras la muerte de Franco, y, no siendo ya de actualidad, tuvo poca venta. Después reedité *Anarcosindicalismo. Teoría y práctica*, de Rudolf Rocker, publicado por primera vez a finales de 1938 por el movimiento libertario. El problema de la reedición era el prólogo de Diego Abad de Santillán, que en los años 1977-1978 estaba implicado en reformismos y era muy mal visto por los jóvenes anarcosindicalistas.

Tenía que solucionar el tema del prólogo. Esa misma noche fui a dormir a casa de un amigo de Badalona, Joan Costa Font, y le expuse el problema. Me dijo:

¿Está el libro en prensa? Pues bien, te escribo un prólogo, te olvidas del de Santillán y asunto arreglado.

Acepté la propuesta y salió el libro con otro prólogo. Desgraciadamente, al salir, el movimiento libertario estaba sumido en guerras internas. La FAI tenía mucho peso

en la CNT y gozaba de gran influencia. Se montaron unos grupos llamados «paralelos» para enfrentarse al control de la FAI. La respuesta se concretó en una serie de expulsiones relacionadas con la pertenencia a dichos grupos. El mismo Joan Costa, el del prólogo, formaba parte de los expulsados. Resultado: los 200 ejemplares encargados por la CNT de Barcelona se quedaron sin cobrar. Empezaba a desanimarme.

Tenía aún dos o tres títulos que proponer, pero no salieron en mi colección: el libro de Enrique Martín, *Une vie de deportée y Autogestión ahora*, de Marugán Coca, más conocido por *Xetxu*, que financié totalmente.

Desanimado por completo, recogí los trastos y regresé a Perpignan. Mi vida de editor había terminado. Mantuve el contacto con el grupo de Perpignan, pero sólo de lejos. Aunque continuaba yendo por aquí y por allá, se puede decir que entonces finalizó mi vida de militante.

Las numerosas decepciones habían afectado a mi compromiso. La explosión de la librería, los fracasos sucesivos como editor o director de colección, la pérdida de varios de mis camaradas... fueron acontecimientos que llevaron al traste mi entusiasmo y, por consiguiente, mi militancia.

Me junté con José Martínez, que tenía una empresa de pintura. Trabajábamos los dos con un aprendiz. Quería que me fuera a España con él. Yo estaba dispuesto, pero no como pintor, sino como propagandista... hacer algo en ese sentido.

Al final, él se fue y yo me quedé en Perpignan. Le dije que quería seguir con el negocio de pintura junto con mi hijo Ariel. Me dejó entonces todo su material. Durante dos o tres años, mi hijo y yo seguimos pintando edificios. Mi hijo figuraba como patrón y yo como empleado. De común acuerdo, me despidió un año antes de jubilarme, para que pudiera restaurar la casa que tenía en Fenouillèdes.



Enric Mèlich, José Martínez y José Bañeras

Cuando terminé de arreglarla, la convertí en mi residencia principal. Pasamos allí días felices con nuestros nietos Cynthia, Romain, Damien, Wilfried y Sandra.

Desgraciadamente, los problemas de salud hicieron su aparición y se acabaron las excursiones, la recogida de champiñones, las castañas, los jabalíes... Tuvimos que bajar al llano, cerca de los médicos.

Me ofusqué y vendí la casa. La había restaurado toda con Ariel; con los beneficios de la empresa y, en el momento, no me di cuenta de lo que representaba para él. Nunca me perdonaré el haberla vendido.

En 1984, con el grupo de Perpignan, editamos una obra colectiva, *Les dossiers noirs d'une certaine résistance*. Los dos mil ejemplares se agotaron y el libro viene siendo citado en obras de investigación.

En la actualidad, vivo en el pequeño pueblo de Pontei-lla, a unos diez kilómetros de Perpignan. De vez en cuando, participo en charlas en España, principalmente en Cataluña.

Guardo un recuerdo especial de una charla con un grupo de jóvenes alemanes. Hablar con ellos me quitó un peso de encima, pues siempre lamenté haber ido a Alemania.

El contacto con jóvenes que me escuchan me reconforta, dándome la impresión de revivir mis viejos recuerdos.

ANEXO 1

SOMOS LOS TRISTES REFUGIADOS¹

*Somos los tristes refugiados
a este campo llegados
después de mucho andar,
hemos cruzado la frontera,
a pie y por carretera
con nuestro ajuar.*

*Mantas, macutos y maletas,
dos latas de conservas
y algo de humor
es lo que hemos podido salvar,
después de tanto luchar
contra el fascio invasor.*

*¡Y en la playa de Argelès-sur-Mer
nos fueron a meter pa' no comer!*

*Y pensar que hace tres años
España entera
era una nación feliz,*

¹ Canción popular, que se entona con la música del tango *Esta noche me emborracho* (Enrique Santos Discépolo, 1928), adaptada a la situación de los refugiados españoles en 1939, en el campo de internamiento de Argelès-sur-Mer. (*N. de los E.*)

*libre y próspera,
abundaba la comida,
no digamos la bebida,
el tabaco y el parné.*

*Había muchas ilusiones,
la paz en los corazones,
y mujeres a granel...
Y hoy, que ni cagar podemos,
sin que venga un «mohamed»,
nos tratan como a penados
y nos gritan los soldados...
Allez... Allez...*

*Vientos, chabolas incompletas,
ladrones de maletas,
arena y mal olor a mierda,
por todos los rincones,
sarna hasta en los cojones,
fiebre y dolor.*

*Y alambradas para tropezar,
de noche al caminar,
buscando tu chalé
y por todas partes donde vas,
te gritan por detrás...
ALLEZ! ALLEZ!*

*Y, si vas al barrio chino, estás capado,
te quedas sin un real y cabreado.*

*Tres cigarrillos, mil pesetas
y en el juego no te metas
porque la puedes palmar,
y si tu vientre te apura
y a la playa vas, oscura,
te pueden asesinar.*

*En mal año hemos venido,
no sabemos ya qué hacer,
cada día sale un bulo
y al final te dan por el culo.*

*ALLEZ! ALLEZ!
ALLEZ! ALLEZ!*

ANEXO 2
 LOS LIBERTARIOS Y LA UNIÓN
 NACIONAL²

En quince días, del 28 de enero al 12 de febrero de 1939, 500.000 «rojos» se desplegaron por el Rosellón, muchos de los cuales no tardarían en volver a España... más o menos voluntariamente, por cuenta propia. Las autoridades francesas no tenían calculado acoger a tanta gente con un mínimo de humanidad y, por lo tanto, no tenían nada previsto. Repatriaban de oficio a los niños perdidos, heridos o enfermos, destinados por los franquistas a colegios especiales, donde se les inculcaría el odio hacia sus padres.

Campos de concentración en los Pirineos Orientales, en el Aude, en el Ariège, vigilados por la gendarmería y las tropas coloniales (cerca de 15.000 personas se ha dicho, no sin exagerar, perecieron allí de frío, de enfermedad, de desnutrición y de desamparo), terribles campos de trabajo forzado de Argelia —Djelfa, Boghar, Aïn el-Qurak...— y, más tarde, campos de exterminio nazis; Compañías de trabajadores extranjeros (CTE), después Servicio de Trabajo Obligatorio (STO); penal sahariano de Hadjerat M'Guil, cárceles

² César M. Lorenzo: *El movimiento anarquista en España. Poder y revolución social*, Ruedo Ibérico, París, 1969.

de la Milicia o salas de tortura de la Gestapo: tales fueron los lugares de destino, hasta 1944, de decenas de miles de españoles antifascistas «refugiados» en Francia. Deportados, más de cinco mil murieron en el campo de concentración de Mauthausen (Alta Austria). Varias decenas de miles entraron en el maquis con la FFI y las FTP: jugaron un papel primordial en la liberación de Foix, de Mende, de Alès, de Nîmes, de Perpignan, de Toulouse, etc.; se batieron en Vercors, en el Ardèche, en el Aveyron, en la Dordogne, en los flancos de los Pirineos. Una de las figuras más notables fue el anarquista Francisco Ponzán Vidal —antiguo miembro del Consejo de Aragón, agente en 1937-1938 del Servicio de Información del X.º Cuerpo del Ejército, asesinado por los nazis el 17 de agosto de 1944—, que organizó sus grupos de «pasadores», la evasión de varios centenares de resistentes franceses, de aviadores británicos, de personas de todas las nacionalidades. Otros españoles formaron parte del cuerpo expedicionario de Narvik, del Pioneers Corps, del Queen's Regiment, de las tropas mandadas por De Lattre de Tassigny y de la II.ª División blindada del general Leclerc. Fueran socialistas, libertarios o republicanos, tomaron las armas contra los alemanes para defender la democracia y combatir ese nazismo que tanto había ayudado a Franco a destruir la República. La CNT se distinguió en particular en el maquis de Cantal y en los combates de la Pointe de Grave (Gironde) con su batallón Libertad. Además, la casi totalidad de los ochocientos españoles muertos en Narvik, al norte de Noruega, habían militado en la Confederación.³

³ En los últimos doce años, se han publicado en francés excelentes obras como las de René Grandó, Geneviève Dreyfus-Armand o M. C. Rafaneau-Boj [...] sobre los refugiados españoles, su contribución a la Resistencia y la forma en que fueron demonizados por la prensa, explotados y maltratados desde 1939, sobre lo que han llegado a ser con el tiempo, sobre las actividades culturales, etc.

Varios centenares de comunistas, refugiados en la URSS, combatirán en el Ejército Rojo (Franco reforzó las tropas alemanas enviando a Rusia a la División Azul). Sólo el Partido Comunista de España se implicó como tal en la Resistencia francesa... pero únicamente a partir de junio de 1941, cuando Hitler rompió el pacto germano-soviético.⁴ Y sólo él consiguió mantener sólidamente su organización, mientras que la CNT, el PSOE o los republicanos no lograron una verdadera unión en la clandestinidad. Ello se debió sin duda —aparte de la ayuda apreciable de sus homólogos franceses— a la disciplina y a la cohesión ideológica sin el menor fallo de los estalinistas. En contacto los unos con los otros gracias a una red ingeniosa, adquirieron una enorme ventaja sobre los demás antifascistas, aislados, a quienes les fue fácil controlar, ganándose las simpatías de numerosos franceses no comunistas y procurándose —mediante

Sin hablar de los estudios regionales como *L'exil républicain espagnol à Toulouse*, editado por Lucienne Domergue.

⁴ En un manifiesto fechado en diciembre de 1939, el PCE proclamaba que «ni un solo hijo del heroico proletariado español, ningún campesino, ningún trabajador puede ser voluntario en esta guerra de rapiña»; añadía que, por el contrario, «los dirigentes de los diferentes partidos y organizaciones españolas, desde los anarquistas a los socialistas y los republicanos, no han adoptado esa misma posición frente a la guerra, sino una posición completamente opuesta a los intereses de la clase obrera y del proletariado español», lo que se explicaba por el hecho de que, durante la guerra civil, habían ya luchado «por una república democrático-burguesa dominada y gobernada por los grandes capitalistas» y que sirvió de «instrumento de la reacción franco-británica» [sic].

La ofensiva nazi contra la URSS obligó a los comunistas a hacer una delicada pirueta tanto en el plano exterior como en el interior, convirtiéndose de golpe en los defensores de la Constitución republicana de 1931 y de las Cortes con mayoría de izquierda salidas de las elecciones de febrero de 1936. Un año después, en 1942, dieron un nuevo viraje: dejaron de mencionar la República.

algunos atracos a bancos— medios financieros considerables. Supieron aprovecharse, por otra parte, de la desorientación y la indigencia de los exiliados sin filiación política precisa para reclutar nuevos miembros con la excusa del patriotismo y la solidaridad. Era de esperar que en 1944, con la liberación, tomaran la iniciativa en la lucha antifranquista cuando las demás organizaciones apenas comenzaban a conectar los engranajes dispersos desde hacía cuatro años.⁵

Se oía hablar a menudo, durante el año 1944, de una tal Unión Nacional Española (UNE) que daba la impresión de ser un formidable movimiento insurreccional dirigido contra el régimen franquista. Los comunistas afirmaban que en noviembre de 1942 delegados de los partidos de izquierda, de la CNT, de la UGT y de diversas agrupaciones católicas —Partido Popular Católico, sindicatos católicos agrarios— habían celebrado una conferencia en Grenoble; y que habían decidido acallar sus opiniones divergentes para consagrarse únicamente a la lucha contra el fascismo, tanto español como internacional. Fundada así de común acuerdo, la UNE se habría estructurado poco a poco en el curso de la guerra, enrolando a la inmensa mayoría de

⁵ A excepción, quizá, de los anarcosindicalistas, que habían constituido ya un embrión de organización, reuniendo cerca de cuatro mil hombres. En efecto, viendo que el Consejo del Movimiento libertario no daba señales de vida (Esgleas, su secretario general, estaba prisionero; Federica Montseny, en arresto domiciliario; otros miembros, sujetos a trabajos forzados) había que reestructurar la CNT clandestinamente. El 6 de junio de 1943, tuvo lugar en Mauriac el primer Pleno confederal, donde deliberaron representantes de las federaciones locales de grupos fijados en la ex «zona libre». Este Pleno creó un comité de enlace del MLE en Francia cuyo primer secretario general fue José Germán. A finales de 1943, un subcomité de enlace del MLE se constituyó en lo que se llamaba —antes de noviembre de 1942— la «zona ocupada».

refugiados y dotándose, desde septiembre de 1943, de un órgano de dirección secreta, llamado Junta Suprema, que, compuesta por todas las formaciones antifascistas, se ocultaba en algún lugar de España.

La UNE se proponía, conforme a su programa, derrocar a Franco antes incluso de la derrota definitiva de la Alemania nazi, con el objeto de instaurar un gobierno provisional encargado de «crear y preparar las condiciones necesarias para la convocatoria de elecciones en el curso de las cuales los españoles elegirían democráticamente una asamblea constituyente» tras haber depurado el aparato del Estado y restablecido las libertades fundamentales. Proclamaba que, desde ahora, más de treinta mil guerrilleros se batían en Andalucía y que otras decenas de miles habían pasado a la acción en Asturias, Galicia, Extremadura y Aragón. Preconizaba el reagrupamiento «patriótico» de todas las clases sociales y de todos los sectores ideológicos, desde los carlistas a los anarquistas, pasando por los partidarios de Gil Robles y los republicanos, contra el enemigo común: Franco y «su» Falange. Pedía a todos los exiliados que no lo habían hecho aún que se reincorporaran a sus filas para infiltrarse a través de los Pirineos y desencadenar una insurrección popular en la que confraternizaran el patrón y el obrero, el aristócrata y el pequeño campesino, el sacerdote y el ateo, igualmente víctimas, afirmaba, de la represión franquista.

La UNE no escatimó medios: montó una organización de ayuda mutua, Solidaridad Española, se explicó en las ondas por medio de Radio España Independiente, publicó periódicos, equipó brigadas y divisiones que se estacionaron en la vertiente francesa de los Pirineos; organizó en noviembre de 1944, en Toulouse, un gran mitin donde tomaron la palabra los libertarios Miguel Pascual y Diego Ruiz Arnau; abrió en todas las ciudades de Francia locales de reunión. En resumen, la UNE presentaba todas las apariencias de una fuerza imponente, pero tan sólo eran

apariencias para ocultar maniobras encaminadas a la hegemonía del partido comunista, una incuria financiera generalizada y un sectarismo exagerado. Los antifascistas españoles se percataron rápidamente de todo ello.

¿Quién formó parte de la Junta Suprema? ¿Existió realmente? En cualquier caso, que las juntas locales, los comités departamentales o regionales estaban compuestos por militantes del PCE, por criptocomunistas revestidos de la etiqueta «socialista», «católica» o «libertaria» y por algunos socialistas y libertarios engañados o sobornados. La verdadera «Junta Suprema» fue en realidad la dirección del PCE, residente en la URSS desde 1939, mientras que los mandos militares eran detentados en exclusiva por los estalinistas. No se tardó mucho en saber que, por ejemplo, el periódico anarquista Solidaridad Obrera obedecía a las consignas del Partido. Se habló cada vez más del asesinato, en la montaña, de un gran número de libertarios y de otros antifascistas que protestaban contra el monopolio absoluto de los comunistas; en la propia Toulouse, unos anarquistas y un dirigente del PSOE fueron misteriosamente eliminados.⁶ Nos preguntamos por el supuesto antifranquismo de los carlistas y por la seriedad del acuerdo con Gil Robles, el antiguo verdugo del proletariado y conspirador antirrepublicano.⁷ Oíamos las declaraciones de los dirigentes de la

⁶ Numerosos testimonios y documentos reunidos por el grupo Puig Antich en *Les dossiers noirs d'une certaine résistance*.

⁷ El libertario Víctor Sanz —¿*Qué es la Unión Nacional?*, Movimiento Libertario Español en Francia, Comité Departamental del Alto Garona, Toulouse, [1944?], pp. 14-15—, antiguo miembro de la UNE, escribió: «El fascismo español, no es sólo la Falange; son también, y sobre todo, los monárquicos constitucionalistas, los absolutistas medievales y los vaticanistas de Gil Robles; son estos principalmente los que organizaron el levantamiento y colaboraron en la formación del Estado franquista... Tanto en los ejércitos que han luchado contra nosotros... como en los pelotones de ejecución que han hecho correr la sangre de nuestros mártires.

CNT, del PSOE, de la UGT y de los partidos republicanos, afirmando unos y otros que nadie les había llamado para constituir ninguna UNE. Nos preguntábamos por qué centenares de guerrilleros eran inmediatamente interceptados por la Guardia Civil y el ejército tras el paso de los Pirineos. Supimos que las famosas brigadas y divisiones de la UNE se reducían a menudo a una docena de individuos. Nos planteamos muchas otras cuestiones y todo se desmoronó en poco tiempo. Los tres o cuatro mil libertarios que se habían enrolado en la UNE «a título personal» se apresuraron en abandonarla; los organismos superiores de los partidos y de la CNT decretaron la expulsión de todos los militantes que no abandonaran rápidamente la Unión Nacional.

Sin embargo, no todos los libertarios se embarcaron ingenuamente en esa aventura. En efecto, algunos, aunque conscientes de la duplicidad del PCE, aceptaron su autoridad sin reticencia, pues, deseando ardientemente el fin del franquismo, creían que todo debía subordinarse a ese objetivo, por lo que «servir al diablo» carecía de importancia. Recurriendo a las palabras pronunciadas por Durruti a principios de la guerra civil, decían que había que «renunciar a todo salvo a la victoria»; algunos incluso llegaron a tener el carné del Partido. Estos renegados del anarquismo —entre los cuales estaba Abraham Guillén, el futuro teórico de la guerrilla urbana sudamericana de los Tupamaros—, a pesar de todo, acabarían retirándose, esforzándose en volver al redil, en que les perdonaran sus extravíos, al comprobar los lamentables resultados de una empresa precipitada sin salida política o militar. Por una parte, ni los carlistas, ni

Entre los torturadores que han infligido los peores sufrimientos a nuestros compañeros encerrados en las cárceles y en los campos de concentración, había, además, falangistas, requetés, monárquicos y cedistas —es decir, los partidarios de Gil Robles—... El capitalismo español se solidarizó en bloque con Franco, y hay que combatirlo en bloque».

los monárquicos, ni otros elementos burgueses querían oír hablar de esa UNE, que sabían en manos de los comunistas; por la otra, el intento de penetración masiva en territorio español, de hecho el mayor «pronunciamiento-invasión» desde hacía más de un siglo, había fracasado: en el mes de octubre de 1944, de 5000 a 5500 guerrilleros entrados por Navarra, entre Valcarlos y el valle del Roncal, y por el Valle de Arán, tuvieron que retirarse a toda prisa, dejando 129 muertos sobre el terreno. Y un año después, en octubre de 1945, Cristino García Granda, héroe de la Resistencia francesa, sería apresado en Madrid junto con sus hombres —por una denuncia, evidentemente— y ejecutado el 21 de febrero de 1946.

Los comunistas españoles, siempre sometidos a la voluntad de Stalin, dieron prueba de una falta total de realismo. Olvidando que España había padecido hacía poco una terrible guerra social, copiaron sin discernimiento la fórmula magistral de la alianza con la derecha «patriota», intentada en otro sitio en el curso de la lucha contra el ocupante alemán. Discriminaron erróneamente a los falangistas de los hombres de la derecha que había colocado a Franco en el poder, a la Falange de las clases pudientes, aunque aquella no fuera más que la expresión política de éstas. No teniendo en cuenta la psicología propia de los militantes de las organizaciones españolas de izquierda, de la CNT en particular, se imaginaron que fácilmente las engañarían o intimidarían; craso error que no tuvo más resultado que el de incitar a todos los sectores del antifascismo contra el PCE. Pero el fracaso de la UNE tuvo aún otras causas: cometió un enorme error táctico ordenando el cruce en masa de los Pirineos; en cambio, una infiltración prudente y escalonada en el tiempo hubiera sido más eficaz ante los 200.000 soldados y guardias civiles concentrados por Franco en las provincias fronterizas; a esta precipitación se le añadió la imprudencia de una campaña



ANEXO 4
REGISTRO DEL CAMPO DE SERRES

Gap, le 21 Novembre 2000



**Archives Départementales
des Hautes-Alpes**

Monsieur le Maire de Fosse
66220 FOSSE

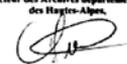
RÉF. : MFM-AS 5620/2000

Monsieur le Maire,

Pour donner suite à votre demande téléphonique, je vous prie de trouver ci-joint les photocopies prouvant que la nommée AGUSTI BRIO Teresa et ses deux filles sont arrivées à Serres (05000) le 7 février 1939 (4 M 272), y étaient toujours en juillet et en sont reparties en avril 1940 (4 M 277) pour l'Indre et Loire.

Espérant que ces pièces soient suffisantes pour prouver leurs droits, je vous prie d'agréer, Monsieur le Maire, l'assurance de ma considération distinguée.

P/O Le Conservateur du Patrimoine,
Directeur des Archives départementales
des Hautes-Alpes,



Marie-France MURATI
secrétaire de documentation

Précisément identifiés pour le placement de réfugiés espagnols arrivés au camp de Serres le 7 février 1939.

Nom et Prénom	Age	Observations
Abencia Pilar Badriz <i>W. de la rue de la République - Serres</i>	47	a deux fils nés de 1941 à Serres et ainsi est devenue française. Abandonnée à Serres au début de la déportation, elle a été déportée à Gurs et ensuite dans deux camps qui ont été à Serres.
Agusti Teresa Brio	37	Elle est au camp de Serres depuis le 7 février 1939. Elle a été déportée à Gurs et ensuite dans deux camps qui ont été à Serres.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abad, José 67-68, 73, 92, 95, 99-100, 102, 106, 118
 Abad de Santillán, Diego 227
 Abarca, Francisco 191
 Abattut alias *Danton* 85
 Abremski, Alexandre 53
 Adriol, Maruja 118-119
 Adrover Font, Pedro 159
 Aguado Sánchez, Francisco 104
 Aguayo, Mariano 196, 219
 Agustí, Buenaventura 169
 Agustí Mèlich, Herminia 11, 168-169, 172, 189, 191-192, 193, 197, 201, 204, 208, 221, 224
 Alaiz, Felipe 34, 165, 173
 Alberola, Octavio 183-184, 190
 Alcácer, Juanito 166
 Alcántara, Paul 75
 Alemán, Mateo 226
 Alos, André alias *La Pointe* 109, 235
 Altman, Georges 159
 Álvarez, René 207
 Álvarez, Toni 209
 Amir Gruañas, S. 159
 Aragon, Louis 143
 Arcos, Federico 198
 Arène, Paul 45
 Arnal Mesón, Jesús 199
 Arrighi, Victor 53
 Artsibatchev, Mijail 175
 Azam, André alias *Jean Louis* 73

B

Baena, Xosé Humberto 215
 Bages, Louis 75, 77
 Ballester, Esteban 211
 Balzac, Honoré de 157
 Bañeras, José 176-179, 187, 194, 215, 229, 254
 Barón, José 43, 123
 Baronesa de Suttner 127
 Bataux, Guy 186
 Battle, Jean alias *Moïse* 73, 126
 Baudru, Adrien 53, 69, 87, 115
 Baudru, Julien 87
 Bazalgette, Léon 42
 Benjamin, Walter 144
 Bernard, Marc 45
 Biart, Charles 83
 Bigeard, Marcel 87
 Blasco Ibáñez, Pilar 138
 Blasco Ibáñez, Vicente 138
 Bonaparte, Napoleón 48, 55, 74-75
 Borrás, José 158, 227
 Boticario, Mariano 165, 180, 182-183, 189-190, 194
 Bournet, Charles 82-84
 Bourrel alias *Tito* 73
 Breton, André 159
 Brion, Alfredo 139
 Brull, Marianne 197
 Bruno, Jean Claude 191
 Buil, Floréal 157
 Busquets, Juan 159
 Buxeda, Luis 92, 100-101, 118

ÍNDICE ONOMÁSTICO

C

Cabet, Étienne 38, 170
 Camacho, Diego alias *Abel Paz* 170-171, 199
 Campanella, Thomas 35
 Camus, Albert 156, 159, 177
Capitán Labela 95, 97-99, 102-103, 111
 Carballeira, Raúl 123, 171, 173, 180-183
 Carrère alias *Soulie* 73
 Carsi, Alberto 138
 Casona, Alejandro 156
 Challaye, Félicien 35
 Christie, Stuart 191
 Claramunt, Teresa
 Coca, Marugán alias *Xetxu* 228
 Codina, Antonio 156, 158, 165, 171
 Colette, Paul 56
 Colomer, André 38
Comandante Mateo 93, 95, 99-100, 102-103, 105, 107, 226
 Companys, Lluís 36-37, 40
 Conill, Jordi 186
Coronel Fabien 56
 Cossalies, Jean alias *Samson* 73
 Costa Font, Joan 227-228
 Courrieu, André 64, 131

D

Dalí, Salvador 216
 Darlan, François 43
 Darras, Jean alias *Marty* 72
 Daudet, Alphonse 45
 Davis, Garry 145, 157
 De Gaulle, Charles 31, 37, 41, 44, 122
 De la Boétie, Étienne 38
 De La Bruyère, Jean 124

De Montaigne, Michel 194
 De Queirós, Eça 72
 Déat, Marcel 53, 56
 Del Valle, Adrián 28
 Delgado Martínez, Joaquín 183
 Delicado, Francisco 226
 Delicado González, Juan Ramón alias *comandante Delicado* 106
 Deloncle, Eugène 54
 Dénat, Léon 132
 Denis Díez, Francisco alias *Català* 151
 Depardieu, Gerard 206
 Díaz, José alias *Alcantarilla* 118
 Domingo, Xavier 217
 Doré, Gustave 157
 Doriot, Jacques 49, 53
 Doumergue, Vincent 44, 69, 128
 Draper, John William 166
 Duedra, Antonio alias *Tarrado* 66
 Dupuis, Charles-François 157
 Durruti, Buenaventura 72, 76, 122, 142, 149, 171-172, 178, 199-200, 240

E

Edo, Luis Andrés 221
 Emerson, Ralph Waldo 38, 42

F

Fabre, Pierre 75
 Facerías, José Luis alias *Face* 145, 151
 Falcou alias *Sim* 73, 77
 Farré, Joan 120
 Faure, Sébastien 171
 Fernández, Juan alias *El Chato* 95, 118
 Fernández de Avellaneda, Alonso 226
 Ferry, Bernard 186

Font, J. alias *Tambor* 89-92, 94, 120
 Fontarnau, Ramón 118
 Franco, Francisco 136
 Franco Cazorla, Diego alias *Amador Franco* 146, 173
 Frau Sackman 135

G

Gallego, Antonio alias *Calvo* 211-213, 215
 Galtier Boissière, Jean 33
 Galy, Jean 163
 García, Miguel 159
 García, Pedro 94
 García Fernández, Luis 119
 García Lorca, Federico 216
 García Sanz, Ramón 215
 Georgakopulos, Enrique 93, 94, 118
 Gómez, Freddie 205
 Gómez, Michel alias *Michel* 73
 González, Felipe 184
 González, Miguel 57, 59-61, 106, 110, 119
 Gonzalvo, Jordi 189, 207
 Gorki, Maxime 34
 Gorkin, Julián 120
 Górriz, Jean 158
 Granados Data, Francisco 183
 Guerrero Lucas, Francisco 183
 Guilloux, Louis 50
 Guinart, Hélios 157
 Gurucharri Ochoa, Salvador 188-189

H

Helmut, Thomas 76
 Hitler, Adolf 48, 50, 56, 74-75, 216, 236

I

Ibáñez, José 119
 Ibárruri, Dolores 153
 Ibars, Domingo 159
 Istrati, Panait 34

J

Jenger, Julien 50
 Journet, Émile 83
 Journet, François 83
 Jover, Pepito 92
 Juan, José 221-223

K

Kacha, Michel 168
 Kafka, Franz 168
 Koestler, Arthur 12, 145, 155, 166
 Kohn, Jean alias *John Knox* 78
 Krivitsky, Walter 33

L

Laffon, André 75, 77
 Lagailarde, Pierre 181
 Lagute, Roger alias *Montcalm* 73
 Las Vergnas, Georges 163
 Laval, Pierre 56
 Leval, Gastón 163, 173
 Lladó, Guillem 119, 120
 Llansola, Vicent 190
 Llatser, Manuel 171
 London, Jack 34, 60
 López, Antonio 146, 217
 López, José 146
 López Campillo, Eugenio Antonio 217
 Lorulot, André 162
 Lozach, Raymond alias *Lazare* 73

M

Manini, Carlos 207
 Mares, Michel 168
 Marion, Paul 53
 Mariscal Pétain 31, 37, 41, 43-44, 55, 62, 142
 Marshales, Marcel 53
 Martín, Enrique 228
 Martín, José 159
 Martín, Moisés 189
 Martínez, Alfredo 120
 Martínez, Avelino 120
 Martínez, François 73
 Martínez, José 228-229
 Martínez, José (Ruedo Ibérico) 197, 199
 Massana, Marcelino 145
 Mauries, René 177, 191
 Maury, Lucien alias *capitán Franck* 82
 Medina, Policarpo 159
 Mèlich, Alain 168
 Mèlich, Ariel 168
 Mèlich, François 174
 Mestre, José 199, 201
 Meyer, Victor alias *comandante Jean-Louis* 109
 Mialet, Ramón 34-36, 38, 51, 92, 94, 106, 108, 118
 Milner, Jean alias *Kaplan* 73
 Minizzo alias *Cadènes* 73
 Moisset, Francisco 115-116, 119
 Molière 28, 154
 Monclin, Roger 38
 Montluc alias *Kleber* 77
 Montseny, Federica 153, 167, 237
 Monzón, Jesús alias *Mariano* 117
 Mora, Eugène 109
 Moreno, Antonio 159

Murrieta, Joaquín 28
 Mussolini, Benito 43, 50, 54

P

Pagès, Luis 52
 Pardo, Eduardo 119
 Paredes Manot, Juan alias *Txiki* 214-215
 Pascal, Blaise 144
 Pascual, Mauricio 105-106, 117
 Pécuria, Alain 186
 Peirats, José 149, 165-166, 173, 195-198, 226-227
 Peiró, Joan 40
 Pensiot, Bernard 211, 213
 Peña, Mejías 165
 Perdiguier, Agricol 55
 Pérez, Antonio 159
 Pérez, Jean 83
 Pérez, Pedro 57, 106, 110, 118-119
 Pérez Beotegi, Iñaki alias *Wilson* 161, 214
 Pérez Pedrero, J. 159
 Perpiñán, Félix 146
 Picasso, Pablo 217
 Picasso, Paloma 217
 Polonio, Paco 207
 Pons Argelés, J. 159
 Poulaille, Henry 145
 Pretal, Fernand 76-77
 Puig Antich, Salvador 213, 216, 239
 Pujadas, Juan 120

R

Rassinier, Paul 163
 Reclus, Eliseo 12, 46
 Respault, André 90, 142
 Rivière, Roger 27, 32, 46, 69, 71
 Rocker, Rudolf 227

Rodríguez, Antonio alias *Bonilla*
119

Rodríguez, Emilio 150, 167

Rolland, Romain 73, 143, 164

Romains, Jules 164

Rostand, Edmond 33

Rouge, Raymond alias *Firmin* 72

Rousset, Raymonde 63, 88, 118

Rueda, Dionisio 159

Ruiz, Martín 175, 177-178

Ryner, Han 12, 32

S

Sabaté Llopart, Francisco alias
Quico 145, 151, 177, 191, 195

Sagui, Eugène 69

Sánchez, Jean alias *Jonquille* 72

Sánchez Bravo, José Luis 215

Sand, George 12, 55

Sanmiguel, Alfonso 120

Santamaría, Roque 167, 180

Saporta, Marc 159

Sarrau, Liberto 171, 177, 182

Sartre, Jean Paul 159

Semprún Maura, Carlos 217

Sender, Ramón J. 209

Serrano Suñer, Ramón 41

Silone, Ignazio 159

Sinclair, Upton 12, 34, 35, 165

Sire, André 126, 131

Solé Sugranyes, Oriol 203

Soler, Paco 207, 219, 224

Soligo, Marino 83

Sos, Luis 157-158, 170-171, 174

Soto, Pedro 76

Stalin, Iósif 27, 55, 241

Stirner, Max 143

Stowasser, Horst 208

Swank, Paul 78, 85-86

T

Theulade, Jules 53

Thoreau, Henry David 12, 17, 42,
192

Thorez, Maurice 142

Tillier, Claude 145

Trenc, Luis 156, 158, 168, 171, 188

Treville, Jean 142

U

Urrea Piña, G. 159

Utgé-Royo, Serge 205

V

Valderrama, Francisco 159

Valentin Bertier, Pierre 173

Vallès, Jules 157

Valtin, Jan 143

Vázquez de Sola, Andrés 217, 226

Vernières, Paul 75, 77

Vilamagne alias *Magne* 78, 89

Villon, François 163

Volney, Conde de 38

Volontat, Raoul de 24, 67, 87

Voltaire (François-Marie Arouet)
138

W

Weil, Simone 76

Y

Ynfante, Jesús 216-217

Z

Zweig, Stefan 166

EPÍLOGO

Mas allá de un testimonio íntimo, este libro es también el encuentro entre un abuelo y su nieto. Un encuentro que se nutre de sí mismo.

Después de haber leído las primeras paginas autobiográficas redactadas por mi abuelo, me parecía importante que este texto no quedara en el olvido. Conmovo por su lectura, le propuse entonces acabar con su historia convirtiéndome en sus ojos y sus manos.

Sin saber cómo empezar este ejercicio, paso a paso, este relato a cuatro manos se fue construyendo y vio la luz.

Siguieron numerosas entrevistas. Intercambios no sólo entre un abuelo y su nieto, sino también entre dos militantes que comparten una ideología común.

A lo largo de las charlas, los intercambios eran cada vez más precisos e intensos, convertidos en un gran viaje literario, en el cual el placer de escucharle durante horas no tenía final; repasando autores y obras que me ayudaban a entender cómo había sido su impacto en los militantes de esa época.

Esta experiencia me ha permitido descubrir —o descubrir de nuevo— quién era y quién es mi abuelo. He entrado

en su intimidad, he compartido sus angustias y los momentos de duda a lo largo de sus aventuras.

También he comprendido mejor anécdotas que conocía desde mi infancia. A veces, cuando somos niños, es difícil imaginarse que la persona que te obliga a acabarte la sopa tuvo, en otro tiempo, un papel diferente que el que tú conoces. Cuando escribo esas frases, recuerdo a José Bañeras, cuya desaparición dejó un gran vacío.

Aunque este relato reconstruya fundamentalmente la vida de mi abuelo, su amor por los libros y la libertad, también pone de relieve otro punto que me parece clave. Sitúa en primer plano el hecho de que el anarquismo no se construye sólo en los libros y en la teoría sino en la práctica. ¿Qué queda de los grandes discursos si no hay nadie que los ponga en práctica en el día a día?

Ayudar a mi abuelo a redactar este libro ha sido una manera de rendirle homenaje, ya que siempre será para mí una gran fuente de inspiración y de admiración.

También tengo el deseo de dedicar este libro a todas aquellas personas que, en cualquier época, no tuvieron miedo a desafiar lo prohibido, a quienes se sublevaron frente a la opresión, fueran cuales fueran las consecuencias; a esas personas que no tuvieron la oportunidad de legar su testimonio y hacer oír su voz.

Romain Mèlich



Impreso en marzo de 2016
en Romanyà Valls (La Torre de Claramunt)
☎ 938 011 707

